

En lo profundo del río

victor hugo toth



# Capítulo 1

## Capítulo 1

Aquella calurosa mañana de enero, era la primera vez que Alan Jones regresaba a la costa del río en varios años. No se había atrevido a regresar, no desde lo ocurrido. Su imagen morena de niño de trece años se reflejó en las cristalinas y poco profundas aguas de la costa. Sobre el lecho arenoso podían verse pequeños peces nadando frenéticamente de un lado hacia el otro, mientras pequeñas olas barrían la playa donde los pescadores solían aparcar sus rudimentarios botes de madera luego de una intensa jornada bajo el sol veraniego.

Alan no pudo evitar ver que su reflejo en el agua era tan parecido a la imagen de Theo. Era casi como si su hermano en persona lo estuviera mirando desde las intranquilas aguas. Miró a lo lejos. El sol se reflejaba sobre el río con un resplandor enceguecedor. A sus espaldas se encontraba el viejo bosque, en medio del cual, un pequeño sendero conducía hasta su granja.

Su padre le había prohibido expresamente ir hasta el río solo, pero aquella mañana un extraño sentimiento y una ligera opresión en el pecho hicieron que no pudiera evitarlo. Permaneció allí, con la mirada perdida hacia lo lejos, como si estuviera esperando algo. Del bolsillo de sus malgastados pantalones cortos, sacó un pequeño autito de colección. Era un modelo a escala de un Chevrolet Camaro SS 1968. Era el favorito de Theo, su hermano dos años mayor. Aunque a Alan nunca le interesaron particularmente los autos y no sabía mucho sobre ellos, a su hermano le fascinaban. Theo podía pasar horas mirando viejas revistas con fotografías de autos antiguos y noticias sobre carreras.

Aunque su familia nunca tuvo otro vehículo además del viejo tractor con el que su padre trabajaba en sus cultivos, su hermano siempre imaginó que algún día compraría un auto clásico, lo pintaría, y juntos se alejarían conduciendo por la desolada carretera departamental hacia la gran ciudad. Viejos sueños que quedaron sin cumplir.

–Te extraño hermano. –Se lamentó mientras miraba el pequeño automóvil de juguete. De pronto recordó aquella lejana tarde de verano, en la que sol comenzaba a ocultarse en el horizonte tiñendo el cielo de un naranja majestuoso. Su hermano había tomado un viejo cajón de madera que se usaba para almacenar las frutas del cultivo, le colocó dos pares de pequeñas ruedas de un viejo carro para bebés que recolectó del cercano basurero del pueblo, le colocó maderas en forma de alerones (decía que le daría mayor velocidad) y de esta forma, creó su primer automóvil. Sobre el improvisado alerón, con pintura negra escribió "Equipo de los hermanos

Jones”.

Alan, que por ese entonces tenía siete años, quedó maravillado. Miró con orgullo a su sonriente hermano quien sacó de su bolsillo el pequeño Chevrolet a escala. – ¿Ves hermano? No necesitamos dinero para tener nuestro automóvil.

Alan asintió con la cabeza. El sol ya estaba a punto de ocultarse en el horizonte, pero no podían irse a dormir sin probar su creación. El día siguiente resultaba demasiado lejano como para esperarlo. Así que, con mucho cuidado, empujaron su rudimentario automóvil casi cien metros por el camino que conectaba la granja con la carretera rural que conducía hasta el pequeño poblado de San Antonio. Para complicar su actividad, aquel camino tenía una gran pendiente, pero esto resultaría especialmente útil para que el automóvil tomara velocidad una vez que se largaran desde lo alto. Con mucho esfuerzo, finalmente llegaron a la cima. Las luces de su casa brillaban a lo lejos. El sol se había convertido en una pequeña línea naranja tras las sombras del bosque.

–Entra hermano. –Le indicó Theo y Alan obedeció emocionado. Se acomodó con cuidado, sujetando el frente del cajón con sus manos.

–Espera hermano. ¿Dónde está el volante? –Preguntó Alan.

–El camino es en línea recta, no necesitaremos doblar. He pensado en todo hermano. Quédate tranquilo. Yo empujaré el auto hasta que tome velocidad y luego me subiré detrás de ti. Asegúrate de dejarme espacio.

Alan sonrió emocionado. Realmente sentía una profunda admiración por su hermano mayor.

–Allá vamos. –Gritó Theo y comenzó a correr empujando el precario vehículo. Alan se sujetó con fuerza a medida que tomaban velocidad. El viento comenzaba a golpear con más fuerza sobre su rostro a medida que avanzaban pendiente abajo. Dando un gran salto, Theo subió tras su hermano y se sujetó de los laterales del cajón.

El pequeño vehículo bajó rápidamente por el camino mientras la sonrisa se dibujaba en los rostros de los niños. Entonces Alan se percató de algo muy importante, algo de lo que ni siquiera habían hablado.

¿Cómo nos detendremos? –Preguntó intentando disimular su creciente miedo.

No había pensado en eso. –Respondió Theo.

De pronto los gritos de alegría se transformaron en gritos de miedo a medida que el pequeño carro iba más y más rápido. Las endebles maderas del cajón, comenzaron a vibrar descontroladamente mientras el

vehículo pasaba a gran velocidad sobre rocas sueltas y pequeños pozos en el camino. La casa ya estaba cerca, apenas a algunos metros de distancia. Podían imaginarse estrellándose contra el pórtico. Solo así se detendrían.

–Tenemos que saltar. –Dijo Theo de repente. –Esto no se va a detener.

Pero no pudieron siquiera intentarlo. Una de las ruedas impactó contra una gran roca que sobresalía del camino y se desprendió del vehículo. El cajón de pronto, hundió uno de sus extremos en la tierra y los expulsó como si fuera una catapulta.

Los niños permanecieron tirados en el suelo mientras todo les daba vueltas. Estaban adoloridos. Un hilo de sangre fluía desde la cabeza de Alan y un gran raspón se enrojecía en el antebrazo de su hermano.

Permanecieron un rato así en silencio. Luego comenzaron a reír. A pesar del dolor, aquella fue una experiencia mágica para ellos.

Aquella noche, mientras su madre limpiaba con ternura sus heridas, escucharon el sonido del hacha golpeando una y otra vez su pequeño carro. No hubo castigo ni golpes para ellos, ya habían tenido su merecido con aquella caída, pero su padre no permitiría que lo volviesen a intentar, es por eso que tomó el hacha y destruyó aquella "máquina infernal", como él la llamó. –Es un buen nombre para un auto de carreras. –Pensó Theo para sus adentros. Luego miró a su pequeño hermano. –No te preocupes hermano. No existe un buen piloto de carreras que no haya tenido un accidente o que no haya destruido su automóvil, lo importante es volver a las pistas.

Aquellos recuerdos venían a la mente de Alan con frecuencia, pero aquella mañana eran más nítidos que de costumbre, casi como si los estuviera viviendo de nuevo. Se tocó la cabeza como si todavía sintiera aquel golpe provocado en el accidente. Volvió a mirar el pequeño auto de colección que tenía entre sus manos. Las lágrimas comenzaron a anegar sus ojos marrones como los bosques otoñales. Tomó el pequeño juguete y lo arrojó con fuerza. El agua hizo un ligero gorgoteo cuando el automóvil se hundió en las profundidades insondables.

Permaneció contemplando el río, viendo como la corriente fluía con fuerza arrastrando algunos troncos, y formando remolinos en aquellos lugares donde había alguna fosa más profunda que el lecho. Continuó allí sumido en sus pensamientos durante un largo rato. Finalmente se dispuso a marcharse. Se dio vuelta y comenzó a caminar en dirección al sendero que lo conduciría a su granja. Mientras se alejaba, un sonido llamó su atención. Detrás de él, en el río, se oyó un chapoteo, como si algo grande hubiera salido del agua y luego hubiera vuelto a sumergirse violentamente. Se dio vuelta rápidamente y alcanzó a ver una sombra oscura alejándose de la costa. Miles de ideas pasaron por su mente en ese

instante. Pensó que quizás haya sido algún animal, eso era lo más probable, sin embargo, una sensación de angustia, difícil de explicar lo invadió, como si supiera que aquello que se ocultaba en las profundidades del río era algo maligno.

Permaneció allí, observando la superficie del agua. Aquella cosa, lo que sea que fuera, no volvió a aparecer, sin embargo, aquella angustia que se había apoderado de todo su ser de manera repentina e imposible de evitar, continuaba allí. Aquella sensación no era nueva, en algún momento de su vida la había sentido, con la misma intensidad. Aquella sensación que solo puede ser descripta como pavor, miedo y desazón, era la misma que había sentido aquella noche trágica en la que su hermano desapareció.

Intentó apartar su mente de aquellos pensamientos, pero no pudo. La imagen vívida de su hermano, cubierto con un impermeable verde oscuro, y con las botas de gomas que le llegaban hasta la rodilla, saliendo por la puerta principal mientras los rayos iluminaban el oscuro cielo de aquella noche tormentosa, vino a su mente como un martillazo. Recordó cómo, completamente aterrado, le suplicaba a su hermano que se quedara, que era peligroso salir. Pero nada de lo que dijo aquella noche sirvió. Esa fue la última vez que vio a su hermano. Nada volvió a saberse de él.

Estuvo tan concentrado en sus pensamientos que no se percató que había permanecido inmóvil mirando el oleaje que golpeaba de manera intermitente la costa arenosa por casi media hora.

Continuó mirando hacia la nada misma, cuando el sonido de unos remos entrando y saliendo rítmicamente del agua llamó su atención. A lo lejos se acercaba un pequeño y maltrecho bote de madera grisácea. En el costado de la pequeña embarcación podía leerse simplemente "Esperanza" escrito con la negra brea que impermeabilizaba las tablas para que el agua no se filtrara. Habría requerido una inmensa cantidad de brea para que aquella endeble cosa se mantuviera a flote en aquel río con corrientes implacables y remolinos sorprendidos, pero, sin embargo, allí estaba, flotando como la más moderna de las lanchas a motor, surcando el río de costa a costa. Esto era posible, no gracias al bote de dudosa calidad, sino que esto, era gracias al viejo Jack. Nadie sabe si ese era su verdadero nombre, pero los niños del pueblo lo conocían de esa forma, y nadie jamás había podido entablar una conversación seria con él.

Al viejo Jack, apenas se lo veía algunas veces en el centro del pueblo donde acudía al almacén local en busca de su confiable botella de whisky escoces, luego pasaba todos sus días arriba de su maltrecho bote, siempre surcando el río de una costa a otra, como si buscara algo con una obstinación irracional que le consumió largos años de su vida. Su rostro completamente atravesado por profundas arrugas indicaba que ya había sobrepasado con holgura los sesenta años de edad. Su piel

completamente tostada por el sol contrastaba con el gris de sus largos cabellos y de su espesa barba. Su eterna ropa oscura, andrajosa y maloliente, era lo único que tenía, eso y su pequeño bote. Cubría su frente con un gran sombrero de paja, cuya sombra ocultaba sus ojos siempre llenos de una ira difícil de entender, pero a la vez, si uno era lo suficientemente observador, podía darse cuenta que también estaban llenos de una gran pérdida y tristeza.

Cuando el viejo Jack llegó a la costa, arrastró su bote con dificultad más arriba de la playa y lo amarró a un pequeño árbol que crecía torcido, con su tronco inclinado hacia el río. El viejo miró al pequeño que lo miraba asombrado desde unos metros de distancia, hizo un gesto de indiferencia y fastidio y continuó sacando las cosas del bote.

Lo que asombró a Alan no fue ver al viejo Jack, pues ya lo había visto otras veces, con su paso cansino yendo en busca de su bebida. Lo que en verdad lo asombró era ver lo que llevaba en bote. Además de una pequeña caña de pescar improvisada, había un enorme arpón, con su mango de madera tallada a mano y su punta reluciente, como si el viejo Jack se dedicara día a día a mantenerlo afilado. Alan recordó ver un arpón similar en una vieja película de Moby Dick, aquella en que los cazadores de ballenas intentaban acabar con un gran cachalote albino ocupando arpones como ese.

Quizás fue el brillo en la punta del arpón, o la expresión sombría de aquel hombre, lo que provocó que un intenso pavor se apoderara de Alan. Comprendió en ese momento que estaba solo, lejos de su casa, junto a un hombre que todos tildaban de loco y que además tenía una enorme arma usada para matar ballenas. Sus delgadas piernas comenzaron a temblar incontrolables. Solo bastó que el viejo Jack lo mirara nuevamente, esta vez con el arpón en sus manos, para que Alan echara a correr lo más rápido que pudo.

Aun cuando el anciano ni siquiera se movió de su lugar junto al bote, Alan corrió despavorido. Se internó en el pequeño sendero que lo conducía hasta su granja y no paró de correr hasta que saltó el alambrado que separaba el dorado reseco de los cultivos de maíz, del verde oscuro del bosque. Solo cuando vio a lo lejos el tractor siendo conducido por su padre, recorriendo los campos, se tranquilizó. Miró hacia atrás pero no vio nada. Nadie lo seguía. Sus piernas poco a poco dejaron de temblar.

Había algo en el viejo Jack, algo misterioso. Nadie sabía quién era en realidad, ni porque surcaba el río día tras día sin un objetivo aparente. –Quizás solo esté loco de remate. –Se dijo a sí mismo mientras intentaba recuperar el aliento.

A lo lejos su padre levantó la mano derecha llamándolo. – ¡Alan! –Lo llamó el señor Jones por sobre el intenso sonido del viejo motor del

tractor. – ¿Dónde estabas? –Le preguntó a su hijo cuando este se acercó.

–Solo fui a dar un paseo por el bosque. –Le respondió Alan ya con la respiración serena. El miedo se había alejado. El rostro regordete y sonriente de su padre, con aquella vieja gorra roja cubriendo su calvicie lo tranquilizaron.

–No debes andar solo por ahí hijo. Sabes que puede ser peligroso.

–Lo siento papá. Solo quería estirar un poco las piernas.

–De acuerdo. Ahora sube. Vamos a ver esas viejas vacas. Recuerda que eres mi ayudante.

Alan subió y se acomodó sobre el gran guardabarros del tractor. La máquina se puso en marcha y comenzaron a recorrer los campos. Estar ahí junto a su padre era lo que más disfrutaba. El señor Jones, (Peter para sus amigos), siempre estaba alegre. A pesar de las cosas malas que pudieran sucederle, siempre esbozaba una sonrisa y pensaba que todo mejoraría. Siempre intentó transmitirles la positividad a sus hijos. Aun cuando Theo desapareció, él intentó estar bien, por su otro hijo y por su esposa. Esto, junto a su actitud cordial, había hecho que se ganara el cariño de todo el pueblo. Sin embargo, Alan lo había visto más de una noche sentado en su viejo sillón mecedor, con la mirada perdida hacia la nada, con su rostro repleto de lágrimas. Aunque lo disimulara, el señor Jones no era el mismo, no desde lo que ocurrió con su hijo. La culpa lo carcomía por dentro. Cada vez le resultaba más difícil mantener la sonrisa.

Pero la tristeza se desvanecía, al menos por un rato, al recorrer los campos junto a su hijo con el estruendo del viejo motor que largaba bocanadas de espeso humo negro a medida que el tractor avanzaba. Alan disfrutaba mucho esto, lo hacía desde pequeño. Aunque el otro guardabarros estaba vacío, a él le gustaba pensar que su hermano estaba allí sentado, como antes lo hacía.

## Capítulo 2

### CAPÍTULO 2

Aquella tarde, el sol comenzaba a ocultarse a lo lejos y su luz se iba desvaneciendo detrás de los cerros dibujados en el horizonte. Alan y su padre regresaban luego de una intensa jornada en los cultivos. Sentada en el pórtico, la señora Jones (Isabel para sus amigos), los esperaba con una gran jarra con limonada y pan casero recién horneado. Juntos se sentaron y mientras comían, veían como el sol se ocultaba.

Aquella era una tarde atípica. Un aire de tristeza y melancolía impregnaba el ambiente. Ninguno dijo palabra alguna. Aquel día se cumplían exactamente dos años de aquella fatídica noche en la que todo cambió. En el pórtico había cuatro sillas, pero solo tres estaban ocupadas. Nadie se atrevió a quitar la que sobraba. En el fondo, todos tenían la esperanza de que, algún día, él regresaría. Algún día, la vieja rutina familiar de sentarse a conversar viendo el atardecer luego de una intensa jornada de trabajo, volvería a ser lo que era. Pero a medida que los días transcurrían la esperanza se desvanecía como la luz naranja del sol al anochecer.

Finalmente, la noche cayó, y el manto de la oscuridad cubrió los campos. La tenue luz amarillenta del pórtico era lo único que alejaba las sombras que lo cubrían todo. A lo lejos, podía escucharse el sonido del río, cuyas aguas se agitaban con fuerza endemoniada, como si se tratara de una inmensa criatura despertando de su letargo.

Luego de la cena más silenciosa que haya habido en la casa de los Jones, Alan finalmente fue a su habitación. Se acomodó en su cama sin poder evitar mirar hacia la cama vacía en el otro extremo del cuarto. –Buenas noches hermano. –Susurró en el silencio de la soledad.

Permaneció mirando hacia la nada, con su mente perdida en lejanos recuerdos, hasta que finalmente el sueño se apoderó de él y sus cansados ojos se cerraron.

Una suave brisa mecía las cortinas desde la ventana entreabierta. Un silencio sepulcral se había apoderado de la casa. La luz del viejo televisor que había quedado encendido frente al señor Jones, dormido en el sofá, era la única luz que iluminaba el oscuro interior. Aquella noche se respiraba un aire impregnado de tristeza. Aquella noche más que nunca se sentía la ausencia de Theo.

El reloj en la mesa de luz del dormitorio marcó la medianoche. Fue en ese momento cuando Alan se despertó. No entendió bien por qué, de repente ya no sentía sueño. Permaneció mirando hacia las cortinas que flameaban como espectros, mientras dejaban ver el estrellado cielo de enero. Alan se



sentó en su cama. Su piel se había erizado repentinamente como si el aire se hubiera vuelto frío como en una helada noche de invierno. Se dispuso a levantarse a cerrar la ventana cuando sintió una presencia en el cuarto.

Fue una sensación inexplicable. Sintió como si alguien lo mirara fijamente. Alguien oculto en la oscuridad del otro lado del cuarto, justo sobre la cama de Theo.

La fría sensación se transformó en miedo. Sin darse cuenta, Alan comenzó a temblar incontrolablemente. Su respiración comenzó a agitarse y un halo grisáceo de vapor salía de su boca con cada exhalación.

– ¿Quién anda ahí? –Preguntó balbuceante, temiendo que alguien en verdad le respondiera. Pero nadie respondió. –Idiota solo te estás imaginando cosas. –Se dijo a sí mismo, intentando tranquilizarse.

Se levantó y se dirigió a la ventana, dispuesto a cerrarla. Al mirar hacia el exterior, pudo ver la enorme y amarillenta luna brillando sobre los campos. Era una imagen hermosa, casi poética. Permaneció mirando hacia los cultivos que crujían y se mecían, movidos por el viento del norte. A lo lejos, oscuras nubes comenzaban a formarse. Pronto una gran tormenta se formaría. Una gran tormenta como la de aquella noche.

Sus pensamientos fueron interrumpidos nuevamente por aquella sensación. Se dio vuelta bruscamente y se aferró al marco de la ventana. Miró hacia la cama de su hermano. No podía distinguir nada, pero definitivamente allí había algo, algo que lo observaba fijamente. Podía sentir su presencia. Miró hacia la entrada de su cuarto. Solo tenía que correr unos metros y estaría en la seguridad del pasillo, allí correría hacia la habitación de sus padres o hacia la sala donde el señor Jones se había quedado dormido. Quizás pensarían que su hijo es un cobarde, pero era mejor alternativa que quedar solo junto a lo que sea que estuviera allí. Definitivamente allí había algo, hasta le parecía oírlo respirar en aquella oscuridad. – ¿Quién anda ahí? –Volvió a preguntar con su voz temblorosa.

Entonces pensó en encender la luz. La oscuridad se iría y si allí había algo, él podría verlo. El interruptor estaba junto a la puerta. Todavía tendría que pasar junto a la cama donde algo desconocido lo observaba. El miedo poco a poco se convirtió en terror. Sus piernas parecían hechas de gelatina. Sentía que no podía dar siquiera un paso sin caer desplomado. Fue en ese momento que escuchó un sonido que le heló la sangre por completo. El chirriar de la cama. Lo que fuera que estuviera allí, se había levantado. Luego el sonido de unos pasos, lentos y pesados. Alan intentó gritar, pero su grito se ahogó en su garganta, como si se tratara de una horrible pesadilla.

Los pasos se detuvieron frente a la tenue luz de la luna que se colaba por la ventana y que proyectaba la sombra temblorosa de Alan en el piso de madera del cuarto. Aunque todavía estaba oculto en la oscuridad, Alan pudo distinguir una silueta, no más alta que él. Lo que sea que estuviera allí, parecía ser un niño.

Alan miró hacia el suelo, allí, justo donde la luz se proyectaba se había formado un pequeño charco de agua que parecía provenir desde aquella silueta.

– ¿Quién eres? – Preguntó aterrado. – ¿Qué haces en mi cuarto?

La silueta dio un paso hacia la amarillenta luz de la luna. Alan cayó de rodillas, atónito, sin poder creer lo que tenía frente a sus ojos. Allí, parado justo frente a él, estaba su hermano. Su querido hermano. –Theo. Has regresado. –Apenas pudo susurrarlo mientras las lágrimas anegaron sus ojos.

Cuando se dispuso a levantarse y correr a abrazar a su hermano algo lo detuvo. Algo era extraño. Theo tenía la misma ropa que llevaba puesta aquella noche y, aunque ya habían pasado dos años, lucía exactamente igual. Tenía aquel impermeable verde, sus botas hasta la rodilla. Pero también, había algo más. Su rostro, su rostro era gris oscuro, como el humo de un incendio devastador. Sus ojos eran negros, negros como una noche sin luna ni estrellas, negros, carentes de vida y parecían reflejar la más terrible de las tristezas.

Lo que estaba frente a él, ya no era su hermano, al menos no el hermano que él conocía. Parecía ser solo un espectro. Un reflejo de algo que ya no existía. Aquella cosa que parecía ser Theo lo observaba fijamente, mientras el agua se escurría por sus ropas y goteaba en el suelo.

–Hermano. –Dijo Alan con un nudo estrujando su garganta. – ¿Qué te ha sucedido?

Aquel ser que parecía su hermano permaneció en silencio. Solo lo miraba fijamente con la angustia gravada en su rostro oscuro. –Aléjate del río. –dijo finalmente con la voz entrecortada, como si le costase respirar, como alguien que se estuviera ahogando y tratara de decir sus últimas palabras. –Aléjate del río...o...ella...te encontrará.

Alan permaneció estupefacto, completamente inmóvil. Finalmente, el miedo y la impresión fueron demasiado para él. Todo se volvió negro de manera repentina y Alan cayó desmayado, mientras las cortinas flameaban sobre él, movidas por el espeluznante viento nocturno que silbaba como el llanto lastimero de una bestia herida.

Finalmente abrió sus ojos cuando la deslumbrante luz del sol dio de lleno sobre su rostro. Estaba tirado en el polvoriento piso, junto a las ropas sucias que no se había molestado en levantar. Su cabeza le dolía profusamente. Todo le daba vueltas. Como pudo, se sentó recostándose contra el borde de su cama. Se sujetó la cabeza. El dolor punzante apenas lo dejaba pensar.

–Seguramente solo haya sido una pesadilla. –Se dijo a si mismo pensando en lo que había visto esa noche. –Si eso debe haber sido... y luego me caí de la cama y me golpeé. Sí. Solamente ha sido eso. Theo no ha estado aquí.

Aunque trató de pensar que nada fue real, la imagen de su hermano era demasiado nítida. Tan nítida como lo era la ropa sucia que yacía junto a él. No podía evitar pensar en el rostro de su hermano. Un rostro devastado por una pena indecible.

– ¡No seas tonto! –Dijo con furia mientras golpeaba su puño contra la madera del piso. –Tu hermano no volverá.

Se puso de pie como pudo. Se sacudió la cabeza intentando que el dolor se fuera. Se acercó hasta la ventana.

Era un día hermoso. El sol brillaba en un cielo despejado salvo por alguna pequeña nube blanquecina que se alejaba en el horizonte. No había rastros de una tormenta. Permaneció allí por un rato, esperando que el aire puro del amanecer alejara sus temores y el dolor.

Cuando finalmente se sintió un poco mejor se dispuso a ir hacia la sala. Podía escuchar el sonido metálico de unas ollas. Su madre seguramente estaría preparando el desayuno, mientras su padre estaría mirando las noticias en la televisión antes de comenzar su jornada en el campo.

Dio un último gran suspiro a aquel aire puro y fresco, con aroma a rocío matinal que entraba por la venta. Luego comenzó a caminar hacia la puerta de su cuarto. El temor y la duda se habían esfumado de manera repentina. Poco a poco se había convencido que todo había sido un horrible y doloroso sueño y nada más.

Mientras se dirigía hacia la puerta, un brillo proveniente de la cama de su hermano llamó su atención. Un objeto metálico brillaba reflejando la luz que entraba por la ventana. Alan se acercó lentamente. Su corazón comenzó a palpar de manera repentina, como si de antemano supiera lo que aquel objeto brillante era. Se acercó, y sin poder evitarlo, comenzó a llorar.

Allí estaba el autito de colección de su hermano. El modelo a escala del Chevrolet Camaro SS 1968 que él mismo había arrojado a las

profundidades. Que estuviera allí era algo imposible. Podía recordar hasta el sonido que hizo el auto al chocar contra el agua y luego hundirse en el oscuro fondo del río. No había forma de que estuviera allí. A menos... a menos que lo que vio durante la noche, en verdad era su hermano.

Tomó el pequeño auto con cuidado. No podía dejar de mirarlo, como si fuera un minero que encuentra el más grande de los diamantes. Las lágrimas recorrieron sus mejillas y se precipitaron sobre el piso.

–Hermano. ¿Realmente estuviste aquí? –Preguntó mirando fijamente al pequeño automóvil.

–Hijo. ¿Acaso no escuchas que te estoy llamando? Ven a desayunar. –Dijo su madre entrando repentinamente al cuarto.

Alan se sobresaltó. Guardó el Camaro en su bolsillo con una mano y con la otra se secó las lágrimas antes de contestar. –Lo siento mamá. En un momento bajo.

– ¿Te encuentras bien? –Preguntó su madre al ver la expresión de tristeza indisimulable en el rostro de su hijo.

–Lo estoy. No te preocupes. –Respondió él, dibujando una sonrisa forzada lo mejor que pudo.

Aquella mañana durante el desayuno Alan no dijo ninguna palabra. Permaneció en silencio mientras el vapor del té, se elevaba desde su taza medio llena. Su mente estaba perdida en recuerdos e ideas. Recuerdos de su hermano e ideas que explicaran lo que había visto. ¿Qué le ha sucedido? Era la pregunta que se repetía una y otra vez.

Cuando el desayuno terminó, Alan se sentó en el pórtico. Observó como su padre se alejaba en el tractor. Aquella mañana le dijo que no se sentía bien como para acompañarlo en una calurosa jornada en las cosechas. Su padre aceptó sin preguntar. Después de todo había algo raro en el rostro de su hijo ese día. Una extraña expresión de angustia que jamás había visto. –Tú te pierdes toda la diversión. –Fue su única respuesta y luego se colocó su vieja gorra roja sobre su cabeza antes de subir el tractor.

Cuando el fuerte rugido del motor del tractor se perdió en la distancia, Alan se puso de pie. Miró hacia el interior de la casa. Su madre preparaba tartas. Aquella tarde tenía una reunión de beneficencia en la iglesia del pueblo y se había comprometido en colaborar con platos dulces. Ella, estaría atareada toda la mañana, al menos lo suficiente para que no notara su ausencia por un par de horas.

Puso su mano en el bolsillo y sacó nuevamente la pequeña réplica. No podía dejar de mirarla. Era como una señal que su hermano le había

dejado. Él la había arrojado al río y desde allí, su hermano la había traído nuevamente. Eso solo podía significar que su hermano, de alguna forma, estaba allí, atrapado por algo que no lo dejaba regresar.

Alan se puso en marcha. Primero caminó lentamente, disimulando para que su madre no se percatara de nada. Luego, cuando se había internado entre las primeras plantas de maíz, comenzó a correr. Corrió lo más rápido que pudo mientras en su mente solo podía ver el rostro de su hermano, sonriente, mientras conducían la "máquina infernal" ladera abajo.

Corrió todo lo que pudo. Pasó la alambrada que separaba la granja del bosque. Luego siguió por el pequeño sendero que serpenteaba entre los árboles hasta que, finalmente, estuvo en la desolada costa del río. La corriente rugía con mayor fuerza que de costumbre, como si se tratara de una enorme serpiente despertando de su letargo. El agua se agitaba y golpeaba la costa. El despejado cielo, comenzó a cubrirse de grises nubes que poco a poco ocultaron el sol. El día cálido y soleado se había convertido de repente en un día gris y sombrío.

Una leve brisa, fría como una mañana de otoño, comenzó a soplar. Alan miró hacia el río. Sus ojos sondearon aquellas aguas buscando algo, alguna señal que le dijera que había sucedido con su hermano. Su mano estrujaba con fuerza el pequeño auto a escala mientras las lágrimas emergían de sus ojos, incontenibles.

– ¿Dónde estás hermano? – Susurró. Solo el silbido del viento y el rugir de las aguas agitadas, fue lo que recibió como respuesta.

Se acercó hasta la orilla. Sus piernas comenzaron a temblar como si estuvieran hechas de papel. Un nudo se formó en su garganta. Las pequeñas olas que llegaban hasta la costa comenzaron a mojar sus viejas zapatillas marrones. Podía sentir el agua mojando sus pies. Permaneció allí, intentando comprender, mientras el viento traía una lejana niebla hasta donde Alan se encontraba.

El pequeño la observó con ojos perdidos. La niebla se extendía sobre las aguas bajo el cielo oscurecido. Casi sin pensarlo, dio un paso dentro del río. El agua le llegó hasta las rodillas. Dio otro paso y ahora el agua alcanzó su cintura. Al dar el tercer paso sintió como su cuerpo se hundió en un desnivel. Esta vez el agua alcanzó hasta su pecho.

– ¡Oye niño! ¡Vuelve aquí! – Escuchó a alguien gritar. Al oírlo se percató del peligro que corría. No entendía como había llegado hasta allí, caminando hacia lo profundo.

Sobresaltado se dio la vuelta y volvió a la seguridad de la orilla. Miró hacia

todas partes, aturdido. Su cabeza comenzó a dolerle.

– ¿Te encuentras bien muchacho? –Volvió a oír aquella voz.

Al mirar, vio al viejo Jack, parado cerca de él, acercándose, sujetando el gran arpón en su mano derecha.

Alan se horrorizó y comenzó a correr. Corrió lo más rápido que pudo, hasta que, por fin, al mirar hacia atrás ya no vio a nadie. El viejo Jack no lo perseguía.

Comenzó a caminar intentando recuperar el aliento. Algo extraño le había sucedido en el río. Algo que no podía explicar.

## Capítulo 3

### CAPÍTULO 3

Aquella noche no fue una noche más. Acostado en su cama, Alan no pudo dormir. Intentó cerrar los ojos, pero los volvía a abrir en apenas unos segundos, mirando aterrado hacia la cama de su hermano, esperando verlo con su rostro oscuro, carente de toda vida.

La angustia se había instalado en su pecho. Encendió la lámpara que descansaba sobre su mesita de luz. De repente, sintió un miedo atroz de estar en la completa oscuridad. Entre sus manos sostenía el pequeño Camaro. No pudo dejar de observarlo durante todo el día, y aquella noche tampoco podía dejarlo.

El lejano sonido de la televisión encendida, era lo único que interrumpía el silencio de la noche. Seguramente su padre se había quedado dormido en el sofá, exhausto, con una lata de cerveza a sus pies. Su madre quizás estaba en su habitación leyendo. Todo parecía ser una noche como cualquier otra. Pero algo era diferente. Podía sentirse en el aire algo maligno.

Afuera, las nubes habían cubierto por completo el cielo melancólico de verano. A lo lejos podía observarse el azul de los relámpagos brillar sobre el río. Una fría ráfaga de viento sacudía las cortinas con violencia. Alan se levantó dispuesto a cerrar las ventanas. Miró hacia afuera. Todo era oscuridad. Solo un foco colocado en el patio iluminaba con su luz amarillenta hasta los primeros cultivos, y luego, las sombras se extendían más allá, hasta el bosque, y hasta el río.

Permaneció allí en la ventana, mirando hacia la nada, pensando en lejanos recuerdos de soleadas tardes con su hermano, tardes que no volverían. Pero su pensamiento fue interrumpido con una repentina sensación de terror. Allí abajo, entre los tallos del maizal que se mecían y crujían al compás del viento, Alan vio dos figuras. Aquellas figuras eran negras como la noche, apenas visibles por la tenue luz que llegaba hasta ellas.

El terror inicial lo dejó atónito. No reaccionó por unos segundos que parecieron interminables. Las figuras estaban allí, observándolo fijamente. Cuando recobró el aliento, se dispuso a cerrar la ventana y meterse entre la seguridad de sus sabanas, como haría todo niño que estuviera asustado, pero algo dentro de él lo obligó a quedarse. Quedarse y observar.

Las dos figuras estaban allí, inmóviles. Eran bajas, parecían ser dos niños. No pudo evitar pensar que quizás se trataba de su hermano. Quizás había

regresado.

Una de las figuras levantó su mano derecha, como si lo estuviera saludando. Luego, aquellos niños oscuros se dieron vuelta y volvieron a perderse entre las plantas. Alan reconoció el camino que tomaron. Aquel sendero entre los cultivos conducía al bosque y luego hasta el río.

La duda se apoderó de su mente. El instinto de quedarse en la seguridad del hogar y alejarse de todo peligro chocaba con la irrefrenable necesidad de saber que fue de su hermano. Finalmente se decidió a seguir a aquellos extraños niños. No podía seguir viviendo con la duda. Se colocó sus calzados, tomó una linterna de su armario y salió lentamente de su habitación.

Pasó con cuidado frente a la habitación donde su madre se había quedado dormida con la luz encendida y un libro entre sus manos. Se deslizó como un verdadero ninja por la escalera procurando no hacer ni el más mínimo sonido que despertara a su padre que continuaba reposando en el sofá. Pasó frente a él. Su rostro regordete lucía cansado, con grandes ojeras. Cada respiración parecía ser una lucha para su voluminoso cuerpo. Alan tomó una sábana que estaba sobre una silla y lo cubrió. –Descansa papá. Iré a traer a mi hermano. –Le susurró mientras levantaba la lata de cerveza vacía.

Salió por la puerta trasera. Una vez afuera, en aquella férrea oscuridad, el miedo volvió a invadirlo. Estuvo a punto de regresar despavorido, pero tragó saliva y tomó el coraje para continuar.

Encendió su linterna y se internó entre los cultivos por donde aquellos niños habían desaparecido. Aquellos paisajes familiares que él conocía como la palma de su mano y que había recorrido cientos de veces durante el día, ahora lucían aterradores, irreconocibles. Las ramas se agitaban y las sombras se retorcían de manera siniestra. El viento silbaba entre la copa de los árboles. El siniestro canto de un búho le hizo helar la sangre.

A pesar de todo continuó. El miedo no lo vencería. Caminó lentamente a través del sendero entre los cultivos, luego se adentró en el oscuro bosque hasta que finalmente salió en la costa del río. La imagen parecía un paisaje de otro mundo. Una espesa neblina cubría las aguas. La luz de los lejanos relámpagos iluminaba sobre la bruma.

– ¡Hola! Hermano. ¿Estás ahí? –Llamó con la triste idea de que su hermano contestaría.

No se oyó ninguna respuesta, solamente el sonido de los truenos distantes. –Por favor hermano. Si estás ahí por favor responde. Te extraño. Por favor...–Suplicó nuevamente, mientras las lágrimas se



derramaban en la fría arena de la costa.

De pronto, desde lo profundo de la niebla oyó el sonido de risas. Risas de niños y un rítmico chapoteo. Las risas sonaban lejanas y dispersas, como si solo fueran un eco. – ¿Quién está ahí? – Preguntó.

Miró hacia la densidad de la niebla. Entrecerró sus ojos intentando ver mejor. Entonces vio lo que parecieron pequeñas sombras, corriendo de un lado al otro. Estaban corriendo sobre el agua, dando saltos. Parecían niños jugando. Cada paso provocaba un pequeño chapoteo en el agua. Atónito, retrocedió unos pasos. – ¿Quién está ahí? – Preguntó nuevamente, pero esta vez con un grito desesperado. – ¡Muéstrate! ¡Si eres tú hermano, por favor sal!

En la oscuridad de las aguas, algo se movió y un hipnótico canto comenzó a escucharse por todo el lugar. Era la voz más dulce que había oído en su vida y cantaba la melodía más hermosa que pudiera imaginarse.

Alan permaneció perplejo. Aquella voz celestial lo cautivaba. Hasta la más remota idea de escapar se fue de su mente en ese momento. Solo quería acercarse hacia aquel canto. Entonces el sonido de algo avanzando en el agua...

Dos ojos brillaron en aquella oscuridad con un amarillo intenso. Aquellos ojos se acercaban a la costa. Alan no podía evitarlo y también se acercaba a la orilla.

Aquellos ojos amarillos lo miraban fijamente como los ojos de una gran serpiente observando a un ratón. Ni siquiera el sonido de algo sinuoso que se acercaba hacia él, hizo que Alan retrocediera. No podía hacerlo, algo lo detenía. Su mente estaba completamente en blanco, ni siquiera recordaba para que estaba allí aquella oscura noche.

–Ven pequeño. Acércate más...–Susurró una dulce voz.

Alan dio un paso más y sus pies tocaron el agua. –Acércate mi pequeño. –Volvió a llamarlo aquel ser desde el agua.

Asomando de entre las aguas, pudo ver el pálido rostro de una mujer, blanca como la luna, con sus cabellos dorados como el oro, y aquellos ojos que resplandecían. Las risas alegres de los niños parecieron aumentar su intensidad.

–Ven a jugar con nosotros. –Le invitó aquella dama. Alan dio otro paso hacia ella. El agua ya llegaba hasta sus rodillas. –Acércate más.

Volvió a dar otro paso. El agua ya llegó hasta su cintura. Su mente estaba perdida en aquel canto que parecía provenir de todas partes. La mujer se

acercaba. Solo podía verse su hermoso rostro, el resto de su cuerpo estaba sumergido en aquellas oscuras aguas.

La mujer siguió avanzando hasta que estuvo a solo un metro de él. Alan no podía apartar su vista de aquellos ojos que lo tenían prisionero. La mujer estiró su mano. –Ven conmigo. –Le dijo. –Yo puedo llevarte con tu hermano.

Alan extendió su mano dispuesto a tomarla. No podía hacer nada, era inútil resistirse. Ni siquiera el agua que ahora le llegaba hasta el pecho lo hacía percatarse del peligro que corría. A su alrededor las pequeñas sombras de los niños lo rodearon. –Ven a jugar con nosotros. –Dijeron al mismo tiempo como un coro tenebroso.

Fue en ese momento que el sonido de algo golpeando a aquella mujer lo sacó de su letargo. La mujer gritó de un dolor aberrante. Un enorme arpón se había incrustado en su brazo. Se sacudió y retorció con un chillido espeluznante. Parte de su cuerpo asomó de entre las aguas. Alan no pudo reaccionar de ninguna forma. Frente a él emergía un cuerpo que en su parte superior era el de una hermosa mujer, pero el resto estaba cubierto de grises escamas. La mujer se sumergió y una enorme cola de pez se dejó ver por unos instantes.

Unas fuertes manos lo sujetaron y lo sacaron fuera del agua mientras aquella cola escamosa se agitaba y se perdía en la oscuridad bajo la superficie. Alan sintió que no podía moverse, sus piernas y brazos no le respondían, era como si estuvieran muertas. Colgaba como una bolsa de papas mientras unas fuertes manos lo alejaban del peligro. Sus ojos quedaron fijos en el cada vez más lejano río. La niebla lo cubría todo, parecía acercarse, como si estuviera viva. Luego, sus ojos se cerraron y todo se volvió negro.

2

El crepitar de las llamas despertó a Alan. Abrió sus ojos lentamente. Estaba aturdido. Se sentía perdido como quien se queda dormido en un autobús y despierta horas después sin saber dónde se encontraba. Miró a su alrededor. Estaba en el interior de una vieja casa de madera descuidada y enmohecida, recostado en una larga banqueta de madera. Allí dentro la única luz provenía de una oxidada cocina a leña. Al principio no vio a nadie, luego distinguió la figura de un hombre sentado en un sillón de mimbre, hamacándose lentamente, con la mirada perdida hacia el naranja de la leña ardiendo. Era el viejo Jack. Alan se sobresaltó al recordar lo que había sucedido allá en el río. Intentó pararse, pero sintió que su cabeza le daba vueltas.

–Será mejor que te quedes acostado. –Le dijo el viejo Jack, mientras se levantaba de su sillón para colocar una jarra metálica con agua sobre la

cocina. –Todavía estás en shock. Y no te culpo... no tienes una idea de lo cerca que has estado de la muerte.

Alan intentó responder, pero no pudo articular ninguna palabra. Todo comenzó a darle vueltas y volvió a quedarse dormido.

Cuando se despertó nuevamente, el estruendo de los cercanos truenos hacía vibrar las precarias paredes. El sonido de la intensa lluvia cayendo sobre el techo de viejas chapas invadía todo el lugar.

–Ten. Bebe esto. Te sentirás mejor. –Le dijo el viejo Jack acercándole una taza de té.

Alan se sentó en la banqueta y tomó la taza humeante. –Se lo agradezco. –Dijo mientras dio un pequeño sorbo. La bebida estaba condenadamente caliente, y no tenía nada de azúcar, pero aun así resultaba reconfortante.

–Me llamo Alan. Alan Jon...

–Detente. No me interesa saber quién eres. En cuanto te sientas un poco mejor quiero que vuelvas a tu casa y no quiero volver a verte por aquí. ¿Has comprendido? –Lo interrumpió el viejo Jack con tono áspero.

Alan se limitó a asentir con la cabeza. Bebió otro sorbo de té. Poco a poco comenzaba a sentirse mejor. – ¿Qué era esa cosa? –Preguntó finalmente.

–Escúchame bien. Debes olvidarte de lo que has visto. Debes olvidarte y nunca más debes acercarte al río.

–Pero...esa cosa...

–Solo olvídale. De lo contrario la próxima vez no estaré allí para salvarte. Solo aléjate y vive tu vida... Créeme, si buscas desgracias, es eso lo que encontrarás en la costa del río.

El viejo Jack se acercó hasta la cocina a leña, y tomando una barra de metal comenzó a mover las brasas para que el fuego volviera a encenderse.

– ¿Es por eso verdad? Por eso usted siempre está en el río, navegando en su viejo bote llevando un arpón. Dígame que es. Por favor señor. –Suplicó el pequeño con ojos llorosos.

Jack miró fijamente las llamas que volvieron a encenderse iluminando su cansado rostro.

–Esa cosa es el mal. Es todo lo que debes saber. Y ese mal habita en el río desde lejanos tiempos. Por eso no debes acercarte. Debes permanecer

lejos... o también...también te llevará a ti.

–Dígame. ¿A usted le quitó algo? ¿Por eso la está buscando?

–No tengo nada que decirte muchacho. Termina tu té y recuéstate. Apenas la tormenta pase te llevaré hasta tu hogar.

– ¿Sabe? Perdí a mi hermano una noche como esta. Fue la noche de la gran tormenta. La lluvia cayó sin parar e inundó los campos. Las mismas aguas del río llegaron hasta nuestra granja. Mi padre salió a liberar a los animales para que no se ahogaran... Mi hermano salió tras él y nunca más lo vimos. Pensé que se había ahogado, hasta que, la otra noche, lo vi en mi habitación. Era mi hermano. De alguna forma estaba allí, pero al mismo tiempo no era él. Su rostro no tenía vida, era oscuro como la noche. No comprendo lo que le pasó. Solo sé que me necesita. No puedo dejarlo. Por favor ayúdeme. –Volvió a suplicar Alan con los ojos en lágrimas.

El viejo Jack permaneció callado, sumido en sus pensamientos, mientras las paredes vibraban al ritmo de los truenos que rugían en el cielo tormentoso.

–Nadie sabe verdaderamente que es esa cosa. Es una de las leyendas más antiguas de la región, aunque me temo que es mucho más que una leyenda como lo has comprobado esta noche. La han llamado de muchas formas a lo largo de los años. Yacupamama o Mayumaman o como sea que se pronuncie, han sido alguno de los estúpidos nombres que han usado para llamarla los antiguos indígenas que vivieron aquí muchos siglos atrás, aunque es más conocida como la Madre del Agua.

Alan dio otro sorbo a su bebida aprovechando que ahora estaba más fría mientras escuchaba con atención.

–La madre del agua vive en el río, oculta por las aguas. Son pocas las personas que la han visto. Una bella mujer de larga y radiante cabellera, con ojos dorados que resplandecen, capaz de conquistar con su mirada a cualquiera que la vea. Pero el resto de su cuerpo... el resto de su cuerpo es de una horrenda forma, con una cola de pez escamosa.

–Como una sirena. –Lo interrumpió Alan.

–Exactamente como una sirena. Quizás sea una. Nadie lo sabe en verdad. Al igual que la sirena, vuelve estúpido a cualquiera que oiga su canto. Lo atrae y lo lleva a las profundidades para nunca ser visto.

– ¿Entonces los mata? Pero entonces... mi hermano...

–Me temo que con los niños pasa algo mucho peor... conserva a los niños como sus esclavos. Los convierte en espectros que deambulan por las noches. Algunos los han llamado los negritos del agua, por su aspecto oscuro. Si lo que me has contado es cierto, entonces sería mejor que tu hermano se hubiera ahogado aquella noche. –Hizo una pausa. Su mirada permaneció fija en el fuego que comenzaba a apagarse nuevamente. –La madre del agua es mucho más que una sirena, es algo maligno, algo de otro mundo. Es algo que disfruta del sufrimiento que causa. Una criatura que se aprovecha de la debilidad de sus víctimas y les provoca horribles desgracias.

– ¿Y usted por qué la persigue? ¿Qué le ha quitado?

–Me ha quitado todo. Como verás ya no tengo nada. –Hizo otra interminable pausa. –Alguna vez lo tuve todo. Tenía una hermosa casa, era el dueño de una tienda. La mejor tienda de San Antonio. –Sonrió al recordar aquellos tiempos. –Y, sobre todo, tenía una familia. Una bella esposa, Sara y una pequeña niña...Esperanza. –Su corazón se estrujó en su pecho al nombrarla. –Éramos tan felices. Fue hace mucho tiempo, pero aun lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Todo iba perfecto, hasta que un día mi mujer enfermó. No supimos cómo había sucedido sin que lo notara, pero el cáncer se había esparcido por todo el cuerpo. Su salud se deterioró muy rápido. De un día para otro, la bella mujer que conocí era tan solo un despojo de lo que fue. Su cuerpo se estaba consumiendo a si mismo mientras ella agonizaba de dolor. No le restaba mucho tiempo. El dolor constante la hacía delirar y divagar. Una noche, mientras le secaba el sudor de la frente, ella me dijo que oía un canto de mujer desde el arroyo que pasaba por detrás de nuestra casa. Justamente el arroyo que desembocaba en el río. No le creí. Ella me reclamaba “¿Acaso no lo oyes?”, pero yo no lo oía. No podía escuchar nada. Mi pequeña de siete años, lloraba y me preguntaba si su madre estaría bien. Nunca supe que decirle. No quería lastimarla.

El viejo Jack interrumpió su historia. Sus labios temblaban. Se encontraba al borde del llanto. Fue hasta la repisa junto a la cocina y tomó la botella de whisky medio llena. Se sirvió un gran vaso y lo bebió como si fuera agua. Se pasó la mano por sus ojos para secarse las primeras lágrimas que se asomaban. –Una noche fui a la habitación de mi esposa. No la encontré. La busque desesperado. La llamaba a los gritos. No estaba por ninguna parte. Salí al patio buscándola. La oscuridad era tal que apenas podía ver donde pisaba. Me dirigí hasta el arroyo y ahí la encontré. Estaba allí parada, mirando hacia las aguas, vestida solamente con su camisón floreado. Bajo la luz de la luna, su cuerpo parecía el de un fantasma, pálido, casi esquelético. Corrí hacia ella. “He venido a verla. Ella me estaba llamando”, me dijo antes que siquiera pudiera preguntarle nada. En ese momento no le di importancia, pero en las aguas del arroyo había unas ondas, como cuando algo se sumerge. –Un rayo cayó muy cerca y el trueno que lo prosiguió fue mucho más fuerte que los anteriores. –No la

escuché. Pensaba que solo estaba delirando, pero aquella cosa ya la tenía. Aquella noche, la acompañé hasta su cama, la ayudé a que se recostara con cuidado. Dios...ni siquiera podía mirarla por mucho tiempo. Su aspecto era deprimente, lejos de aquella mujer llena de vida y alegría con la que me había casado hacía más de ocho años. Mi esposa se estaba yendo poco a poco, la vida la iba abandonando. Fue de eso, de lo que aquella cosa se aprovechó. Yo no lo sabía, pero la madre del agua ya se había metido en su mente. Le había prometido curarla, que ya no sufriría, y ella había caído presa de su hechizo.

Alan continuaba escuchando con atención. No podía dejar de ver la expresión de aquel hombre rudo a punto de llorar como si fuera un niño pequeño. –Entonces. ¿Qué sucedió? –Preguntó el muchacho.

–Todo se fue al demonio una fría noche de invierno. Aquel día mi esposa se había sentido mejor, estaba lúcida, de buen humor. Dicen que hay un periodo de tiempo antes de que la enfermedad te lleve, en el cual recuperas tus energías, dicen que es el periodo de tiempo para que puedas despedirte de tus seres queridos, hacer las paces con quien estuvieras peleado. Aquel día pensé que se trataba de eso. Pensé que la muerte era inminente. Habíamos pasado la tarde en familia, hablamos sin parar mientras Esperanza jugaba frente a nosotros. Entonces, cuando el sol comenzó a ocultarse, Sara me dijo lo mucho que le encantaría comer pastel de chocolate, que era su favorito y que realmente la haría muy feliz. Accedí. Me fui hasta el centro. Llegué justo cuando la panadería estaba cerrando. Le supliqué al encargado que me vendiera un pastel, hasta le prometí pagarle el doble de lo que valía. Después de todo, era el último deseo de mi esposa moribunda. Lo iba a cumplir a pesar de todo. –El viejo Jack se sirvió otro vaso de whisky, lleno hasta el borde mismo. –Volví lo más rápido que pude. Abrí la puerta de la casa con el pastel en mis manos y una sonrisa en mi rostro. Las llamé, ninguna respondió. Una fría sensación recorrió mi espalda, tuve el presentimiento de que algo estaba horriblemente mal. Dejé caer el pastel, este cayó y se deshizo al impactar contra el piso. Corrí hasta las habitaciones, pensando que encontraría a mi esposa muerta y mi hija llorando junto al cadáver, pero no encontré nada. No estaban en la casa. Se me ocurrió entonces la idea de que habían ido hasta el arroyo. Si, tenía que ser eso. El maldito arroyo. Corrí lo más rápido que pude. El sol ya se había ocultado. La oscuridad lo había cubierto todo y, además, estaba aquella niebla, espesa, agobiante. Corrí hasta el arroyo llamándolas. A lo lejos, en la orilla vi sus siluetas, las escuché hablar, pero también vi algo más. Del agua sobresalía el torso de una mujer. Mi pequeña estaba asustada, podía verlo, quería escapar, pero su madre la sujetaba. ¿Qué estás haciendo? Le grité con todas mis fuerzas mientras me acercaba corriendo hacia ellas. Esperanza me miró. “Papá”, gritó esperando que la ayudara, pero aún estaba lejos, estaba muy lejos cuando esa cosa la atrapó. Los ojos de aquella mujer brillaron como el de una serpiente. La tomó con sus brazos y la arrastró hacia el agua. Entonces vi su cuerpo de pez contornearse en el agua mientras sumergía

a mi pequeña en la oscuridad. Corrí lo más rápido que pude. No lo dudé. Me lancé al agua, pero fue inútil. Me encontré solo en aquellas aguas. Llamé a mi hija gritando desesperado, pero no pude encontrarla. La busqué sin parar. Pero todo fue en vano.

– ¿Qué sucedió con su esposa?

– Salí del arroyo y corrí hacia ella. La sacudí con violencia preguntándole que había hecho. Ella solo se reía. Era como si le estuviera hablando a alguien con alguna enfermedad mental. Llamé a la policía. Buscaron a mi pequeña durante días, jamás la hallaron.

El viejo Jack se detuvo. Se veía profundamente conmovido. Su rostro estaba completamente rojo. Tomó otro vaso de whisky. Lo tomaba como si fuera agua y ni siquiera parecía afectarlo.

–Pasaron los días. No pudimos encontrarla. –Siguió con su relato mientras la luz azulada de los rayos iluminaba la precaria cabaña. –Mi esposa comenzó a sentirse mejor. No había explicación. El cáncer se había ido como llegó. Y su mente... su mente también se recuperó. Una mañana preguntó por nuestra hija. Me contuve de gritarle lo que había hecho. No hizo falta que le dijera nada, ella lo recordó poco a poco. Estalló en un mar de lágrimas. “¿Qué he hecho?” se preguntaba una y otra vez. “¿Qué he hecho?”. Finalmente, la culpa acabó con ella. La encontré una tarde. Había pasado casi un mes sin saber de nuestra pequeña. Había saltado desde la ventana de su cuarto con un cable amarrado a su cuello. Así fue como lo perdí todo muchacho. ¿Quieres un consejo? Debes olvidar a tu hermano. Debes vivir tu vida. Yo he pasado cuarenta años buscando a ese ser y no he podido. Esta noche fue lo más cerca que he estado...

–Pero mi hermano está vivo. Yo lo he visto. –Lo interrumpió Alan. –No puedo dejarlo.

–Tu hermano no está vivo. Ahora es solo un espectro que le pertenece a ella. No hay nada que puedas hacer. Créeme. Yo lo sé. Ella solo los utiliza para torturar a sus seres queridos. He visto a mi pequeña Esperanza vagando por las costas, con su vestido celeste, y su rostro angelical convertido en algo vacío, oscuro. No hay nada que podamos hacer por ellos. Lo único que me queda en esta vida es vengarme, aunque muera al intentarlo, es lo único que me queda.

–Entonces lo ayudaré.

–De ninguna manera, esto no es vida. Solo mírame, mira en lo que me ha convertido. No dejaré que esto también te arrastre a ti. Ahora duerme. Apenas la lluvia se detenga, te llevaré hasta tu hogar. Ahora no es seguro

salir.

La lluvia se detuvo antes que amaneciera. El viejo Jack acompañó a Alan. Caminaron por el barroso sendero repleto de charcos desde la cabaña en medio del bosque, hasta la alambrada que limitaba la granja.

–Escucha muchacho. Solo olvida lo que has visto. Olvídate de todo y sigue con tu vida. –Le dijo el viejo Jack antes de darse vuelta y emprender su regreso.

–Gracias. –Le contestó Alan, pero Jack no le respondió, simplemente desapareció entre las sombras del bosque.

Alan corrió entre los cultivos hasta ver la tranquilizadora luz del patio de su casa. Entró a su hogar lentamente. Su padre seguía dormido en el sofá. Subió las escaleras muy despacio, entró a su habitación y se metió en la cama. Su mente estaba saturada de pensamientos. Sus manos comenzaron a temblar. Era como si todo el terror hubiera vuelto de manera repentina. Comenzó a llorar desconsolado. No podía ni quería dejar a su hermano así, debía hacer el algo. Él haría algo.



## Capítulo 4

### capitulo 4

Luego de la tormenta el sol salió con toda su fuerza. Nubes de vapor se elevaban desde los charcos, tornando el día aún más caluroso y desagradable. Los mosquitos se arremolinaban en grandes enjambres alrededor de cualquier ser que tuviera la sangre caliente que tanto anhelaban. Las vacas se sacudían y golpeaban sus cuerpos con sus colas intentando ahuyentarlos, pero era algo imposible. Aquella mañana, Alan se despertó sudoroso. La leve brisa que expedía el ventilador apenas brindaba un leve alivio al calor intenso. Todavía aturdido, miró el reloj en su mesa de luz. Eran las once de la mañana, increíblemente tarde para alguien que diariamente se levantaba con la salida del sol.

Al bajar las escaleras vio a su madre cocinando. –Buenos días. –La saludó mientras se sentaba a la mesa con la mirada perdida hacia el vacío.

–Buenos días. –Le respondió ella. Desde la olla emanaba un exquisito aroma a carne con papas. –Al fin despiertas. Tu padre se ha marchado temprano a trabajar. Fue a despertarte, pero prefirió que hoy descansaras. Parecías algo cansado.

–Lo siento mucho. Creo que no he dormido bien. Tengo algo de dolor de cabeza.

– ¿Te encuentras bien? Luces muy pálido. –Preguntó ella mientras apoyaba su mano en la frente de su hijo para asegurarse que no tuviera fiebre. Después de todo, con todos aquellos mosquitos dando vueltas no resultaría extraño contraer alguna enfermedad. Había escuchado que los hijos de la familia Jakov habían contraído Dengue. Tuvieron fiebre tan elevada que hasta deliraban mientras se estremecían de dolor corporal.

–Estoy bien mamá. No te preocupes. Solo un poco cansado. –Le respondió esbozando una sonrisa.

Su madre continuó cocinando, mientras el permaneció en silencio, sumido en sus pensamientos. Miró hacia la ventana. El sol brillaba con intensidad sobre los campos aquel día. Pensaba en que el viejo Jack ya estaría sobre su bote, buscando a la criatura.

–Mamá, ¿crees que pueda ir esta tarde a la biblioteca del pueblo?

–Preguntó. –Necesito investigar algunos temas. Ya sabes. Sobre autos. A Theo le gustaban y me gustaría estudiar sobre ellos.

Su madre permaneció en silencio un momento. Una lágrima rodó por su mejilla. Disimuladamente se la secó con el pulgar. –Claro hijo. Puedes ir.

Debes ser el único niño que va a la biblioteca en verano. –Dijo sonriendo levemente.

Almorzaron en silencio. El único sonido era el chirriar del ventilador que se ladeaba de un lado al otro esparciendo una refrescante brisa. Afuera podía verse el vapor elevándose desde el césped y desde los charcos.

Luego de almorzar, Alan se dirigió a su habitación. Buscó su mochila, introdujo un cuaderno y lápiz. Tomó una gorra negra y se la colocó. Luego fue hasta el galpón que funcionaba como depósito y buscó su vieja bicicleta. Saludó a su madre que permanecía sentada en el pórtico hamacándose en un sillón de mimbre mientras se abanicaba intentando refrescarse, y partió.

El calor era intenso. Apenas había avanzado unas cuadras y ya se encontraba completamente empapado en sudor. Pedaleó los más de cinco kilómetros que separaban su granja del centro del pequeño pueblo de San Antonio. Las calles estaban desiertas, absolutamente nadie salía con aquel calor. Pasó junto a la plaza central, luego frente a la comisaría, donde el Comisario Peterson observaba desde la ventana, para finalmente llegar a la Iglesia del pueblo.

La biblioteca no era más que una habitación del salón parroquial, el cual, el sacerdote por iniciativa propia, había comenzado a llenar de libros, algunos propios, otros que fue comprando a lo largo del tiempo y muchos otros que fueron donados por las fieles señoras religiosas que asistían de manera infaltable a la misa de los domingos. Así fue como, lo que empezó con un puñado de libros, se había convertido en un salón repleto que no tenía nada que envidiarles a las grandes bibliotecas de las ciudades. Había libro de todos los temas, algunos increíblemente antiguos, de los inicios mismos de San Antonio. Al padre Abraham Scheidemann le gustaba la lectura y también le gustaba que las personas se interesaran por ella. Había llegado desde su Polonia natal hacía casi 50 años cuando apenas iniciaba como un joven sacerdote y desde entonces jamás se marchó. Ahora con sus más de 70, pasaba las calurosas tardes en su biblioteca ordenando los libros y sobretodo, leyendo.

Alan estacionó su bicicleta frente a las puertas de la pequeña casa junto a la iglesia que funcionaba como Salón parroquial. Al entrar, se encontró con una cantidad inmensa de libros. Era la primera vez que iba, había escuchado a su madre hablar sobre lo orgulloso que estaba el sacerdote de su biblioteca, pero jamás se había imaginado algo así. Había libros por todas partes, en grandes estantes, sobre dos grandes mesas, algunos incluso en cajas en el suelo. Había tantos libros que ya no entraban en la sala. Caminó maravillado observando las hileras de libros. Todo estaba en silencio. La fuerte luz del sol entraba por grandes ventanales, pero allí dentro la temperatura era agradable. Un gran ventilador de techo esparcía

una fresca brisa que contrastaba con el calor infernal del exterior.

Caminó despacio mientras observaba los títulos de los libros. No sabía bien que buscar. Había libros de novelas, sobre ciencias, muchos sobre religión, pero nada que le resultara útil a simple vista. Permaneció durante 20 minutos observando, hasta que finalmente se dio por vencido.

–Fue una idea estúpida. –Se dijo a sí mismo y se dispuso a marcharse.

– ¿Qué estás buscando hijo? –Se escuchó decir a una voz desde el fondo de la biblioteca. Alan fue hacia allí. Tras un estante vio al anciano sacerdote sentado en una silla leyendo un libro sobre historia política.

–Buenas tardes padre. Lo siento ya me marchaba. –Se disculpó Alan.

–Parece que necesitas algo muchacho. Solo dímelo y veré como ayudarte.

–No es nada padre. –De repente sintió una vergüenza muy grande al ir a una iglesia a averiguar cosas de criaturas y monstruos. –Ya debo irme.

El sacerdote cerró su libro y se puso de pie. –Tú eres el hijo de los Jones. ¿Verdad? –Alan asintió. –Puedo notar en tu rostro que algo te preocupa. Dime en que puedo ayudarte. Después de todo es mi trabajo ayudar a las personas del pueblo.

–Solo vine a buscar algún libro para leer. Eso es todo.

–Como verás libros aquí hay muchos. Dime sobre qué tema necesitas y lo buscaré para ti.

Alan dudó por un momento. No sabía qué pensaría el sacerdote sobre él. – ¿Tiene algún libro sobre leyendas locales? –Preguntó finalmente.

El sacerdote esbozó una pequeña sonrisa. –Oh tengo muchos sobre eso. ¿Por qué estás tan interesado?

–Es solo curiosidad. –Respondió Alan agachando la mirada.

Acompáñame. Dijo el sacerdote. Alan lo siguió. No pudo evitar pensar en cómo podía aquel hombre mayor usar aquella sotana negra en aquel día tan caluroso. El Sacerdote era un hombre delgado, con sus cabellos completamente blancos peinados prolijamente. A Alan le recordó mucho a su difunto abuelo.

El sacerdote se detuvo frente a un estante. –Bueno aquí tienes muchos libros sobre leyendas e historias antiguas del pueblo y de la región. ¿Sabes que este pueblo está construido sobre donde antiguamente se

emplazaban las reducciones jesuíticas?

Alan asintió.

–Yo mismo pertenezco a la antigua orden de los Jesuitas. Las reducciones fueron abandonadas hace siglos, pero algunas de las ruinas aún pueden encontrarse en los bosques. Esto ha provocado que existan muchas leyendas. Se ha dicho que San Antonio es un lugar mágico, incluso se ha dicho que es un lugar maldito.

– ¿Usted qué piensa? –Preguntó Alan.

– Lo que pienso y creo es que el mal existe. No solo aquí en este remoto pueblo, en todas partes. El mal está dentro de las personas. El mal es el que guía los actos de los hombres malos.

¿Pero usted cree que hay algo más? ¿Cree que pueda existir algo allá afuera? Algo diabólico en verdad.

El sacerdote miró al pequeño con su mirada inquisitiva. – ¿Qué es lo que buscas muchacho?

Alan nuevamente bajó la mirada avergonzado.

–No temas hijo. Puedes decirme lo que sea. –Insistió el padre Abraham.

– ¿Usted conoce al viejo Jack? –Preguntó el muchacho.

El sacerdote miró hacia la luz que entraba por el ventanal, pensativo. –Si lo conozco. Pocos lo hacen. Pocos siquiera saben su verdadero nombre. Su nombre era Mateo Pascal. Lo era, porque poco queda de aquel hombre, y su nombre fue suplantado por crueles niños por el del Viejo Jack. Muchos lo culparon por lo que le sucedió a su hija y a su esposa, y lo apoderaron Jack, por Jack el destripador. Lo culpaban de ser un asesino y ese apodo fue el que permaneció durante los años.

–Entonces ¿sabe lo que le ocurrió?

–Lo he oído. El me lo ha contado muchas veces en un mar de lágrimas. Intenté ayudarlo, pero su cordura comenzó a marcharse poco a poco. Ahora ya no queda nada del hombre que conocí.

–Lo que le pasó... quizás usted no lo haya creído... pero sé que es verdad. Yo lo he visto. Vi aquella cosa y también... también he visto a mi hermano.

El sacerdote cruzó sus delgados brazos en su espalda y caminó unos pasos dándole la espalda al muchacho. Meditó unos segundos, luego

volvió a mirar al pequeño Alan. –No le he dicho esto a nadie. Pero si lo creo. Le he creído desde la primera vez que me lo contó. Por eso le dije lo que te diré a ti. Debes dejarlo ir. Hay cosas que están más allá de nuestra comprensión y de nuestro alcance. Son cosas que sencillamente no podemos resolver. He visto como el viejo Mateo que conocí fue desapareciendo poco a poco consumido por aquel mal. He visto como ha desperdiciado su vida en pos de una búsqueda que lo ha llevado al borde de la locura. No debes seguir sus pasos, muchacho.

–Él me ha dicho lo mismo. Pero no lo haré. No lo dejaré. No si veo el rostro de mi hermano cada vez que cierro los ojos, no si sé que está sufriendo y me necesita. Usted mejor que nadie debería saber eso. Si debo dar mi vida por ayudar a mi hermano, créame que lo haré. –Sus ojos comenzaron a poblarse de lágrimas que resplandecían reflejando la luz que entraba por el ventanal.

El padre Abraham permaneció en silencio, meditabundo. –Acompáñame. –Indicó mientras se dirigía a su despacho personal. No era más que un pequeño cuarto, con un pequeño escritorio y sobre este, una vieja máquina de escribir. Las cortinas azules se movían impulsadas por la suave brisa veraniega que entraba por la ventana. El sacerdote se sentó en una rústica silla de madera, abrió el cajón de su escritorio y sacó un antiguo libro. Comenzó a hojearlo, las hojas eran amarillas y gastadas y la escritura parecía estar hecha a mano, con tinta de una pluma.

–Verás hijo. Cuanto te he dicho que el mal existe en el interior de las personas, no te he mentado. El mal guía a los hombres a cometer actos atroces. Pero también... también hay algo más. El mal habita en la tierra. El mal toma forma. El mal nos acecha. Lo ha hecho desde siempre. El mal habita en San Antonio. La mano del diablo se extiende sobre nosotros y lo ha hecho siempre.

Alan tragó saliva. Un súbito escalofrío recorrió su cuerpo desde su espalda hasta la base de su cuello, como si fuera una serpiente. La seriedad en el rostro del sacerdote de temple sombrío lo estremecieron aún más.

–He visto el mal a lo largo de los años. He visto como niñas han sido asesinadas, he visto como la avaricia consume a los hombres, he visto toda clase de actos malignos, y también he visto al demonio. Lo he visto, acechando a los inocentes. Él me ha dicho que pronto volvería y que no hay nada que yo pudiera hacer. Y eso es verdad, pequeño. Nadie lo sabe, pero mi mente comienza a fallarme. A veces no recuerdo cosas. Cosas simples como atarme los zapatos en ocasiones me resultan imposibles. En esos momentos siento su risa, desde la oscuridad, él se ríe. El volverá, y las criaturas de la noche regresarán con él. Lo que has visto tú, es solo el comienzo. Algo más pasará.

Alan lo miró asombrado. No pudo evitar mirar hacia el rincón oscuro del cuarto. Por un momento creyó ver unos ojos resplandecer, mirándolo con ojos insidiosos.

– ¿Por qué me cuenta esto? – Preguntó Alan sin poder evitar que su voz sonara temblorosa.

– Por que debes estar preparado para lo que vendrá. Si vas en busca del demonio, él te buscará a ti también. Solo te diré que estés preparado. ¿Todavía quieres hacerlo?

Alan volvió a asentir con la cabeza. A pesar del miedo repentino que lo estremeció, él estaba seguro de querer ayudar a su hermano. No le importaba nada más.

El sacerdote continuó ojeando el viejo libro. Finalmente se detuvo en una página específica. – Este libro es el diario del Padre Ignacio de Canterbury, uno de los primeros sacerdotes de la Orden Jesuita en habitar esta región. Él escribió...

“5 de noviembre de 1623

La selva es un lugar realmente peligroso. He visto un hombre ser comido por una gran serpiente. He visto niños ser atacados por jaguares y cocodrilos, he visto horribles heridas causadas por picaduras de insectos, pero lo que hoy he visto, solo puede describirse como algo maligno. Esta tarde un niño ha desaparecido, no será el primero ni el último. Aunque los aborígenes conocen la selva como la palma de su mano, no es extraño que tengan accidentes o sean atacados. Ellos lo saben y yo lo sé.

Salimos a buscarlo, recorrimos cada palmo desde la reducción hasta el río. No había rastros de él. El sol comenzó a ocultarse, la selva es aún más peligrosa de noche, sin embargo, no dejamos de buscarlo.

Entonces escuché algo... un canto. Era la voz de una mujer. Venía desde el río. Los aborígenes que me acompañaban, eran los más fieros cazadores, pero aún ellos se estremecieron de terror como niños asustados. Ellos huyeron. Me suplicaron que volviera con ellos, pero yo no lo hice. Quería saber de dónde provenía aquel canto angelical.

Continué solo, llegué hasta la costa del río. Una densa neblina apareció de la nada misma. Todo se había vuelto oscuro. Por entre la niebla, una sombra se movía en el agua. El canto continuaba, hipnótico. No podía evitar sentirme maravillado. Sin saber por qué, entré en el agua. Me hundí hasta la cintura.

El canto continuaba y yo seguía avanzando. La sombra se acercaba, hasta que estuvo frente a mí. Del agua emergió la mujer más hermosa que haya

visto jamás. Con cabellos rubios como la luz del sol y ojos dorados como el oro. La mujer se me acercó cantando como un coro angelical. Yo no podía evitarlo, no podía dejar de mirarla. Su cuerpo desnudo me atraía hacia él. La mujer me rodeó el cuello con sus brazos fríos como el hielo. Acercó su rostro hacia el mío. Intentó besarme, sus labios se acercaban a los míos, yo no podía evitarlo, no quería evitarlo. Estaba preso de un hechizo.

Como pude, introduje mi mano en mi bolsillo. Allí sentí el metal de mi crucifijo. En ese momento mi mente luchó por liberarse, saqué el crucifijo y lo apoyé en la frente de aquella mujer. Entonces me horroricé al ver la verdadera forma de lo que estaba frente a mí. Justo frente a mi rostro estaba la cabeza de una enorme serpiente con las fauces abiertas dispuesta a engullirme. Su cuerpo escamoso estaba cubierto de unos horribles pelos negros como la noche. Miré a mi alrededor, había sombras, muchas sombras.

Eran las sombras de niños, gritaban aterrados, suplicando piedad. Tomé el puñal que traía en el cinturón y se lo clavé a aquella serpiente en el cuello. La bestia dio un alarido y su largo cuerpo se retorció golpeando el agua con fuerza. La bestia volvió a ser aquella mujer, pero su parte inferior era la de un pez. La mujer me gruñó como una fiera y se desapareció en las profundidades del río. Aquella cosa no era obra de Dios. Aquella cosa que atrapa a los niños y atrae a los hombres con tentación solo puede ser obra del demonio. La madre del agua la llaman los aborígenes. La madre del agua es la reina del río. Al verla comprendí que el diablo existe, el diablo habita en este mundo.”

Alan permaneció en silencio, absorto.

– A lo que te enfrentas aquí no es una simple sirena. Te enfrentas a un demonio. Un demonio con un hambre insaciable por los niños. A veces tienta a los mayores para que los entreguen, les promete milagros a cambio del alma de sus hijos. Se regocija al ver a los hombres corromperse. Otras veces simplemente los atrapa arrastrándolos a las profundidades donde habita. Atrapa sus almas y los obliga a permanecer junto a ella como espectros. No hay destino más cruel que ese. Si vas tras ella debes estar preparado.

–Lo estoy padre. Estoy preparado. No dejaré que mi hermano sufra eternamente.

–En ese caso. Toma hijo. –El sacerdote sacó de su escritorio un gran crucifijo. Era de un metal muy brillante. Alan pensó que quizás fuera de plata. –Necesitarás esto. Recuerda. Debes tener fe y no debes temer. El demonio se alimenta de la duda y el miedo. Si vas tras ella debes estar

seguro.

Alan tomó el crucifijo y lo colgó alrededor de su cuello usando un cordón que traía en su mochila. –Se lo agradezco padre.

Cuando Alan se fue de la biblioteca, el sol ya comenzaba a ocultarse y el cielo se tiñó de un naranja intenso. Montó en su bicicleta y comenzó a andar. Volteó a ver al Padre Abraham por última vez. El anciano estaba parado junto a la puerta, observando. Tras él, el interior de la biblioteca lucía sombrío. Entre las sombras, creyó ver dos ojos que se alzaban por sobre el sacerdote. Lo ojos del diablo lo observaban.



## Capítulo 5

### capitulo 5

1

Aquella noche el cielo estaba despejado y cubierto de estrellas. Las luciérnagas revoloteaban por los campos, haciendo brillar y luego apagando la luz de sus cuerpos. El canto de los grillos y el croar de las ranas interrumpían el silencio nocturno. El viejo Jack había encendido una pequeña fogata frente a su cabaña, se sentó frente a ella en el suelo y contempló el danzar de las llamas. A veces hacía eso, encendía una fogata fuera de su casa para que alejara las sombras que lo atormentaban. Se sentaba y miraba hacia la nada reflexionando sobre la vida que se le había escurrido entre sus dedos con el pasar inexorable del tiempo.

Sobre el fuego, clavado en una estaca, se asaba lentamente un pez que había pescado aquella misma tarde. Miró hacia arriba, hacia las estrellas. No pudo evitar recordar a su querida Esperanza, de aquellas noches en que su pequeña le preguntaba sobre las estrellas mirando desde la ventana de su habitación. A ella le fascinaba la manera en la que brillaban por las noches y le fascinaban las historias que su padre le contaba antes de dormir. Cuando una lágrima estuvo a punto de emerger de sus cansados ojos, el viejo Jack apartó el recuerdo de su mente con brusquedad. No hay nada más peligroso que los recuerdos para un hombre solitario, eso él lo sabía bien.

Continuó mirando hacia las llamas hasta que el sonido de ramas crujiendo lo alertaron.

– ¿Quién anda ahí? –Gritó con fiereza.

– Soy yo. –Dijo Alan emergiendo de entre la oscuridad.

– ¿Qué demonios haces aquí? Lárgate ahora mismo. No quiero que estés aquí.

– No lo haré. –Contestó desafiante el muchacho. –Debo estar aquí. Por mi hermano. No voy a escapar de esto. Aunque deba pasar toda mi vida buscando como lo ha hecho usted, si existe una mínima esperanza de salvar a mi hermano, lo haré.

– No sabes lo que dices. No sabes nada. Este no es lugar para niños. Deberías estar en tu hogar durmiendo. ¿Acaso no has comprobado por ti mismo lo peligroso que es esto?

–Si lo sé. Y por eso necesito de su ayuda. Lo haré por mí mismo de todas formas, pero espero que sea con su ayuda.

El viejo Jack no respondió. Volvió a dirigir su vista hacia la fogata. El chico se acercó y se sentó junto a él. El pescado asándose desprendía un aroma exquisito.

– He traído una tarta. –Dijo el muchacho mientras sacaba de su mochila una gran porción de tarta de manzana que su madre había hecho esa misma tarde. –Pensé que quizás tendría algo de hambre.

El viejo Jack solamente se limitó a mirarlo y luego volvió su vista hacia el pescado. Alan colocó la porción de tarta envuelta en un papel junto al anciano.

– ¿No tiene miedo de estar aquí solo? Yo estaría aterrado de pasar una sola noche aquí, tan lejos de todo, rodeado de oscuridad.

El anciano lo miró. –Si tienes miedo, entonces debes irte. ¿Acaso quieres que tenga problemas con tus padres si te encuentran aquí? Dirán que te rapté o cosas peores. Mejor vete. No quiero problemas.

–He esperado que ambos estuvieran dormidos. No notarán que me he ido.

–No debes seguir con esto. Tus padres ya han perdido un hijo. ¿Quieres que pierdan a otro? Debes pensar en ellos también. Debes pensar en lo mucho que han sufrido.

–Lo hago. Pienso en usted, lo que ha sufrido. Por eso no quiero que pasen por lo mismo. Quiero recuperar a mi hermano. ¿Acaso no es lo que usted trata de hacer? ¿Recuperar a su hija? Usted más que nadie debe entenderme...Mateo.

Al oír su propio nombre, nombre que no había oído en muchos años y que ya no reconocía como propio, el anciano se estremeció. Contempló al muchacho sentado junto a él con sorpresa. No preguntó cómo supo su nombre, eso lo intuyó al instante.

–Supongo que has hablado con el sacerdote.

Alan asintió con la cabeza.

–Entonces te ha dicho a que nos enfrentamos. Atrapar a esa maldita es algo que he anhelado toda mi vida. Pero han pasado demasiado años, décadas sin siquiera verla, sin siquiera oír de ella. Nadie la ha visto. Y ahora... ahora en el ocaso de mi vida, tengo una oportunidad. Anoche pude verla de nuevo... anoche pude verla. He estado tan cerca... y sin

embargo he fallado.

–Déjeme ayudarlo. Sé que si unimos fuerzas será mejor. Créame puedo ser de ayuda.

El anciano se levantó del suelo y quitó el pescado del fuego. Luego lo depositó sobre una fuente y lo cortó en pequeños trozos. Extendió la fuente hacia el muchacho. Alan tomó un trozo y lo comió. Para su sorpresa estaba exquisito.

Comieron en silencio envueltos por las sombras del bosque que se extendían más allá de la cálida luz de la fogata. Los amarillentos ojos de un enorme búho los observaban desde la copa de un árbol.

Luego de terminar con el pescado, el viejo Jack, devoró con gran rapidez aquella deliciosa tarta. Había pasado demasiado tiempo desde que había probado algo así. Desde hacía demasiado tiempo su boca solamente disfrutaba el sabor del alcohol.

–De acuerdo. –Dijo el anciano finalmente. –Acompáñame si es lo que deseas. Pero ten en cuenta que no seré responsable si algo te sucede.

El anciano tomó un gran bolso cargado con algunas cosas que creía que serían de utilidad. Tomó el gran arpón que recuperó de las aguas durante el día, luego de darlo por perdido al herir a la criatura la noche anterior, y partieron en dirección al río.

La oscuridad del bosque les impedía ver donde pisaban. Alan se sobresaltó al escuchar el cercano siseo de una serpiente, sin embargo el viejo Jack caminaba con seguridad, conocía aquellos bosques como la palma de su mano. Luego de un largo trecho finalmente llegaron hasta la costa del río. Allí, la luz de la luna y las estrellas que se reflejaba en las tranquilas aguas permitían ver mejor. El anciano se acercó a su viejo bote que reposaba en la arena, puso el bolso y el arpón dentro, y lo empujó hacia las aguas. Le hizo señas al muchacho que subiera y este obedeció. El anciano dio un gran empujón y luego se subió. Tomó los remos y comenzó a remar. El bote se deslizó suave y silenciosamente hacia las aguas.

2

Recorrieron las aguas en silencio, dejando por momentos que la corriente llevara al bote con suavidad. Las rodillas de Alan temblaban ligeramente, mientras el sostenía una gran linterna e iluminaba hacia la oscuridad. Había pasado la medianoche y ya llevaban una hora en el río. Todo estaba tranquilo, envuelto en un silencio sepulcral. No había rastros de aquel ser, ni siquiera de los espectros de los niños.

–Creo que esta noche no la veremos. –Dijo Alan casi como un susurro. En parte estaba decepcionado, pero otra parte de él sentía un alivio muy grande.

De pronto el bote se ladeó con brusquedad, como si algo hubiera chocado con él. Alan sentado en el fondo, se aferró a los bordes de la precaria barca. El viejo Jack por su parte, se puso de pie. Tomó el arpón y lo sostuvo en lo alto dispuesto a lanzarlo sobre cualquier cosa que se asomara del agua. Con su otra mano sostenía la linterna, iluminando los alrededores.

– ¡Aparece ya maldito demonio! –Gritó enfurecido, y su eco resonó entre los árboles que crecían en la cercana costa. – ¡Aparece de una maldita vez!

El bote volvió a sacudirse, esta vez con más fuerza. El viejo Jack tuvo que esforzarse para no perder el equilibrio y caer a las oscuras aguas. Nuevamente algo golpeó la endeble embarcación. Entonces una mano negra se aferró al borde como si de un naufrago se tratara. Eran las oscuras manos de un niño. Primero fue solo una, luego la otra. Las manos se aferraban con fuerza. Alan y el viejo Jack las miraron aterrados. Algo comenzó a emerger de las aguas. El rostro carente de alma de un niño apareció. Era completamente negro, sus ojos no eran más que cuencas vacías. Su boca abierta en un grito mudo, espantoso, mientras el agua caía desde sus fosas nasales. Un segundo par de manos sujetó la barca, luego un tercero. Antes que siquiera pudieran darse cuenta, más de una docena de pares de manos sujetaban el bote que se zarandeaba con violencia.

– ¡Atrás criaturas del infierno! –Gritó el viejo Jack mientras empuñaba el arpón. Los niños de la noche lo miraron con sus ojos grabados con una angustia espectral. Alan se aferraba al fondo de la barca, completamente aterrado. Los grotescos rostros de los infantes parecían desfigurarse y sus bocas se agrandaban, congeladas en un grito surrealista.

A lo lejos se pudo oír la suave risa de una mujer.

La barca se movía incontrolable a medida que era empujada hacia abajo. Pronto el agua ya se encontraba cerca del borde, lista para entrar y llevarlos hasta las profundidades del río.

El viejo Jack comenzó a golpear a los niños con la punta afilada de su arpón. A uno le hundió su vieja arma en su boca deformada. El niño dio un grito ahogado y se soltó del borde, hundiéndose nuevamente en las oscuras aguas. A otro, la punta del arpón golpeó en el centro mismo del rostro, en el espacio entre los ojos. El filo entro con facilidad, como si aquellos seres estuvieran hechos de carne putrefacta a punto de convertirse en polvo. El anciano golpeaba endemoniadamente. Alzaba y

bajaba su arpón una y otra vez. Uno a uno, aquellos espectros se fueron soltando y el bote dejó de moverse. La tranquilidad había vuelto. No se sentía ni la más mínima ondulación en el agua.

– ¿Cree que se hayan ido? – Preguntó Alan mientras se levantaba para acercarse al viejo Jack. Pero entonces unas aberrantes manos sujetaron su pie. El niño dio un fuerte chillido. Otras manos emergieron del agua y sujetaron su pierna. En apenas un instante, el pequeño estaba atrapado por decenas de manos que lo estiraban hacia las aguas. Inútilmente extendió su mano hacia el anciano, pero aquellos seres lo tiraron del bote. Pronto sintió el agua penetrando por su nariz y por su boca mientras gritaba jalado hacia las profundidades. Sintió el agua llegando a sus pulmones, sintió la desesperación de estar ahogándose mientras aquellos siniestros rostros vacíos sonreían macabramente. Pataleó en todas direcciones, luchó encarnizadamente por salir a la superficie. Sintió por un instante como su mano emergía hacia el anhelado aire de la superficie.

El viejo Jack corrió hacia el extremo del bote. Vio la pequeña mano de Alan emergiendo por un instante y se abalanzó sobre el borde de la barca que se inclinó de tal forma, que parecía que estaba a punto de volcar. Extendió su mano y sujetó al muchacho. – ¡Vamos! – Gritó mientras sacaba fuerzas del fondo mismo de su ser. La cabeza del muchacho finalmente salió a la superficie. El pequeño dio una profunda inhalación mientras el agua brotaba desde sus fosas nasales. El anciano estiró con todas sus fuerzas. Pronto la mitad del cuerpo del muchacho ya estaba fuera del agua. Estaban a punto de lograrlo cuando nuevamente aquellos espectros emergieron y lo sujetaron. El muchacho gritó al ver aquellos rostros inhumanos que lo rodeaban. Las manos lo envolvían jalándolo hacia la negrura del fondo. El anciano continuaba estirando al borde mismo de sus fuerzas. – ¡Vamos! ¡No te sueltes! – Gritaba mientras la vena en su frente se hinchaba a tal punto, que parecía que explotaría como un globo. Entonces el anciano sintió unas frías y húmedas manos que lo sujetaron del cuello. Allí, sobre el bote había tres de aquellos espectros que lo sujetaron con fuerza y lo estiraban hacia atrás intentando que soltara al pequeño.

– Suéltalo. – Dijo la siseante voz de una mujer a lo lejos. – Suéltalo y podrás irte.

– ¡No me suelte! – Gritó Alan con terror y desesperación. – ¡Por favor no me suelte!

Por la mente del viejo Jack pasó la idea de soltarlo y marcharse, después de todo no lo conocía. No era más que un niño que no hizo caso a las advertencias. Él se lo había advertido y el maldito no hizo caso. Si de alguien era la culpa era del muchacho. La idea persistía en su mente a medida que el bote se inclinaba a punto de voltearse, y aquellos fríos y negros brazos de niños lo sostenían del cuello casi impidiéndole respirar.

Quitó el pensamiento de su mente y continuó estirando a pesar de todo. Mientras que con su mano derecha sostenía al muchacho, con su mano izquierda tanteaba el bolso. Finalmente dio con lo que estaba buscando. Extrajo un pequeño cuchillo que utilizaba para destripar peces y se lo clavó en la cuenca vacía de uno de aquellos espectros. El niño retrocedió gritando y cayó al agua. Luego golpeó a otro de los niños haciéndolo tambalear. Solo quedaba uno que lo sujetaba por la cintura. Comenzó a darle fuertes puñetazos en el rostro, uno tras otro. Pudo sentir su cara espectral achatarse como si de una pieza de plastilina se tratase. Golpeó con tanta fuerza que la cabeza pareció estar a punto de desprenderse. El espectro lo soltó sollozando como un niño a quien su padre castiga. El anciano tomó con los dos brazos a Alan quien luchaba para mantenerse a flote. Usó ambos pies y se afirmó en el extremo de la barca mientras estiró con todas sus fuerzas. El torso del niño se encontraba completamente fuera del agua, apoyado contra la madera del bote. Comenzaba a salir poco a poco. Pero nuevamente fue empujado con brusquedad hacia abajo. Las fuerzas del viejo Jack se desvanecían. Sentía como las manos del muchacho se resbalaban de la suya. No podía sujetarlo por mucho más tiempo.

El bote se movió con brusquedad. Más de aquellos pequeños demonios habían subido y se habían abalanzado sobre el anciano. Podía sentir su gélido y putrefacto aliento respirándole en el rostro a medida que lo estiraban hacia atrás. Las manos del pequeño comenzaban a soltarse.

Alan cerró sus ojos esperando su cruel destino cuando una idea vino a su mente. Soltó su mano izquierda de las manos del anciano y buscó instintivamente en su bolsillo. De allí extrajo el crucifijo que el sacerdote le había dado. A pesar de no ser muy creyente, y de nunca ir a misa, pensó que era su última oportunidad. Es increíble como los hombres buscan la fe al estar al borde de la muerte. Sacó la cruz y apoyó el frío metal sobre la frente de uno de los espectros que lo tenían prisionero. Pudo ver como un vapor emergía de la negra carne de su captor, como si hubiera apoyado algo increíblemente caliente. El espectro lo soltó. Luego hizo lo mismo con otro mientras los demás simplemente lo soltaron. Extendió su mano y pasó el crucifijo al anciano quien lo enseñó a los espectros del bote como si de pequeños vampiros se tratara. Los pequeños gritaron y se arrojaron al agua. El viejo Jack estiró de Alan y lo subió a la seguridad del bote.

Permanecieron tendidos, respirando agitadamente. Sus corazones latían con tal fuerza, que parecía que saldrían de sus pechos. Las manos y piernas de Alan temblaban como una hoja seca empujada por el viento.

– ¿Te encuentras bien? – Preguntó el viejo Jack, pero Alan no pudo responder, un repentino ataque de tos se apoderó de él mientras su cuerpo intentaba expulsar el agua atrapada en sus pulmones. Jack se sentó junto a él y comenzó a golpearle la espalda intentando que

expulsara toda el agua.

–Será mejor que nos vayamos. –Dijo el anciano mientras tomaba los remos y comenzaba a impulsar el bote hacia la seguridad de la costa.

– Desistan – Dijo con suavidad una voz desde las penumbras. –Desistan o ambos morirán.

–Muéstrate maldita. –Gritó Jack con un nudo apretándole la garganta.  
–Muestra tu demoniaco rostro. ¿O acaso tienes miedo de un anciano y un niño?

Una lejana risa se oyó mientras una capa de niebla comenzaba a extenderse sobre las aguas.

–Yo no le temo a nada. He vivido desde el origen del tiempo mismo. Ustedes no son nada ante mí.

– ¡Entonces muéstrate!

En el agua se formaron suaves ondulaciones que llegaban hasta el bote. Entonces fueron testigos del bello rostro de aquella mujer emergiendo junto a ellos.

–Aquí estoy. –Dijo la mujer. Su rostro lucía radiante, contorneado por sus dorados cabellos. Pero, en su hombro podía observarse una enorme herida. Herida provocada por el filo del arpón.

El viejo Jack sonrió. –Te he herido. Un anciano te ha herido, a ti, que has vivido desde el origen de los tiempos.

La mujer siseó como una serpiente furiosa a punto de atacar. Se acercó al bote. El anciano levantó el arpón en su dirección, mientras que Alan empuñó el crucifijo. La mujer se detuvo.

–He dormido durante décadas. –Prosiguió ella. –Pero me han despertado. Él volverá pronto. Puedo sentirlo. He sentido a sus sirvientes llamándolo. Eso me ha sacado de mi letargo.

– ¿A qué te refieres? –Preguntó Jack. – ¿Quién vendrá?

–El mal. –Murmuró Alan.

La mujer volvió a reír y su risa retumbó en la oscuridad de la noche. –Muy pronto lo sabrán. Se aproxima la noche de la gran tormenta. Tiempos oscuros se acercan y ustedes sufrirán. Les prometo que sufrirán. –La mujer se sumergió y tras ella su cola de sirena golpeó en el agua para

luego desaparecer. Nuevamente se encontraban solos envueltos en un silencio sepulcral.



## Capítulo 6

### capitulo 6

#### 1

Cuando regresaron aquella noche, lo hicieron en el más absoluto silencio. Se sentaron alrededor de la calidez de la fogata cuyas últimas llamas parecían estar a punto de extinguirse. El fuego proyectaba oscuras y alargadas sombras sobre sus rostros. Aquella noche estuvieron a punto de morir. No había palabras para describir lo que habían pasado. Las piernas del muchacho comenzaron a temblar descontroladamente, como si el terror al fin había logrado penetrar en su mente. Permanecieron en silencio, mirando el danzar de las llamas mientras en lo alto de un gran árbol, oculto por la penumbra, un gran búho cantó de manera espeluznante.

–Será mejor que te vayas. –Dijo finalmente el viejo Jack, sin dirigirle la mirada. –Y si eres inteligente, ya no volverás.

Alan se limitó a mirar al anciano. Lucía cansado, abatido. Algo se había roto en él aquella noche. Quizás el darse cuenta que acabar con esa cosa no era algo posible, o quizás el pensar que su hija estuviera por allí convertido en uno de esos horrendos seres que él mismo había atravesado con su arpón como si fueran un montón de basura, pero aquella noche su espíritu aguerrido lo había abandonado, dejando solamente un hombre derrotado.

El muchacho se puso de pie y emprendió el regreso sin decir ninguna palabra. Luego de caminar unos metros estuvo a punto de dar la vuelta, pero no lo hizo. Siguió caminando en la oscuridad de aquel sendero que conducía hasta su granja. Mientras caminaba se sintió observado. El miedo poco a poco lo empezó a invadir. La irresistible necesidad de correr se apoderó de él, pero su cuerpo estaba demasiado cansado como para siquiera intentarlo.

Caminó lo más rápido que pudo, resistiendo la idea de voltear a ver que producía los pasos que comenzó a escuchar tras él. –No es nada. Solo sigue caminando. –Se decía mientras en la cercanía podía ver las luces del pórtico de la casa. –Ya falta poco. Por favor. Ya falta poco.

Los pasos se escuchaban cada vez más cerca, pero no eran pasos comunes, era como si alguien caminara con dificultad, como arrastrando los pies. La idea de que alguno de aquellos espectros estuviera tras él, hacía que su corazón palpitará con inusitada rapidez, pero sus piernas todavía le temblaban, no había manera de que pudiese escapar corriendo.

Puso su mano en el bolsillo y extrajo el crucifijo. Eso lo tranquilizó, después de todo había funcionado de maravilla salvándole la vida. – ¿Quién anda ahí? –Dijo empuñando la cruz hacia las sombras. Frente a él pudo ver la figura de un niño.

– ¡Aléjate demonio! –Su voz sonó temblorosa e insegura. El miedo le recorría el cuerpo a medida que aquella sombra se acercaba. – ¡Aléjate!

–Tú debes alejarte. –Le contestó la figura. –Aléjate y no vuelvas al río. Vete de San Antonio.

Alan pudo reconocer la inconfundible voz de su hermano. – ¡Theo! Realmente eres tú.

Se acercó corriendo hacia su hermano con los brazos abiertos, listo para abrazarlo.

–Detente. –Le gritó Theo, y su voz ya no sonó como la tierna voz de su hermano. Ahora sonaba cavernosa y lejana. –No te acerques. No lo hagas.

Alan se detuvo unos pasos frente a él. –Hermano te he estado buscando. He intentado...

–Debes dejar de hacerlo. Ya no me busques. Aléjate del río. De lo contrario ella... ella va a matarte. Lo hará y me obligará a mirar... o quizás me ordenará a mí que lo haga.

–Pero tú no me lastimarías.

–Lo haría Alan. Lo haría. No puedo evitarlo. Ella está en mi mente, en mi alma. Ya no tengo voluntad propia. Cuando te has acercado al río, pude verte, y mi mente recordó cosas. Antes de eso, todo era negro, no había nada más que ella. Pude recordar que eras mi hermano y lo mucho que te quería. Por eso fui a advertirte. No vuelvas al río. Aléjate lo más posible del pueblo, aléjate antes de la noche de la gran tormenta. Esa noche el río crecerá, y cubrirá el pueblo, y esa noche ella atacará. El hombre de las sombras se lo ha prometido.

– ¿Quién es el hombre de las sombras? –Preguntó Alan aterrado.

Pero su hermano ya no pudo responderle. Cayó de rodillas sujetándose la cabeza y dando fuertes y espeluznante alaridos de dolor. – ¡Aléjate del pueblo! ¡Debes hacerlo! –Gritó Theo por última vez antes de desaparecer

en la oscuridad más absoluta.

Alan se encontró nuevamente solo. Todavía sostenía la cruz entre sus manos. Continuó su camino de regreso hacia la seguridad de su hogar. Su mente se fragmentaba en una multitud de pensamientos. La tristeza lo comenzó a invadir incontrolable.

Giró la perilla de la puerta trasera, por la cual se había escapado. Entró con cuidado, tratando de no hacer el más mínimo sonido. La casa estaba en penumbras, sumergida en el silencio más absoluto. Subió las escaleras muy lentamente. La puerta del cuarto de sus padres estaba abierta. Alan pasó frente a ella y se detuvo. No había nadie. Sus padres no estaban.

La desesperación se apoderó de él. Quizás sus padres habían descubierto que no estaba. Quizás habían salido a buscarlo. Pensó y pensó. No sabía qué hacer. Pensó en salir tras ellos, buscarlos y decir que simplemente caminó dormido y se perdió en el bosque. Caminó de un lado a otro como un animal enjaulado. Finalmente decidió acostarse, y permanecer dormido cuando ellos llegaran pretendiendo que nunca se había movido de su cama. Después de todo. ¿Dónde iría a buscarlos? – Será mejor que espere. –Pensó. Se dirigió hacia su habitación, se acostó y se cubrió con las sábanas. Miró el reloj. Eran las 03:00 de la madrugada. Permaneció unos momentos contemplando el techo hasta que el sueño finalmente llegó. Completamente exhausto, se quedó profundamente dormido.

2

El canto de un ave posada en el árbol junto a su ventana, despertó a Alan. El sol comenzaba a salir como una esfera candente dibujada en la línea del horizonte. Permaneció acostado pensando en todo lo que había ocurrido aquella noche. Pensó en su hermano, y en lo cerca que estuvo de acompañarlo como un espectro, hasta que un sonido familiar llamó su atención. Era el sonido del sartén siendo colocado sobre la hornalla de la cocina.

Al parecer sus padres no se habían percatado de su ausencia nocturna. Se levantó y se dirigió hacia la cocina. Allí estaba su padre, escuchando las noticias en la radio y bebiendo una taza de café, mientras que su madre preparaba tostadas.

–Buen día hijo. Hoy te has levantado temprano. –Lo saludó su padre mientras daba otro sorbo a su bebida caliente.

–Buenos días. –Saludó él en respuesta. Pensó en preguntarles a donde se habían marchado durante la noche, pero luego pensó que no era necesario, después de todo él también lo había hecho. No necesitaba ni quería averiguar si sus padres andaban en alguna aventura para avivar su

matrimonio.

Su madre se acercó y le sonrió. Puso frente a él un plato con tostadas con mermelada y una gran taza de chocolate caliente.

–Bueno hijo. Aprovechando que estás despierto. Necesito que me acompañes al pueblo. Debo llevar parte de la cosecha al mercado.

– ¿Iremos en el tractor?

– ¿Acaso te avergüenza? –Preguntó el padre levantando una ceja.

–Claro que no. Es solo que es muy lento. Nos asaremos en el sol hasta que llegemos al pueblo.

Su padre echó a reír. –Tienes razón. Pero no iremos en el tractor. Olvidé decirte que hemos comprado una camioneta. –Apoyó un juego de llaves sobre la mesa. –No te lo había dicho porque queríamos que fuera una sorpresa. Después de todo, es el primer vehículo que tiene esta familia, además del viejo tractor.

Alan corrió hacia el viejo galpón emocionado. Después de todo era solo un niño. Al entrar se maravilló. Allí estaba una enorme camioneta Ford F-100, de color rojo intenso. Su padre entró sonriendo. –La he conseguido por un muy buen precio. Está casi nueva. Solo tiene algunos detalles en la pintura, pero no son algo notorio. ¿Te gusta?

–Me encanta. –Respondió Alan sonriendo mientras se subía del lado del acompañante. La camioneta ya se encontraba cargada con cajones de maíz, listos para ser llevados hasta el mercado.

–De acuerdo. Vamos a probar esta cosa. –Dijo su padre mientras subía y se acomodaba en el asiento del conductor. Colocó la llave en el encendido y la giró. El motor rugió. Toda la camioneta vibraba por la potencia que le otorgaban los pistones que subían y bajaban al ritmo de la ignición de la gasolina.

Se pusieron en marcha. El señor Jones encendió la radio. Una vieja canción ranchera comenzó a sonar. – ¿Sabes hijo? Siento que vienen días muy buenos para nosotros.

–Ojalá Theo estuviera aquí para ver esto. Creo que lo hubiera disfrutado mucho.

–Lo sé. A él le fascinaban los autos aunque nunca llegamos a tener uno, nunca pudo disfrutarlo. –El rostro de su padre se volvió sombrío por un instante. –Sé que lo extrañas. Yo también lo hago, cada día. Pero la vida nos pone pruebas que debemos superar. Algunas son dolorosas como la

pérdida de un ser querido. Pero debemos seguir adelante y superarlo. Sé que luego de una gran pérdida vendrán tiempos mejores. Ya lo verás.

El señor Jones acarició los cabellos de su hijo y continuó conduciendo en dirección a San Antonio. El viaje fue increíblemente rápido, tan distinto a los lentos y ruidosos viajes en el viejo tractor. Pronto habían llegado hasta la avenida principal, la única asfaltada, la cual conducía al centro mismo del pueblo. Allí estaba la plaza central, donde la mayoría de los niños se congregaban a jugar o a tomar un helado. Desde la puerta de la iglesia, el viejo sacerdote los vio pasar, siguiéndolos con la mirada. Alan del mismo modo, lo miró fijamente. Era como si sus miradas entablaran una conversación.

–Ese sacerdote sí que da miedo. –Dijo el señor Jones, al ver la solitaria y delgada figura del anciano parado junto a la puerta del enorme templo de aspecto antiguo, casi medieval. –Recuerdo que de niño, también le temía. Hay algo intenso en su mirada. Como si estuviera juzgándote.

– ¿Es por eso que nunca vas a la iglesia? –Preguntó su hijo apartando la mirada del anciano.

–No es por eso. Verás nunca fui muy creyente, eso lo dejo para tu madre. A ella le encanta eso, aunque, entre nosotros... creo que solo va para integrarse a las señoras estiradas del pueblo. –sonrió con una sonrisa burlona –pero de todas formas hay que admitir que aquel sacerdote con su semblante siniestro no ayuda mucho para atraer a las personas.

–A mí no me parece tan malo.

–Pues quizás no lo sea. Pero dicen que el Alzheimer se está llevando poco a poco su mente. Las ancianas del pueblo, en su constante cotorreo en el mercado han comentado que pronto vendrá un nuevo sacerdote, uno joven. La vida es algo injusta. Pasas casi 60 años ayudando, y cuando ya no le sirves, simplemente te reemplazan por alguien más joven. En ese aspecto, siento pena por el sacerdote.

Alan miró por el espejo retrovisor. La iglesia había quedado atrás, pero el sacerdote ya no estaba en la puerta. Mientras continuaban su marcha, pasaron frente al colegio religioso local, el viejo asilo de ancianos, la oficina de correos, hasta que, finalmente, llegaron a un viejo galpón abovedado, sin paredes, que hacía las veces de mercado donde los agricultores vendían sus productos.

El señor Jones estacionó su camioneta ante la atenta mirada de los demás productores acostumbrados a verlo llegar en el humeante tractor. Comenzaron a bajar los pesados cajones con maíz, uno tras otro. El calor se hacía sentir. Los músculos de los brazos de Alan parecía que se rasgarían cada vez que levantaba uno de los cajones de más de 20 kilos

cada uno, sin embargo, luego de años haciendo la misma tarea, su cuerpo ya se había acostumbrado. Entregaron toda la carga al señor Lazarte, quien, con su robusto cuerpo apoyado en un sillón, se abanicaba intentando alejar el calor y las moscas que se concentraban.

–Veo que te has comprado una camioneta. –Dijo el viejo Eugenio Lazarte, mientras se esforzaba por respirar. El sudor le corría por la frente y sus mejillas estaban increíblemente rojas, como si se estuviera asando en su propio jugo. –Bien por ti. Así pronto dejarás de vender aquí tus productos a un precio tan bajo e irás directamente a la ciudad. Allí está el verdadero dinero. Te lo digo porque te considero un amigo luego de tantos años de comprarte a ti para revender en la ciudad.

–Te lo agradezco Eugenio. –Respondió el señor Jones. –Lo he estado pensando, pero no sé nada de la ciudad, ni de negocios, por eso lo dejo todo en tus manos.

Lazarte se echó a reír mientras contaba un fajo de billetes. –En verdad que eres iluso. Te lo aseguro, allí cobrarías el doble que la miseria que te estoy pagando. Ya tienes el transporte, solo te faltan las agallas.

–Bueno. Quizás te tome la palabra.

–Debes hacerlo. Tú y tu familia lo necesitan, después de todo lo que han pasado. Quizás algún día puedas estar como yo. Simplemente dando órdenes desde la comodidad de un sillón. –El señor Lazarte extendió los billetes y el señor Jones los tomó y los guardó en su bolsillo sin contarlos. Conocía muy bien al señor Lazarte y sabía que jamás intentaría estafarlo.

Mientras Lazarte seguía dándole consejos sobre cómo vender su cosecha sin intermediarios a un mejor precio, Alan se dirigió a la camioneta. Se sentó en el asiento del acompañante y permaneció contemplando las desiertas calles del pueblo. El intenso calor que emanaba del asfalto creaba la ilusión de grandes charcos que se extendían a lo lejos. La lejana imagen del patrullero policial acercándose llamó su atención. Era una vieja Land rover pintada de azul y blanco, con una sirena colocada sobre el techo. La camioneta se acercó y finalmente estacionó frente al mercado, cerca de donde se encontraba Alan. Del patrullero descendió el Comisario, con aspecto cansado y su rostro cubierto de una barba que comenzaba a emerger. Sus ojos daban lugar a unas profundas ojeras, parecía que no había dormido la noche anterior. Alan conocía muy bien al Comisario Tomas Peterson. Cuando su hermano desapareció, él fue el primero en llegar y también fue el último en abandonar la búsqueda luego de semanas infructuosas. Era un policía inflexible, pero con un profundo cariño por la comunidad. Mientras él estuviera a cargo, se encargaría que nada alterase el orden de las cosas en San Antonio.

El comisario ingresó al mercado. Alan quedó sorprendido por el aspecto que tenía. Nunca lo había visto así, desalineado. Normalmente tenía el uniforme perfectamente planchado, la cara afeitada y el prolijo peinado digno de un militar. Ahora estaba sucio, con la camisa manchada con tierra y completamente despeinado.

El muchacho al ver que el comisario se acercaba hacia donde se encontraba su padre, decidió ir a escuchar, definitivamente algo había sucedido.

– ¿Y a ti que te ha sucedido? –Le preguntó Lazarte al Comisario. –Parece como si hubieras pasado toda la noche cavando una tumba.

–En efecto eso he estado haciendo. –Respondió ante la sorprendida mirada de los hombres. Alan se detuvo tras una pila de cajones y se dispuso a escuchar. –Anoche han vuelto a atacar el cementerio. Se han llevado otro cuerpo. El cuerpo del hijo de los Thompson.

–Pero ¿Quién pudo hacer cosa semejante? –Preguntó el señor Jones. –El pequeño de los Thompson ha sido enterrado hace apenas unos días.

–El pobre murió luego de luchar durante mucho tiempo contra su enfermedad. –Agregó Lazarte. –Su padre me comentó que a pesar de estar triste, sentía una gran paz porque su hijo ya no sufría, ya descansaba en paz. Y ahora... pasa esto. ¿Quién puede ser tan inhumano?

–No lo sé. –Respondió el comisario. –Eran cerca de las dos de la mañana cuando llegaron tres muchachos completamente asustados a la comisaría. Sus ojos parecían desorbitados. Jadeaban como perros en un día caluroso. Me comentaron que estuvieron bebiendo toda la noche, y en uno de esos actos impulsivos, se desafiaron a ir hasta el cementerio. Solo Dios sabe porque los jóvenes son tan estúpidos. Fueron al cementerio y entraron. Caminaron por entre las tumbas, completamente aterrados. Para ese momento creo que el efecto del alcohol de había evaporado por completo. –Hizo una pausa. –Continuaron caminando hasta el fondo mismo del cementerio, ese era su desafío de borrachos. Llegar hasta el fondo del cementerio y volver. Pero antes de llegar escucharon unos sonidos extraños. Se asomaron desde detrás de un nicho y vieron a un grupo de personas. No supieron decirme cuantas. Estaban vestidas con una especie de túnica. Dijeron que llevaban algo cargando. Algo alargado sujetado en cada extremo por una persona. Dijeron que parecía ser un cuerpo.

–Dios santo. –Exclamó Lazarte. – ¿Acaso es una secta satánica o algo así?

El comisario levantó los hombros en señalando que desconocía la respuesta. –No lo sé. Luego que vieron eso salieron corriendo, tropezándose y cayéndose repetidas veces hasta que volvieron a subir a

su automóvil y fueron directo a la comisaría. Uno de ellos tenía sangre brotando de su frente y otro tenía un enorme raspón en su codo. Luego de escucharlos, fui con un agente hasta el cementerio. Como saben, no hay ninguna condenada luz. Eso es la desventaja de tener al cementerio tan lejos del pueblo, rodeado de bosque. Estaba completamente oscuro. Llevamos linternas por supuesto, pero eso no nos ayudaba mucho. Caminamos muy despacio hasta que llegamos al lugar señalado. No había nadie. Pensamos que quizás solo eran delirios de unos muchachos ebrios. Pero cuando estábamos a punto de volver, vimos la tumba. La tierra acumulada a su costado. Nos acercamos y dentro estaba el cajón destapado... y el cuerpo ya no estaba.

–Eso es terrible. –Dijo el señor Jones con el asombro dibujado en su rostro.

–No es el primero. Hace apenas unos meses, robaron el cuerpo del señor García de un nicho. Nunca supimos que hicieron con él, ni quien había sido. Pero ahora, al menos sabemos que no es una sola persona. Hay varios y todo parece indicar que son una condenada secta... aquí en San Antonio. ¿Pueden creerlo?

–Mucho se ha dicho que personas han ido a la ruinas a hacer pactos con el diablo, o brujerías. Pero jamás había escuchado que se llevaran cuerpos.

–Añadió Lazarte. –Esto es muy peligroso. Si hay personas así en el pueblo, quien sabe a qué puedan llegar. He escuchado que sectas como estas pueden llegar a hacer sacrificios humanos.

Alan escuchó horrorizado. Las palabras de la criatura habían cobrado sentido. Ella había despertado gracias a los ritos de aquella secta. “Los sirvientes del diablo”. El pequeño volvió a la camioneta. Permaneció sumido en sus pensamientos hasta que su padre volvió.

– ¿Listo para irnos hijo? –Preguntó el señor Jones mientras encendía la camioneta.

–Claro. –Respondió el. – ¿De qué hablaban con el comisario?

–De nada hijo. Solo pasó a saludar.

Alan no volvió a preguntar.



## Capítulo 7

### capitulo 7

1

Durante la tarde, el calor era aún más intenso. El aire era casi irrespirable. Pero a lo lejos comenzaban a formarse unas oscuras nubes que se alzaban amenazantes sobre el horizonte. Una tormenta se acercaba. Era lo normal luego de tantas jornadas de intenso calor. Luego de almorzar, mientras sus padres dormían una siesta bajo el precario alivio del ventilador, Alan tomó su bicicleta y se dirigió a la biblioteca. Llegó completamente empapado de sudor. Pedalear tantos kilómetros bajo aquel calor y con el sol golpeando su nuca como un martillo, sin dudas no era una buena idea. Cuando entró, el lugar estaba en completo silencio. Nuevamente no había nadie. Supuso que en realidad nunca había nadie. Una biblioteca para un pueblo como San Antonio sin duda no era una buena idea.

– ¿Padre? ¿Se encuentra aquí? – Preguntó mientras avanzaba entre los estantes repletos de libros. Nadie respondió. Caminó hasta el fondo del lugar y luego se dirigió al pequeño despacho del sacerdote. La puerta estaba cerrada. Golpeó y esperó. Nuevamente nadie respondió. Decidió entrar. Giró el picaporte y la puerta se abrió. Allí estaba el sacerdote, sentado frente a su escritorio, con la mirada perdida hacia la nada.

– ¿Se encuentra bien? – Preguntó mientras se acercaba.

El anciano sacerdote tardó unos segundos en reaccionar. – Me has sorprendido joven Jones. – Le dijo mientras le indicaba la silla que tenía en frente para que tomara asiento. Alan tomó asiento.

– Dime ¿en qué puedo ayudarte? Por la expresión de tu rostro puedo notar que no te ha ido demasiado bien en tu búsqueda. ¿Acaso la has visto?

– Si padre. La he visto. La he visto muy de cerca. Por poco no la cuento. Pero esta cruz que me dio me ha salvado. En verdad se lo agradezco.

– Esa cruz era la que llevaba el padre Ignacio cuando fue atacado por la criatura. Es una reliquia muy antigua de mi religión. El valor que posee es incalculable.

– Pero ¿por qué me ha dado algo tan valioso? – Preguntó Alan sorprendido.

– Porque vi la expresión en tu mirada. Vi que nada te detendría, ni siquiera la idea de una muerte segura. Es por eso que te la di, para que tuvieras alguna chance de salir vivo. Después de todo, había funcionado para mi

antiguo predecesor, seguramente serviría para ti. Y me alegra que lo haya hecho. Nada es más importante que una vida, lo demás son solo objetos.

–Se lo agradezco Padre. Esas cosas. Los espectros que estaban con ella, huyeron de la cruz como si fueran vampiros. En verdad les hizo mucho daño.

–En efecto. Aquellos seres son almas atormentadas que viven bajo la influencia del mal. La luz de la cruz los lastima. Pero debes tener fe, sin fe, la cruz no sirve de nada.

Alan asintió. –Esas cosas estaban a punto de llevarme. Me jalaban hacia la profundidad. En ese momento solamente pensé en la cruz, sabía que me salvaría. Podría decirse que tenía fe en ello.

El sacerdote hizo un gesto de aprobación con su cabeza. –Sin embargo. No has tenido éxito.

–No. No pudimos acabar con esa criatura. De hecho, apenas salimos con vida. El viejo Jack...Mateo... y yo luchamos con todas nuestras fuerzas, pero fue en vano. Pero lo que venía a preguntarle padre, es algo que la criatura ha dicho. Ha dicho que algo la ha despertado del letargo en el que se encontraba. Ha dicho que "Él", volverá pronto. Dijo que ha sentido a los "sirvientes" llamándolo. Creo que algo muy grave se aproxima. Algo ocurrirá. "La gran tormenta", así la llamó ella.

El sacerdote se puso de pie. Miró por la ventana, reflexivo, con los brazos cruzados a sus espaldas.

–Estos días he visto signos extraños. He sentido el mal rondando. He escuchado un gran búho cantar por las noches anunciando desgracias venideras, y lo he escuchado a "Él". He sentido su risa en las sombras. No lo he visto, pero lo siento. El mal está cerca muchacho.

–Hoy he escuchado al comisario hablar sobre tumbas profanadas. Alguien está haciendo ritos. Quizás sea una secta. Eso la ha despertado.

–También lo he oído. Cuerpos que desaparecen de sus tumbas. Hombres bajo la influencia del mal que se esconden en nuestra comunidad como ciudadanos ilustres, sirviendo al mal. Durante décadas los he investigado, encontrando rastros de sus ritos en el cementerio, o en las ruinas. Pero nunca pude averiguar de quienes se trataban. Personas malvadas que esperan la llegada de su maestro. Me temo muchacho que algo muy grave está a punto de ocurrir. Debes ser fuerte. Ya no se trata solamente de tu hermano. Debes cuidarte. El mal vendrá detrás de ti. Vendrá detrás de todos nosotros.

El cielo se iba oscureciendo a medida que oscuras nubes de tormenta se formaban arremolinándose con el aspecto de un enorme agujero en el cielo. –Una tormenta se acerca muchacho. Será mejor que vuelvas a tu casa. Ponte a salvo esta noche. No salgas. Habrá tiempo de perseguir a la criatura. Esta noche no es seguro.

– ¿Cree que sea la gran tormenta de la que hablaba?

–No lo sé. Presiento que lo que se avecina va más allá de nuestro entendimiento. Mantente a salvo. No te arriesgues más de lo debido. El diablo saldrá esta noche. Será mejor que no te encuentre.

Un relámpago cayó a lo lejos. El estruendo del trueno que lo prosiguió hizo estremecer las paredes de la vieja iglesia. Alan volvió hasta donde había dejado su bicicleta y comenzó su regreso lo más velozmente que pudo. Apenas llegó a su casa cuando las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer.

2

La lluvia llegó como un manto grisáceo que avanzaba desde el horizonte cubriéndolo todo. El viento intenso empujaba las gotas con furia contra las casas. Luego comenzaron a caer pequeñas piedras blancuecinas de hielo. Alan miraba desde su ventana como el granizo se iba acumulando convirtiendo el verde del césped en una alfombra blanca. Las horas fueron pasando hasta que finalmente cayó la noche. Afuera no podía verse nada. Todo estaba oscuro, solamente el destello de los relámpagos dejaba ver como la furia de la tormenta se agitaba sobre los campos.

Mientras sus padres estaban abajo, sentados en el sofá frente al televisor donde el noticiero de la cercana ciudad informaba sobre la tormenta, Alan permaneció en su habitación. Contemplaba desde su ventana sin poder dejar de pensar en todas las cosas que habían ocurrido. Todo era tan extraño. En su mano sostenía el pequeño modelo a escala palpándolo con suavidad como si quisiera comprobar que de verdad lo estaba sosteniendo. De pronto cayó un rayo increíblemente cerca. Todo se volvió azul brillante por un momento. Luego vino el estruendo. Alan dio un salto hacia atrás cuando la casa vibró por completo por el sonido del trueno. Luego todo se volvió oscuro. La luz eléctrica se había ido. La casa se sumió en tinieblas mientras el rugido del viento y la lluvia sonaban amenazantes.

Con dificultad, Alan buscó en el cajón de su mesa de luz hasta que dio con su linterna. Luego bajó las escaleras. Allí encontró a sus padres sentados frente a la luz de una vela. Se sentó junto a ellos mientras afuera la

tormenta continuaba.

Las horas pasaron. La medianoche había llegado y la tormenta no había cesado. El viento soplaba cada vez con más fuerza. Alan se encontraba en su habitación con la luz de una vela apoyada sobre la mesa junto a su cama iluminando su cuarto. Las fuertes ráfagas impactaban con tal fuerza que temía que su techo saliera volando. Después de todo, no sería la primera vez que algo así ocurriera.

La noche estaba intranquila. Era imposible dormir. Solo podía permanecer en silencio oyendo como el cielo parecía rasgarse con cada uno de los rayos que caían. "El diablo saldrá esta noche", esas palabras retumbaban en su mente. La tormenta no presentaba señales de aminorar. Se preguntaba si esa era la gran tormenta de la que hablaba la criatura. Al mirar hacia su patio a través del vidrio empañado de su ventana, vio horrorizado como el agua comenzaba a cubrirlo todo. Inmediatamente recordó la noche en que su hermano desapareció. El agua cubría los campos, inundaba las cosechas y ahogaba a los animales. Se alejó de la ventana y se dirigió a su cama. Permaneció con la mirada fija hacia la llama de la vela que poco a poco se iba consumiendo. De pronto la llama se pagó por completo y el cuarto se sumergió en la más profunda oscuridad. Aterrado, Alan buscó el encendedor. Otra vez comenzó a sentir la extraña sensación de que había algo en el cuarto con él. Pero esta vez la sensación era indescriptible. Sentía el más grande de los horrores. Sentía como si algo terriblemente malvado se encontraba junto a él en aquella oscuridad solo interrumpida por la luz de los relámpagos. Buscó el encendedor hasta que lo encontró. Intentó encender una llama, pero únicamente podía producir chispas que iluminaban de manera intermitente durante unas milésimas de segundo y luego todo volvía a ser oscuridad.

Probó una y otra vez, pero la llama se negaba a encenderse. Fue entonces, en uno de los chispazos del encendedor que observó algo horripilante. Allí en el extremo del cuarto había una figura. Completamente negra como la noche misma. Alta, hasta casi tocar el techo. Sus ojos resplandecían en un rojo intenso y en su rostro cadavérico se dibujaba una macabra sonrisa. El vistazo fue breve, pero bastó para sumirlo en la desesperación. La luz de las chispas se diluyó y todo volvió a ser negro. Accionó nuevamente el encendedor, esta vez una pequeña llama se encendió. Miró aterrado hacia la pared de su cuarto. No había nada. Aquella figura ya no estaba. Encendió nuevamente la vela y tomó entre sus manos el crucifijo. "El diablo saldrá esta noche." La sola idea lo perturbaba.

3

El pequeño Joaquín Brown, miraba desde la ventana de su habitación como la tormenta desataba su furia sobre los campos. No había visto otra

tormenta así en sus siete años de vida. Estaba terriblemente asustado. Su casa estaba a oscuras. Un apagón generalizado lo había dejado solamente con los destellos de los rayos que caían en la cercanía como única iluminación. A pesar de todo, prefería mirar hacia la tempestad que azotaba sobre su hogar, antes que mirar hacia el interior oscuro y solitario de su cuarto. Hacía semanas que su madre se había marchado a la ciudad y lo había dejado en la única compañía de su ebrio padre. Lloró inconsolablemente aquella mañana en la cual, al despertar, buscó a su madre y no la halló por ningún lado. Aquella mañana, su padre amaneció dormido en el frío piso junto a un gran charco de vómito y botellas rotas. La sala estaba hecha un desastre, con sillas tiradas, la mesa dada vuelta y los cuadros hechos añicos en el piso, el cual estaba bañado en un mar de vidrios rotos. La noche anterior habían tenido otra discusión, y esta vez, su madre había decidido que era la última. Se marchó esa misma noche, con un pequeño bolso con ropas y nada de dinero. Joaquín no entendió porque se había marchado, tampoco entendió por qué lo había dejado. Quizás no quería que él pasara las necesidades que ella pasaría. Quizás algún día volvería a buscarlo para llevarlo muy lejos de todo. Pero nada de eso importaba ahora. Ella se había marchado.

Desde su ventana, en la profunda oscuridad de su habitación, observaba como su padre marchaba hacia el granero. Lo había dejado solo en el interior para ir a arreglar el tejado del depósito donde guardaba las cosechas. El viento golpeaba con fuerza haciendo que las chapas se levantaran en un extremo. A este paso no resistirían mucho tiempo, y si el techo se levantaba y volaba por los aires, toda la cosecha se perdería. Es por eso que su padre, a pesar de nuevamente estar ebrio, tomó su bolso con herramientas, se colocó su piloto amarillo, y salió a la intemperie. Su cuerpo fue golpeado por incontables gotas que, empujadas por las ráfagas, parecían pequeños proyectiles. El agua comenzaba a cubrirlo todo. Pronto se encontró con el agua que cubría sus tierras llegando hasta más arriba de los tobillos. Caminó con dificultad, casi sin poder ver hacia donde se dirigía mientras la lluvia lo enceguecía, hasta que, finalmente, llegó al granero. Desde lo alto de su cuarto, el pequeño Joaquín observaba la escena, impaciente y asustado. Los rayos resplandecían en la cercanía.

– ¡Papá vuelve! –Gritó inútilmente. El rugido de la tempestad acallaba su débil voz. – ¡Papá!

El señor Benjamín Brown era un hombre testarudo. A pesar del peligro inminente y bajo el efecto del alcohol, decidió subir al tejado para reparar con sus propias manos aquellas chapas que estaban a punto de desprenderse. Entró al granero y sacó una larga y endeble escalera. La colocó cuidadosamente contra la pared de tablas rojas y comenzó a subir. Por encima de él, las nubes se arremolinaban formando figuras espectrales iluminadas por los rayos. Subió lentamente seguido por la

atenta mirada de su hijo.

Los peldaños crujían a medida que el señor Brown subía los casi 4 metros hasta el tejado. Una vez allí, subió con dificultad, casi arrastrándose sobre las chapas. Intentó pararse, pero el viento era demasiado fuerte, y la lluvia lo golpeaba con intensidad suficiente como para que, ante el más mínimo descuido, cayera irremediablemente desde lo alto. Caminó en 4 patas, gateando hasta que llegó al extremo donde las chapas se levantaban y doblaban. Sacó de su bolso con herramientas un gran martillo con mango de madera, luego buscó hasta que encontró grandes clavos que consideraba que serían suficientes para contener el tejado. Apoyó la punta del clavo en la chapa, levantó el martillo y lo bajó con fuerza. Pronto el sonido de los martillazos comenzó a oírse tenuemente por sobre el bramido del viento.

Luego de terminar de asegurar una de las chapas con diez clavos, comenzó con otra. El golpeteo constante y rítmico de los martillazos contrastaba con el estruendo pasmoso de los truenos. Pronto había terminado. Las chapas estaban aseguradas. Guardó el martillo en su bolsa y se dispuso a bajar. Se deslizó gateando hasta donde se encontraba la escalera. Cuando colocó el pie en el primer peldaño, un sonido llamó su atención. El sonido de rápidos pasos corriendo por las chapas. Miró sorprendido escudriñando el tejado con su vista, pero no había nada. Un rayo cercano que impactó muy cerca de su granja iluminó toda la escena. Apoyó su otro pie en el peldaño y comenzó a bajar lentamente, un peldaño a la vez.

Su pie derecho resbaló del escalón provocando que por poco se cayera, pero, afortunadamente había conseguido sujetarse fuertemente a los bordes de la escalera. Miró hacia abajo. Estaba muy alto todavía. La escalera estaba apoyada sobre un pequeño piso de cemento. Si cayera, no lo haría sobre el césped cubierto de agua, sino sobre el duro piso.

– ¡Maldita sea! – Dijo con expresión de alivio al darse cuenta de lo cerca que estuvo de caer. –Creo que me golpearía bastante fuerte si cayera.

Entonces nuevamente el sonido de pasos rápidos y ligeros volvió a escucharse sobre el techo. – ¿Quién anda ahí? – Preguntó. Miró hacia todas direcciones pero no pudo ver nada. Comenzó a bajar por la escalera, pero al bajar otro peldaño, otra vez aquel sonido llamó su atención.

–Maldición. ¿Quién anda ahí? –Solamente el bramido del viento fue lo que oyó como respuesta.

Bajó otro peldaño. Todavía estaba muy alto. La lluvia lo golpeaba con toda su fuerza, apenas dejándolo ver. –No puedo esperar para destapar otra merecida cerveza. –Dijo deseando estar nuevamente en la calidez de su

hogar. –Maldita tormenta, estás haciendo tanto estragos como mi esposa. Pero no podrás conmigo. Ni tú, ni ella. –Se quejaba mientras era golpeado por ráfagas y las gruesas gotas que caían de manera lateral.

–Pero que demon.... –Una expresión de horror se dibujó en su rostro. La escalera se movió violentamente hasta el punto de casi hacerlo caer. Al mirar hacia arriba contemplo aterrado los horribles ojos vacíos de un niño. Un niño completamente negro, que lo contemplaba con una sonrisa espeluznante.

Un grito de horror se atoró en la garganta del señor Brown. El susto fue tal que sus manos se soltaron. Cayó al vacío desde lo alto y en la caída su vista seguía fija en el rostro espectral de aquel niño salido del averno. Su cuerpo impactó contra el duro cemento. Un hilo de dolor recorrió su espalda, mientras la sangre comenzaba a brotar de todas partes. Se había golpeado la cabeza, su pierna estaba partida, doblada en una posición antinatural. Intentó moverse, pero algo se había roto en su espalda. No pudo hacer otra cosa más que gritar del más intenso dolor.

Desde su ventana, Joaquín vio a su padre caer. – ¡Papá! –Gritó. – ¿Te encuentras bien? –Pero estaba demasiado lejos. El bramido constante de la tempestad impedía que su voz llegara hasta su padre. Desesperado, salió de su habitación. Bajó las escaleras corriendo, casi tropezando en la oscuridad absoluta. Abrió la puerta trasera y salió al exterior. Inmediatamente su pequeño cuerpo fue golpeado cruelmente por el viento y la lluvia. Cubriéndose el rostro con su antebrazo comenzó a caminar hacia el granero. Sus pequeños pies se hundían en el lodo, y en algunos sectores el agua casi le llegaba a sus rodillas. Caminó con dificultad mientras los gritos de dolor de su padre se oían cada vez más cerca. – ¡Ya voy papá! –Gritó. – ¡Ya estoy llegando!

A lo lejos, entre los gemidos del viento creyó oír siniestras risas. Risas que parecían ser de niños. Miró hacia todas direcciones, pero solo pudo ver la silueta de los cultivos siendo sacudidos hacia todas direcciones. Continuó caminando. Su padre ya estaba cerca. Había dejado de gritar. Eso preocupó aún más al pequeño. – ¡Papá! ¡Responde papá!

Al llegar junto a su padre, gritó desesperado. Su padre permanecía tendido, con su mirada fija en el tejado. Su boca abierta en una expresión de horror y dolor. –Papá. ¿Te encuentras bien? –Preguntó.

Su padre, con dificultad le dirigió la mirada. –Ve... ve...vete hijo. –Balbuceó. –Por favor... vete.

Entonces nuevamente las risas. Joaquín miró a su alrededor. Completamente aterrado vio la figura de una docena de niños a su alrededor. Completamente oscuros, con sus rostros marchitos y carentes

de vida.

–Ven con nosotros. Madre viene a buscarte. –Dijeron los niños espectrales al mismo tiempo, como un coro infernal.

– ¿Quiénes son? –Preguntó Joaquín con su voz entrecortada.

–Corre hijo. –Le dijo su padre tratando de moverse. La sangre fluía desde su cuerpo y se entremezclaba con el agua amarronada del suelo. –Vete hijo.

Pero Joaquín no pudo irse. Un canto lejano y angelical comenzó a oírse y el pequeño quedó cautivo. Los niños espectrales que rodeaban al padre y a su hijo, se abrieron, dejando un pequeño camino que conducía a los cultivos anegados por las aguas.

– ¿Qué te sucede hijo? –Preguntó el padre extendiendo su mano para sujetarlo, pero no lo logró. El pequeño comenzó a caminar hacia el hermoso canto. – ¿Qué estás haciendo? Vuelve...vuel...vuelve. –Lo llamó mientras una incontrolable tos le hacía escupir sangre por la boca.

Los niños sonrieron macabramente mientras Joaquín se alejaba. Caminó hacia donde el agua era más profunda. Pronto estaba sumergido hasta la cintura. A lo lejos, unos demoniacos ojos resplandecieron. El canto seguía cada vez con más intensidad con aquella hipnótica melodía. De entre los cultivos apareció el angelical rostro de una mujer. Sus brazos se extendían en dirección al niño que se acercaba presa de su hechizo. Su padre gritaba y suplicaba que volviera, pero todo era inútil.

Joaquín se acercó hasta la madre del agua hasta estar justo frente a ella. No podía dejar de contemplar aquel bello rostro, y esos ojos brillantes como el oro. Entonces un rayo cayó en la cercanía y su destello le permitió ver, al menos por un instante, el horripilante ser que tenía frente a él. Lo último que vio fue la enorme boca abierta de una serpiente negra y peluda.

A lo lejos su padre gritó por última vez antes de que sus heridas lo vencieran y la vida se le escapara con la sangre derramada. La enorme serpiente atacó. Su enorme cuerpo rollizo envolvió el pequeño cuerpo de Joaquín, mientras su boca comenzaba a engullirlo vivo, mientras este gritaba con desesperación. A lo lejos otro rayo volvió a caer, y la serpiente desapareció entre las aguas que cubrían los cultivos.



## Capítulo 8

### capitulo 8

1

La tormenta siguió por varios días. Los destrozos causados fueron incalculables. Pronto la noticia de la muerte del señor Brown y la desaparición de su hijo recorrieron el pueblo. Para la policía se trató de un simple accidente. Argumentaron que el señor Brown había subido al tejado a repararlo, cuando, producto de su embriaguez, había resbalado y caído desde lo alto. Su hijo posiblemente había salido en su ayuda, y se había ahogado y su cuerpo seguramente fue arrastrado por la corriente. Quizás aparecería luego de algunas semanas, cuando completamente hinchado flotaría a la superficie del río, parcialmente devorado por los peces. No había mayor misterio. Después de todo, fue una gran tormenta, la más grande que se recordara en aquel lejano poblado. Decenas de casas sufrieron daños, y los cultivos de la mayoría habían sido completamente arrasados.

Pero la muerte de los Brown no fue la única. El automóvil de la familia Díaz, había impactado contra el barandal del viejo puente sobre el arroyo San Antonio, en la entrada misma del pueblo. El viejo Renault cayó a las enfurecidas aguas y la familia completa había sido arrastrada. Cuando la tormenta pasó, se encontró el automóvil semi sumergido, pero sin los ocupantes. Luego de varias horas, fue localizado el cuerpo del señor Gonzalo Díaz, y de su esposa Norma Flores, pero los cuerpos de sus dos pequeños de nueve y siete años, jamás fueron encontrados. La policía argumentó que quizás el viento los haya hecho perder el control, o quizás, pasaron a gran velocidad sobre un charco profundo donde las ruedas habrían perdido tracción y esto los hubiera llevado a impactar contra el lateral del puente cayendo hacia el arroyo. Para ellos se trató solo otro desafortunado accidente por conducir de manera imprudente durante una tempestad. Nuevamente no había mayor misterio.

En las afueras del pueblo, muy cerca del río, vivía una familia que se dedicaba a la pesca. Su precaria vivienda estaba hecha de madera con techos de chapa. Al costado de la casa había una letrina donde enormes moscas verdosas pululaban. Allí fue donde hallaron el cuerpo de la señora Smith. Escondida en el pozo de la letrina. Su precaria vivienda había sido destruida por la tormenta. Bajo los maderos encontraron el cuerpo de su esposo. La explicación nuevamente parecía simple. La tormenta había golpeado con toda su furia sobre el precario hogar, el cual no pudo resistir mucho antes de caer. Una gran viga había caído sobre el desafortunado señor Smith, golpeando su cabeza, la cual se había abierto por completo, como una sandía arrojada desde lo alto. La imagen era pavorosa, absolutamente grotesca. Su esposa, aterrada buscó refugio en la única

cobertura que tenía a su alcance, la vieja letrina. Permaneció allí quizás durante horas, llorando por la muerte de su esposo, hasta que, quizás por un descuido, cayó a las profundidades de la fosa, la cual tenía casi dos metros hasta el fondo. Quizás se había golpeado durante la caída, o quizás, sencillamente no pudo volver a subir. La cuestión es que el agua poco a poco comenzó a entrar. Allí, rodeada de excrementos y orina mezclada con el agua sucia que se colaba desde el precario techo y los espacios entre las tablas, moriría ahogada. En su rostro frío y rígido, había quedado grabada la expresión de desesperación y miedo. Su cuerpo fue hallado con los brazos extendidos hacia arriba, como queriendo alcanzar algo. Quizás su libertad, pero había algo más que faltaba. Su pequeño bebé de apenas un año no fue hallado. Se buscó incansablemente, pero no pudo encontrarse ningún rastro de él. Quizás había sido arrastrado por las aguas. Ya aparecería, manifestaban los policías.

En la hacienda de la familia Carter, el agua lo había cubierto todo. Casi todo su ganado se había ahogado. Los cuerpos hinchados de las vacas flotaban con las patas apuntando hacia el cielo. Las moscas volaban sobre ellos como grandes enjambres. Entre ellos, también fue hallado el cuerpo azulado del señor Marcos Carter. Su obeso cadáver flotaba con su rostro impávido completamente inflado. Los policías manifiestan que lo peor de un ahogado es ver como su cuerpo se desfigura completamente. Los cadáveres se hinchan como enormes globos, su piel se arruga, y los peces... los peces son lo peor. Cientos de marcas de pequeños dientes aparecen en los cuerpos. A veces faltan grandes trozos de carne, arrancadas en girones que se desprenden de los brazos, piernas y espalda. Recuperar un cuerpo ahogado de las aguas, es la actividad más horrible que le puede tocar a un policía, y el cuerpo del señor Carter era el más grotesco con el que se hayan topado. Los peces le habían arrancado los ojos. Las moscas se emergían y volvían a ocultarse de su boca abierta y de sus fosas nasales. No mucho más allá, estaba el cuerpo de su esposa, no mucho mejor que el de él. Nuevamente los policías tejieron sus teorías. Al ver que los animales se ahogaban, ellos salieron a intentar liberarlos de las tranqueras, pero la tormenta fue demasiado para ellos. Quizás la corriente que venía desde el río y anegaba sus tierras los había arrastrado. Murieron ahogados uno cerca del otro, así que quizás uno intentó salvar al otro, siendo también víctima de las aguas. Nuevamente parecía no haber misterio alguno, salvo por el faltante de sus tres hijos. Ninguno de los cuerpos de sus pequeños de doce, ocho y cinco años aparecieron. Quizás también salieron a ayudar a sus padres y también fueron víctimas. La policía nuevamente no encontró misterio "ya aparecerán flotando en algún sector del río cuando las aguas bajen", era todo lo que podían esperar.

La tormenta había dejado el estremecedor dato de siete cadáveres, y siete niños desaparecidos. Sin duda los días más trágicos que se recordaran.

La funeraria San Jorge, del viejo Billy Taylor, no dio abasto con tanto trabajo repentino. Siete ataúdes, siete fosas y siete velatorios debieron ser preparados en tiempo record. Los familiares recorrían los pasillos envueltos en llantos, consolándose unos a otros. Un halo de tragedia y amargura envolvió al pueblo.

Las calles aún permanecían cubiertas de lodo y charcos, cuando las caravanas de automóviles desfilaban hacia el cementerio local a enterrar los cuerpos en las lodosas fosas que serían sus tumbas.

Con el correr de los días las aguas fueron bajando, dejando tras de sí desolación y destrucción. Había resto de tejados, maderas, y basura por todas partes. Los cultivos se pudrían en los campos. El sonido de las personas trabajando arreglando sus hogares era todo lo que podía oírse en esos días. Nadie sonreía. Los rostros de todos los habitantes solamente reflejaban tristeza en algunos casos, y desesperación en otros. Algunos no sabían cómo lograrían salir adelante. Lo habían perdido todo. Ese fue el caso del señor Adam Tapia, cuyo cuerpo fue encontrado colgado de un árbol tras su casa. Su cosecha completa había sido diezmada. El ya no encontró esperanzas.

Desde aquellos días, aquella tormenta fue conocida como la tormenta de los lamentos.

2

Aquella calurosa mañana Alan se despertó sudoroso. Apenas el sol emergía en el horizonte, las temperaturas se elevaban como nunca antes lo habían hecho. Eran apenas las siete de la mañana y el termómetro del noticiero en la televisión indicaba unos pasmosos treinta y cinco grados centígrados. Además del calor abrasador y de la incómoda humedad, la última tormenta había traído otra consecuencia inesperada. Una plaga de mosquitos asoló al pueblo. Era imposible esconderse de ellos, los había por todas partes. Se multiplicaban a gran velocidad en los cientos de charcos que aún quedaban. Por las noches, al apagar las luces para dormir, se podía escuchar sus agudos zumbidos revoloteando alrededor de su oído, y luego, dolorosos pinchazos. La gente no podía descansar en aquellos días. Era como si la naturaleza al completo se había puesto en su contra. La energía eléctrica se había ido por completo debido a las docenas de postes caídos durante la tormenta. La compañía de energía eléctrica hablaba de semanas hasta que pudieran devolver la energía. De modo que ni siquiera se podría contar con la ayuda de la brisa de los ventiladores para alejar a la molesta plaga alada.

Sintiéndose sofocado por el calor, Alan se dirigió a la cocina y bebió un gran vaso de agua directamente del grifo. Miró por la ventana. No podía comprender como los cultivos seguían intactos. Casi como si la tormenta

no hubiera sido más que una simple llovizna veraniega.

Descontando un par de plantas caídas, la mayoría estaba de pie. El agua había descendido rápidamente en aquel sector a pesar de estar cerca del río. Su plantación debía ser una de las pocas que había resistido sin contratiempos.

–Buen día hijo. –Le saludó su padre, quien estaba sentado a la mesa bebiendo una taza de café, a pesar del intenso calor. – ¿Sigues sin poder creer la suerte que tuvimos?

–Buenos días papá. Disculpa no te había visto. Si aún no lo puedo creer. Todo el pueblo está en la ruina y nosotros estamos como si nada hubiera pasado.

–Amén por eso. –Dijo su padre levantando la tasa de café. –Creo que a partir de esto, nuestra familia irá a nunca antes había estado... a la riqueza.

Alan sonrió y se sentó junto a su padre. –Después de todo creo que no fue tan mala... la gran tormenta. –Susurró Alan en voz baja.

Su padre lo oyó y permaneció en silencio. Casi como si lo que había dicho su hijo lo hubiera sorprendido. Luego continuó bebiendo de su humeante taza.

Había pasado casi una semana desde que la tormenta azotó el poblado. Alan no podía evitar pensar en el viejo Jack. Se preguntaba cómo se encontraría. Si su vieja cabaña habría resistido, pero sobre todo pensaba en si hubiera ido tras la criatura en medio de la noche tormentosa. Le preocupaba que su nombre engrosara la lista de desaparecidos.

Aquella tarde, luego de almorzar, Alan observó cómo sus padres se alejaban en la camioneta. Estarían ausentes toda la tarde. Mencionaron algo sobre comprar suministros en la ciudad, Alan apenas los escuchó. Le levantó la mano mientras su padre tocaba la bocina como despedida. Cuando el vehículo había desaparecido a lo lejos, Alan comenzó a correr en dirección al bosque.

Corrió lo más rápido que pudo a pesar de que el lodo se acumulaba en su calzado dificultándole cada vez más su andar. Atravesó el sendero entre los cultivos, saltó el alambrado que limitaba su granja, y pronto estuvo dentro del bosque.

Mientras caminaba entre los altos árboles, apenas reconocía el camino. Una maraña de ramas caídas lo cubría todo. La tormenta había golpeado con fuerza. Decenas de árboles caídos entorpecían su caminar. Mientras caminaba sintió un olor nauseabundo, pútrido, el aroma inconfundible de

la muerte. Temiendo lo peor, apuró su andar. El vuelo enloquecido de cientos de moscas tras unos arbustos le indicó el lugar donde algo yacía muerto. Con el corazón palpitando de manera acelerada, se acercó. Corrió las ramas lentamente. Al hacerlo, una suave brisa llevó el aroma de la carne putrefacta hasta lo más profundo de sus fosas nasales. Tuvo que taparse la boca para contener las náuseas. Allí estaba el cadáver en descomposición de un gran ciervo. Las moscas pululaban a su alrededor. Podían verse cientos de gusanos, gordos y blancos, arrastrándose por la carne grisácea y podrida.

Alan se alejó aliviado que no se tratara del viejo Jack. Apuró el paso pensando en que el anciano pudo haber sufrido el mismo destino que ese pobre siervo. Al llegar se encontró con lo que temía. La cabaña estaba completamente destruida. Un gran tronco había caído sobre el tejado y su peso había hecho ceder los cimientos. Las tablas estaban esparcidas por todas partes. A pesar del calor, aún había grandes charcos alrededor.

– ¡Jack! ¡Jack! –Lo llamó a los gritos. No obtuvo ninguna respuesta más que el canto espectral de un búho oculto en la copa de los árboles. – ¡Por favor! ¡Responda! ¡Anciano!

Lo llamó de todas las formas posibles, incluso por su verdadero nombre, aquel que el anciano había olvidado con el paso de los años. No tuvo mejor resultado. Buscó en los alrededores. Todo estaba hecho un caos. Las pocas pertenencias que el viejo Jack tenía estaban dispersas, rotas y cubiertas de lodo. Todo se había perdido. Pero, entre un par de tablas que Alan removió con cuidado, encontró el arpón. Estaba allí. Su punta resplandecía, lista para ser usada en la cacería. El viejo nunca se iría sin él. Después de todo, lo había acompañado los últimos cuarenta años en su búsqueda de venganza.

Completamente desolado, Alan se sentó en la fría tierra. Sosteniendo el arpón entre sus manos se preguntó si esto era el fin. Él por su cuenta nunca podría derrotar a la criatura. Lo necesitaba, necesitaba al viejo Jack. – Vamos viejo. No puedes estar muerto. – Susurraba al viento.

Luego de un rato decidió dirigirse hacia el río. Era la única esperanza que le restaba. Caminó lentamente, chocando su rostro contra grandes telarañas y ramas, hasta que por fin estuvo fuera del bosque. Frente a él se encontraba la pequeña playa y las enfurecidas aguas del gran río. El agua estaba más cerca de lo que recordaba. Miró hacia la otra orilla, parecía estar mucho más lejana. Sin dudas el río había crecido devorando grandes extensiones de tierra. En las aguas que rugían y se arremolinaban había una gran cantidad de basura que era arrastrada. Maderas, botellas, papel higiénico, incluso el enorme cadáver de una vaca eran llevadas corriente abajo.

Enterrados en la arena, pudo ver los restos destruidos del bote del viejo Jack. –Oh no. –Dijo Alan mientras desenterraba una tabla donde se leía “Esperanza”. Pero entonces, cuando toda su esperanza se desvanecía, pudo ver a lo lejos la silueta de un hombre sentado sobre la arena.

Se acercó despacio, hasta que finalmente pudo distinguirlo. Era el viejo Jack. Sentado con sus brazos apoyados sobre sus rodillas. Estaba descalzo y cubierto de lodo, sin embargo, estaba vivo y eso era todo lo que importaba. El viejo tenía la mirada puesta en el horizonte, más allá del gran río.

– ¡Está vivo! No sabe el susto que me ha dado. –Dijo Alan sonriendo mientras se acercaba. El anciano no respondió. Tenía la mirada perdida. Estaba abatido, como lo estaría un hombre al saber que su vida había terminado.

– ¿Se encuentra bien? –Preguntó Alan al ver que el viejo no respondía. Se acercó hacia él y observó su rostro. Estaba golpeado. Un hilo de sangre seca le recorría la frente, sin embargo lo que más llamó su atención fueron las marcas que un hilo de lágrimas fluyendo desde sus ojos habían dejado sobre su rostro al arrastrar la suciedad que lo cubría. El viejo Jack, el hombre más duro que hubiera conocido, había llorado. –Responda por favor. ¿Se encuentra usted bien?

El anciano lo miró detenidamente. –No importa cómo me sienta. Todo se terminó. –Finalmente respondió.

Alan no supo que contestarle. Completamente apenado se sentó junto a él y contempló el serpenteante río. –No puede rendirse. Aún no. –Dijo Alan luego de unos minutos del más profundo silencio. –Todavía puede vencerla. Todavía podemos.

–No. No podemos. Lo he intentado y he fallado. Ahora todo lo que quedaba de mí se fue con esa tormenta. Ya no hay bote, no hay cabaña. Ya no queda nada, solo un viejo cansado al que la vida se le agotó.

–No debe rendirse. No puedo dejar que se rinda. Usted me dijo que lo único que lo impulsaba a seguir era recuperar a su hija y yo quiero recuperar a mi hermano. No importa cuánto perdamos en el camino, debemos seguir por ellos. No pudimos con la criatura la primera vez, pero habrá otra oportunidad, siempre la hay.

–Tú no lo entiendes. La noche de la tormenta tuve otra oportunidad, sin embargo no pude hacerlo. –Le contestó el anciano apretando su puño con impotencia.

-Cuénteme que sucedió.

-Todo sucedió esa noche... esa maldita noche. La tormenta apenas había comenzado. La lluvia comenzaba a golpear con furia sobre la cabaña. Me di cuenta que esa no era una tormenta como cualquier otra. El viento parecía traer lamentos desde el más allá. Lamentos que comencé a oír en lo profundo de mi mente. Las horas pasaron, el agua fue invadiendo todo. Pronto había entrado al interior de la cabaña. Al abrir la puerta me percaté que el río había crecido y ahora sus aguas llegaban hasta mi puerta. Entonces supe que ella vendría. En mi interior podía sentirlo. Entré al interior y tomé el arpón. Estaba listo. Listo para terminar con todo esto esa misma noche. Así que esperé mientras los rayos iluminaban el cielo nocturno. -El viejo hizo una pausa. - ¿Lo extrañas? ¿A tu hermano?  
-Preguntó repentinamente.

- Lo hago. Cada día lo hago.

- ¿Qué estarías dispuesto a hacer por él?

-Lo haría todo. Por eso estoy aquí. No puedo rendirme con él.

-Entonces esa es tu debilidad. El diablo es el que nos da lo que queremos cuando lo queremos. Él se aprovecha de nuestra debilidad. Nos hace vulnerables. Pero eso nunca termina bien. Escúchame una cosa muchacho. Jamás aceptes un trato con el demonio, no importa lo desesperado que estés. El precio a pagar será demasiado alto. Será incluso peor que el sufrimiento que sientas en ese momento.

-Entonces usted... ¿la ha visto?

-Sí. La he visto. Mi pequeña Esperanza estaba allí, tal cual la recordaba. Con su vestido celeste. Estaba descalza, parada en las sucias aguas, completamente empapada. La angustia me atravesó el pecho. Corrí hacia ella desesperado. Dejé caer el arpón. Cuando estaba a punto de abrazarla, ella estiró su brazo y me detuvo. Ella me detuvo... no lo entendí en ese momento. "Hija soy yo" le dije. Ella me miró con sus ojos llenos de tristeza. Su piel, su pálida piel comenzó a volverse gris oscura. Sus ojos celestes como el cielo desaparecieron, dejando paso a cuencas vacías y profundas. "No hijita, por favor" supliqué, pero nuevamente volvió a ser un espectro. Lloré profundamente mientras a mí alrededor retumbaba la risa de la criatura. "No puedes salvarla" me dijo con su voz siseante. El espectro que hasta hacía unos segundos era mi hija me miró con sus ojos vacíos y abriendo su boca dio el grito más aterrador que haya oído jamás. Se abalanzó sobre mí. Caí al agua que para ese momento ya me llegaba a la altura de las rodillas. Me vi sumergido en las amarronadas aguas sosteniendo a aquel ser que se parecía a mi hija mientras intentaba atacarme. Preso de una furia incontenible apreté su frágil cuello. Lo sentí contraerse en mis manos. El espectro retrocedió. Pude levantarme.

Entonces lo miré. Era nuevamente mi niña... mi Esperanza. Su rostro lucía lleno de una tristeza indescriptible. "Por favor papá. Por favor. Acaba conmigo" me suplicó. Me señala hacia el arpón. "Por favor hazlo", volvió a suplicar para que la sacara de su sufrimiento. Siempre creí que haría todo lo que ella me pidiera, que no habría cosa alguna que no hiciera por ella, sin embargo no pude hacerlo. –El anciano rompió en llanto.

–Tranquilícese. Hizo lo correcto. Aun podemos salvarla.

–Tú no lo entiendes. Debiste ver su rostro. Me suplicaba piedad. Piedad, mi propia hija... y yo... yo se la negué. Ha pasado cuarenta años presa de aquella criatura infernal, y por mi culpa lo seguirá haciendo.

–No pierda la esperanza.

–Ya no me queda nada. Ya no tengo fuerzas. Ya no me queda vida para seguir intentando.

–Entonces yo lo haré. Juro que la salvaré. A ella y a mi hermano. Aunque usted se rinda, yo no lo haré. –Le dijo Alan tocándole el hombro.

El anciano lo miró. Al ver a los ojos al muchacho comprendió que no mentía. Que haría todo por devolver a sus seres amados a este mundo.

–Está bien muchacho. –Dijo el viejo Jack. –No voy a rendirme... aún no.

–Entonces dígame. ¿Qué sucedió después?

–No pude hacer nada. Permanecí allí viendo como mi hija se internaba nuevamente a la oscuridad. Entonces sentí su risa. Aquella cosa se acercaba. Comencé a oír su canto. Su canto hipnótico. Pensé que era mi fin. Vi los ojos amarillos resplandecer en las oscuras aguas, acercándose. Luego, el cuerpo de mujer emergió frente a mí. Estaba muy cerca. Los rayos caían a poca distancia. Recuerdo sentir la electricidad en el aire segundos antes de que un relámpago cruzara los cielos. La mujer se acercó cantando. En el fondo, su canto es el más bello que jamás haya oído. Sentí que mi mente se perdía. Me tapé los oídos, pero era inútil. La seguía oyendo en el fondo de mi mente. Luché por liberarme de su hechizo. Dejé mi mente en blanco y luego la llené de recuerdos, recuerdos llenos de felicidad... recuerdos de mi hija... de mi mujer. Era como si estuviera allí, pero mi mente estuviera a miles de kilómetros en un tiempo muy lejano. La criatura se acercó, pero su canto ya no hacía efecto. Estuvo cerca muchacho... muy cerca... podía ver su malévolas sonrisa a centímetros de mi cara. Luego vi su verdadera imagen... la enorme boca de una serpiente gigante estaba frente a mi... abierta de par en par, lista para engullirme. Simulé estar bajo el hechizo. Permanecí inmóvil mirando hacia la nada mientras las fauces estaban a punto de tragar mi cabeza... entonces estiré el brazo como pude y tomé el arpón que permanecía a mi lado y se lo clavé a la altura del cuello. La bestia se sacudió



violentemente. Me golpeó con su enorme cabeza y caí nuevamente en el agua. Como pude me levanté y caminé hacia la cabaña mientras la criatura gritaba y se contorsionaba intentando quitarse el arpón. Entré a la cabaña. El agua ya me llegaba a la cintura y seguía subiendo. Permanecí callado. Ya no podía oír sus gritos de dolor. Lo único que se oía era el bramido del viento. Pensé que quizás lo había logrado. Que quizás la había matado. Entonces oí un fuerte crujido. El sonido de que algo inmenso se venía abajo. Un enorme árbol cayó sobre la cabaña. El techo se vino abajo. Tuve suerte... quedé atrapado bajo las tablas, pero ninguna me golpeó. Luche por liberarme hasta que por fin pude salir. Miré hacia todas partes, hasta que nuevamente la vi. Allí estaba nuevamente la mujer. Con su mirada llena de un odio profundo. En su mano sostenía el arpón. Me lo lanzó con fuerza. Pasó justo frente a mi cara. Tan cerca que su filo me hizo un corte en la frente, y luego se clavó en una de las tablas. "creíste que habías acabado conmigo", me dijo la criatura. "tú nunca podrás conmigo, eres solo un anciano desperdiciando sus últimos días de vida. Esto no terminará bien para ti. Sufrirás. Cuando el que camina por las sombras llegue, sufrirás." Luego de ello la mujer desapareció en las aguas. Esperé que la tormenta pasara. Luego esperé que las aguas bajaran. Cuando pude ir hasta la costa encontré el bote destruido. Ya no me queda nada. No pude matarla... no pude...

-Por lo que veo yo... fue la criatura la que no pudo matarlo. Una criatura del infierno, que ha vivido por siglos no ha podido con un anciano... eso debe ponerlo contento. Mire siempre hay una próxima vez, y esa próxima vez, estaremos listos... usted y yo.

## Capítulo 9

### capitulo 9

1

Los días fueron pasando. Poco a poco el pueblo se iba recuperando de los estragos que había dejado la tormenta. En lo profundo del bosque resonaba el sonido incesante de los martillazos. El viejo Jack comenzaba a reconstruir su cabaña. Recuperó todo lo que pudo. Afortunadamente, su bien máspreciado, la foto con su familia, se había salvado. Cada mediodía, cuando sus padres se encontraban durmiendo la reglamentaria siesta, o cada vez que salían a algún lado, Alan aprovechaba para ir a ayudar a su amigo. Poco a poco, con los restos que habían quedado, pudieron construir una vivienda más pequeña, pero igualmente acogedora.

Una vez que tuvo un techo donde cobijarse por las noches, el viejo Jack pensó que ya era tiempo de reparar el bote. No sería una tarea fácil. La vieja embarcación estaba hecha pedazos, enterrada en la arena.

–Se necesitará una fortuna para reparar esto. Incluso si la tuviéramos, creo que sería necesario comprar otro bote. –Dijo Alan con las manos apoyadas en su cintura mientras observaba pensativo los restos de madera cubierta de arena y brea.

–Es verdad. Se necesitará mucho tiempo y esfuerzo, y sobretodo dinero para reparar esto. Creo que no podremos contar con la vieja “Esperanza”.  
–Comentó el anciano apenado.

–Creo que tengo algo de dinero que he ahorrado estos años. No es mucho, pero al menos en algo ayudará.

El viejo Jack permaneció en silencio por unos instantes, con la mente perdida en sus recuerdos. – Creo que yo también tengo algunos ahorros.  
–Dijo finalmente con una ligera sonrisa.

– ¿Qué clase de ahorros?

– Verás. Luego de lo que me sucedió comencé a beber y a descuidar el negocio. Pasaba mis días montado en el bote buscando aquella cosa. Fue en aquellos días cuando pensé en lo que haría si lograra recuperar a mi pequeña. Entonces vendí todas mis pertenencias, la tienda y todo lo que tenía y lo deposité en el banco. No he vuelto a tocar ese dinero en casi cuarenta años. Hasta había olvidado que lo tenía. Si tú no mencionabas

tus ahorros, jamás lo hubiera recordado.

–Excelente. Solo debemos ir al banco y pedir parte de sus ahorros. Quizás pueda comprar un nuevo bote y... –Alan hizo una pausa. – Quiere decir que usted ha pasado toda su vida como un indigente, pasando toda clase de carencias y necesidades, aun teniendo ese dinero.

–No lo entenderías. Ese dinero es para mi hija. Si ella vuelve... cuando ella vuelva... necesitará dinero para salir adelante. Yo no podré estar para ayudarla, soy demasiado viejo... pero al menos le dejaré algo.

–Entiendo. Entonces necesitaremos parte de ese dinero... comparemos un nuevo bote. Quizás mejores herramientas. Una red... oh quizás algún arma... cielos, espero que sea mucho dinero.

El anciano sonrió. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte cuando Alan regresó a su hogar. Habían pactado ir al banco al día siguiente.

2

–No puede ir al banco vistiendo de esa manera. –Le dijo Alan al ver el aspecto sucio del anciano. –Le he traído algo de ropa que pertenecía a mi padre... de cuando... bueno de cuando era más delgado. Tampoco una afeitada y un corte de cabello no le quedaría nada mal. Ahora... si me permite...

Alan señaló hacia una endeble silla de plástico. El anciano asintió de mala gana y se sentó. De su mochila que contenía las prendas de vestir, Alan también sacó un juego de tijeras y unas hojas de afeitar. Su padre le había pedido muchas veces que le retocara sus escasos cabellos o que le ayudara a afeitarse, por lo cual esta tarea no era nueva para el niño.

–Solo procura no rebanarme el cuello muchacho. –Dijo el viejo Jack al ver el filo de la hoja.

–Usted no se preocupe y solo relájese.

El niño comenzó a cortar el cabello prolijamente. Pronto la cabellera larga, sucia y canosa, se convirtió en un decente corte de cabello, tan decente que no tendría nada que envidiarle a cualquier peluquería de San Antonio. Luego prosiguió con la tupida barba. Enjabonó cuidadosamente el rostro del anciano y luego, con precisión quirúrgica pasó la hoja de afeitar. Luego de un rato, el muchacho miró al anciano y sonrió.

–Vaya. No está nada mal. Hasta parece otra persona. –Dijo satisfecho.

El anciano le pidió un espejo y el niño se lo alcanzó. Al mirarse no pudo reconocerse. Parecía el hombre que alguna vez fue. Su cara ya no estaba cubierta de esa barba enmarañada de años sin afeitarse. Lucía los cabellos cortos, prolijamente cortados, casi como si fuera un militar. Lo que vio le gustó. No pudo contener la sonrisa. Al mirar al muchacho sintió algo. Creyó que por primera vez en mucho tiempo volvía a querer a alguien. Aquel muchacho que acarreaba una pena tan dura como la suya había ablandado su corazón duro como una roca. –Gracias. –Le dijo agradecido.

Luego de darse un baño utilizando el agua de lluvia que recolectaba en tambores junto a su cabaña, se probó la ropa que el muchacho le había traído. Unos jeans azules que le quedaban perfectos, una camisa a cuadros y unos bonitos zapatos. Si cualquiera de los muchachos que frecuentaban el bar donde religiosamente compraba su whisky lo viera en estos momentos, no lo reconocería. Era un hombre nuevo. Sintió que era veinte años más joven. Por primera vez alguien no hablaba a sus espaldas o le decía comentarios hirientes y crueles. Por primera vez en muchos años sintió que tenía a alguien que podía llamar amigo.

3

Mientras esperaba el autobús que lo llevaría a la ciudad más cercana donde se encontraba el Banco, el anciano contempló el paisaje. Los bosques se extendían más allá de donde la vista podía llegar. Las copas de los árboles se movían armoniosamente mecidas por la brisa veraniega. Dio un fuerte suspiro. Se sentía bien aquel día, mejor de lo que se había sentido los últimos cuarenta años. Parte de él volvía a ser lo que era antes de que su vida se fuera cuesta abajo. Cuando el autobús se detuvo en la parada, él permaneció dubitativo durante unos segundos. Luego miró hacia Alan quien se encontraba sentado en la parada de autobuses junto a él. El niño le sonrió. Él le devolvió la sonrisa y finalmente subió al transporte. Mientras se alejaba miró por la ventanilla. El muchacho se alejaba en su bicicleta.

Al salir de pueblo sintió un fuerte alivio en su interior, como si todo lo malo que le había ocurrido, todas sus desgracias y sufrimiento fuera por culpa de San Antonio. Pasó por su mente la idea de marcharse para siempre. Irse muy lejos de todo y vivir sus últimos años de vida en paz. Después de todo, lo había intentado. Había intentado todo y su vida se le había escapado como un suspiro. Pero luego pensó en su pequeña, en sus cálidos ojos suplicando por su ayuda, también pensó en Alan, la única persona que lo había apoyado y creído en él. La idea de marcharse se desvaneció en ese momento.

Cuando llegó a la ciudad no la reconoció. Todo había cambiado, había avanzado. El sentimiento de haberse quedado estancado en el tiempo

surcando las aguas del río lo invadió. Caminó por las calles admirando las vidrieras donde lujosos artefactos eran exhibidos en busca de ávidos compradores. Se detuvo frente a una casa de electrónica. Contempló un gran televisor, era el más grande que había visto, y lo que más le impresionó fue que era a color. Las imágenes que mostraba eran de una nitidez impactante para él. Recordó que el último televisor que tuvo, fue en el año 1945, hacía ya cuarenta años. Vino a su mente la imagen de su familia. Su esposa cocinaba en la cocina, sonriente. Hasta podía sentir el aroma del estofado que preparaba aquella lluviosa tarde de septiembre. El permanecía sentado en su sofá. Junto a él se encontraba la pequeña Esperanza. En su viejo televisor de 14 pulgadas, blanco y negro, uno de los más caros de la época, transmitían las noticias internacionales. Los países celebraban el fin de la segunda guerra mundial.

–Papá. ¿Por qué las personas pelean? – Le había preguntado su hijita aquella tarde.

–Porque el mundo está lleno de toda clase de personas. Existen personas muy malas. Personas que solo quieren hacer sufrir a los demás. –Le contestó. –Pero también, también existen personas buenas, llenas de bondad. Personas maravillosas, que solo llevan alegría a los demás, que luchan por un mundo mejor para todos. Por eso pelean las personas hijita, por un mundo mejor. Pelean para que los malos no ganen.

–Papá ¿Yo soy una persona buena?

–Lo eres hija. –Le respondió con una sonrisa. –Lo eres. Porque desde que llegaste a mi vida me has llenado de alegría. Y cuando crezcas dependerá de ti elegir en qué clase de persona te convertirás.

–Yo seré una persona buena papá... lo sé... porque sé que tu estarás ahí conmigo para cuidarme.

La niña se abrazó a su padre, y así permanecieron mirando la televisión mientras la lluvia golpeaba en su ventana.

Aquel lejano recuerdo se desvaneció poco a poco. Nuevamente el viejo Jack se encontraba contemplando su reflejo en aquella vidriera. Continuó caminando. Nuevamente quedó sorprendido al notar que las personas lo saludaban. “Buen día señor”, le dijo un joven mientras pasaba a su lado. Todo era tan distinto. Ya no recibía burlas de los niños, o las miradas acusadoras, de los adultos, quienes lo miraban juzgándolo. Al entrar al Banco, se dirigió a la caja. Una cajera lo saludó sonriente.

–Buen día señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

–Buen día señorita. –Respondió él algo nervioso. –Mire. Hace muchos

años hice un depósito aquí. Quisiera sacar el dinero por favor.

–Por supuesto señor. ¿Podría darme sus documentos?

El anciano sacó de su billetera una credencial arrugada y amarillenta. Se la pasó a la cajera y esta se dirigió a una oficina en el otro extremo del Banco.

Luego de un largo rato, la señorita se acercó apurada. –Señor Pascal, acompáñeme por favor.

Para la sorpresa del viejo Jack, el dinero que había recibido por la venta de su propiedad y de su tienda, sumado a cuarenta años de intereses, resultó ser nada menos que una pequeña fortuna. A pesar del ofrecimiento del banco para que continuara con el depósito, el decidió sacarlo todo. Después de todo, quizás no viviría mucho más, era mejor tenerlo todo con él. La empleada del banco muy amablemente, le alcanzó un maletín donde colocaron cuidadosamente la gran suma de dinero. Luego lo despidió con una sonrisa.

Mientras volvía sentado en el autobús, el viejo Jack se aferraba a su maletín. Al mirar por la ventana vio hermosas casas, con jardines floreados y grandes patios con árboles, bajo cuyas sombras habían bancos para sentarse y descansar. Se imaginó a si mismo sentado bajo un árbol como esos, con su pequeña hija jugando junto a él. Entonces vio nuevamente el cartel que decía “Bienvenidos a San Antonio”.

–Muy pronto hijita... muy pronto.

4

Aquella tarde, luego de despedir al viejo Jack en la parada de autobuses, Alan se dirigió a la iglesia. Había pasado un tiempo desde la última vez que había hablado con el sacerdote. Mientras andaba por las calles montado en su bicicleta, observaba los destrozos que había dejado la tormenta. En la mayoría de las casas, las personas se encontraban reparando los tejados, sacando las ramas caídas de sus patios, reemplazando las ventanas rotas o simplemente limpiando el lodo de sus veredas. Al mirar el pueblo, daba la impresión de que un enorme huracán había pasado por él. En los caminos de tierra, las huellas de los automóviles que circulaban por el lodo habían dejado profundos baches que hacían casi imposible transitar por ellos. La casa de la familia Stevenson, en las afueras del pueblo, había sido una de las más afectadas. La pared de la cocina había caído por completo cuando una gran rama de un árbol cayó sobre ella. Afortunadamente, ningún miembro de la familia había salido herido. Alan observó toda esta destrucción y no pudo evitar pensar en lo afortunado que habían sido. Era como si la tormenta simplemente hubiera esquivado su casa. Ahora, como su padre

era uno de los pocos vendedores que podía ofrecer su cosecha, le pagaban hasta el doble de lo que le pagaban antes. Era como si la tormenta hubiera hecho eso por ellos.

Al llegar a la plaza principal del pueblo, había cientos de ramas esparcidas por el césped. Un viejo roble había caído sobre las hamacas en las cuales los niños pasaban las tardes jugando bajo la mirada de sus madres. Mientras pasaba con su bicicleta miró hacia la comisaría. El comisario Tom Peterson se encontraba allí, parado en la vereda con la mirada perdida hacia la avenida que atravesaba el pueblo, fumando un habano. Tenía el aspecto cansado de días enteros sin dormir. Alan pasó frente a él y levantó la mano tenuemente como saludo. El comisario solamente asintió con la cabeza.

Al llegar a la iglesia, el panorama no era mucho más alentador. El predio en el que se encontraba el templo estaba repleto de basura que las aguas habían traído. Un olor nauseabundo de restos de animales muertos invadía el lugar. Alan dejó su bicicleta y se dirigió al despacho del sacerdote. Allí lo encontró, bebiendo una taza de café mientras hojeaba un viejo libro.

–Buenas tardes padre. –Saludó Alan.

El sacerdote siguió leyendo sin prestarle mayor atención. Alan se acercó.  
–Buenas tardes padre. –Repitió.

El sacerdote se sobresaltó como quien es sacado violentamente de un sueño profundo.

–Que susto me has dado muchacho. –Dijo el sacerdote apoyando la mano derecha sobre su pecho. –Lo siento, estaba concentrado en mi lectura y no te he oído pasar.

–Lo siento mucho. Vi la puerta abierta y simplemente pasé. ¿Cómo se encuentra?

–Me encuentro bien hijo. Han sido unos días muy difíciles, pero me encuentro bien. –Le respondió el padre mientras se levantaba de su silla y se acercaba hacia Alan.

– ¿Ha sido por la tormenta? He visto el pueblo, ha quedado devastado.

–Las cosas materiales se recuperan, las casas se reconstruyen, la cosecha vuelve a crecer hijo. Siempre hay un nuevo amanecer, el sol vuelve a salir después de la tormenta. No es eso lo que me ha tenido mal, si no las vidas que se han perdido.

– ¿A qué se refiere? ¿Acaso alguien ha fallecido?

–Siete... siete pobres almas nos han dejado... pero eso no es lo peor. Otros siete niños han desaparecido. Sus cuerpos no fueron hallados. Las aguas han bajado, pero sus cuerpos no han aparecido por ningún sitio. El comisario los ha estado buscando incansablemente, yo en persona también he ido... aunque no es mucho lo que estas ancianas manos pueden hacer para ayudar... los hemos buscado pero no hay rastros de ellos... como si simplemente hubieran dejado de existir.

–Usted quiere decir...

–Me temo que es así... me temo que han sufrido un destino mucho peor que morir ahogados en una tormenta... me temo que la criatura se los ha llevado. Ahora solo son espectros...–El anciano dio un fuerte suspiro que reflejaba un profundo pesar.

– ¿Usted cree que lo peor ya ha pasado? Esta debió ser la gran tormenta de la que habló la criatura.

–Me temo que no... esto fue tan solo otra tormenta más, como las que siempre hay en esta región. Creo que la criatura te ha hablado de algo mucho peor... de un terror aún por venir. El mal se agita bajo el pueblo muchacho. El mal se oculta en caras conocidas... lo he intentado, pero he fallado. El pueblo marcha a su perdición y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

–Por favor padre. Debe decirme todo lo que sabe. Sé que soy solo un niño, pero créame, quiero ayudar.

–Está bien hijo. Te lo contaré todo. Al menos lo más importante. Lo primero que debes saber es que San Antonio no es lo que parece ser. Aunque pueda parecer un lugar hermoso para vivir, pacífico, donde las cosechas crecen con facilidad y el río está lleno de peces, la verdad es que este pueblo está maldito. Siempre lo ha estado. Aquí, cerca de las antiguas ruinas abandonadas, se dice que existe un pasaje a otro mundo... un lugar donde el mal ha sido apresado. Por medio de este pasaje el demonio puede venir a este mundo. Pero no es libre, solamente puede extender su malévolos influencia a este pequeño pueblo olvidado. Muchas de las desgracias más grandes que han ocurrido han sido por su influencia. A pesar de no poder estar en su cuerpo presente, su espíritu deambula, prisionero en este olvidado rincón del mundo... –El anciano sacerdote hizo una pausa. – Se dice que llegará el día en que el pasaje se abrirá por completo y el mal podrá llegar a nuestro plano de existencia con todo su poder. Se dice que renacerá el guardián del abismo. El ángel de la muerte... Los sacerdotes jesuíticos han sido enviados para tratar de contener este mal. Ahora yo soy el último de ellos. Ya no enviarán a nadie más. Al parecer los altos mandos de la iglesia no creen lo que sucede



aquí... pero yo lo he visto, sé que es verdad.

–Pero padre... ¿qué significa todo esto que dice? Y ¿qué tiene que ver con la madre del agua?

–Significa muchacho. Que el demonio acecha en este pueblo. Lo ha hecho siempre. La madre del agua, como tú llamas a la criatura, no es más que uno de sus esbirros. Un esbirro que ha despertado de su letargo por los adoradores del mal...

– ¿Quiere decir como una secta?

–En efecto... se hacen llamar los siervos de las sombras. Son adoradores de lo oculto. Viven en secreto entre los pobladores. Lo han hecho desde que el pueblo se fundó. Se dice que son personas que han sido llamadas por el demonio en persona. Hacen toda clase de ritos en su nombre... invocan criaturas... y hacen... hacen sacrificios... todo lo que le demande su señor. No debes engañarte, podría ser cualquiera de nosotros. Se dice que ni siquiera los integrantes de la secta se conocen entre sí. Visten mantos negros con capuchas que le ocultan sus rostros. Se dice también que usan máscaras. Solo salen cuando su señor les pide... y solo hacen lo que él les manda.

– ¿Usted los ha visto? –Preguntó Alan sintiendo que un incontenible escalofrío estremecía su cuerpo.

–Sí muchacho. Los he visto. A lo largo de los años los he visto muchas veces. Luego de que aparecen, grandes desgracias ocurren. Hace pocos días el comisario vino a la iglesia. No vino a confesarse, pero quería hablar con alguien de lo que había visto. Me comentó que faltaban cuerpos en el cementerio, cuerpos que luego fueron hallados en una especie de altar de piedra en lo profundo del bosque. Se están realizando ritos muchacho... ritos satánicos. Su señor así se los pide.

–Entonces la madre del agua... ellos la han llamado.

–Así es. Durante los últimos años se han reportado ocho desapariciones de niños en el río, todos se dieron por ahogados y sus cuerpos nunca fueron encontrados. Tu hermano solamente fue el primero. Desde ese momento la criatura ha estado despierta, esperando las órdenes de su amo.

–Entonces... mi hermano... todo ha sido culpa de estas personas.

–En parte sí. Pero todo lo malo que sucede es por culpa del mal que permanece oculto. “El que camina en la sombra” así lo llaman. Verás, en este mundo existen criaturas desconocidas, demoniacas, atrapadas en este plano de la existencia. Ellas existen, ocultas. Duermen durante años

hasta que alguien las invoca, como es el caso de la criatura que se ha llevado a tu hermano. Pero también existen horrores mucho más grandes, horrores que existen en otros planos de la existencia. Horrores que no pueden llegar a nosotros. Ellos están atrapados, solo pueden llegar a nosotros entrando en el cuerpo de personas que son elegidas, personas con un don.

Los ojos de Alan se abrieron de par en par. Era demasiada información para procesar.

–Entiendo. Creo que te he dicho demasiado y no logras entenderlo todo. Solo debes saber, que la criatura que persigues es solo el comienzo. Solamente el primero de los horrores. La hora del despertar del guardián del abismo se acerca. Si quieres salvar a tu hermano, debes tener fe. La fe te protegerá. Solamente no debes ceder a la tentación. El mal te ofrecerá tratos. No debes ceder ante ellos. Cualquier trato con el mal solo acarrea pena y desdicha.

–Fue lo mismo que me dijo el viejo Jack.

–Entonces debes escucharlo. Estas yendo tras el mal y el mal irá tras de ti. Si logras acabar con la criatura, me temo que será solo el inicio.

–Lo único que quiero es recuperar a mi hermano. Es todo lo que anhelo.

–Entonces ten cuidado. El que camina en las sombras puede usar eso como tu debilidad. No debes dejarte engañar.

–Padre. Dígame. Esta secta. ¿Cómo la encuentro?

–No lo sé. Quisiera saberlo pero no lo sé. Pero te diré algo. Uno de los lugares donde se reúnen es el viejo cementerio, más allá del pueblo. Sigue el camino de tierra durante cinco kilómetros y allí está. Más allá de él, ocultas por los bosques están las ruinas de las reducciones jesuíticas. Y más allá, perdida en algún rincón desconocido e inaccesible, está el pasaje. Los antiguos escritos de mis predecesores hablan de una cueva... una cueva que solo aparece a las almas atormentadas que la buscan con deseo en las noches solitarias. Se dice que allí se celebraban ritos y se practicaba la brujería. Todo en nombre de él. Aquel lugar maldito ha sido nombrado por los antiguos sacerdotes como la "salamanca", un lugar que conecta nuestro mundo con el mundo del mal. Con el infierno, como lo han llamado.

–Entonces debemos detenerlos. Debemos hacer algo.

–Algo debe hacerse, pero tú eres solo un niño. Esta no es tu pelea. Solo te he contado esto para que tengas cuidado. El peligro no solamente está en el río. Si sigues tras la criatura esa secta irá tras de ti. Así que te lo

advierto ten mucho cuidado.

-Lo tendré padre... lo tendré.

Alan se despidió del sacerdote y se alejó en su bicicleta mientras el atardecer caía sobre el pueblo. Su mente estaba saturada de información nueva. La sensación de que un horror más allá de lo indescriptible se encontraba muy cerca lo estremecía. Sin embargo él tenía en claro su propósito. Solo quería recuperar a su hermano.

## Capítulo 10

### capitulo 10

1

Aquella noche Alan no pudo dormir. Permaneció en silencio mirando hacia la oscuridad del techo de su habitación. Miraba reiteradas veces en dirección a la cama de su hermano, pero no había nada. Miró por la ventana esperando verlo entre los cultivos, oculto en la oscuridad, pero no había nada. Absolutamente nada. Caminó en su habitación de un lado al otro como si de un animal enjaulado se tratara. Pensó y pensó. Tenía demasiado en qué pensar. El reloj marcaba la medianoche. Salió de su habitación y se dirigió al baño. La casa estaba en penumbras. Al parecer sus padres se habían acostado. Descendió en silencio las escaleras. Abrió con cuidado la puerta trasera y se dispuso a partir en dirección al bosque. Quería ver al viejo Jack. Quería preguntarle cómo le había ido. Pero sobretodo, quería contarle las cosas que había descubierto hoy.

Al salir miró hacia atrás. Hacia la oscuridad del interior de su hogar. No se oía ningún sonido, como si la casa estuviera completamente vacía. Luego se dispuso a marchar rumbo al bosque. Cuando dio apenas unos pasos hacia afuera, un sonido llamó su atención. Se podía oír la voz de un hombre hablando. Venía desde el granero. Lentamente, se dirigió hacia allá. Pensó que quizás sería su hermano o quizás algo más aterrador. La voz continuaba hablando. Alan no podía escuchar bien lo que decía. En un momento, le pareció que hablaba en una lengua desconocida. Se acercó hasta la entrada del granero. La puerta estaba abierta. Para su sorpresa, allí estaba su padre. Parado junto a la nueva camioneta. Mirando hacia la oscuridad y hablando muy despacio, casi como un susurro.

– ¿Papá? –Preguntó sorprendido. – ¿Qué estás haciendo?

–Hijo. –Respondió su padre con la voz calma. –Lo siento mucho. Debí asustarte. Es que no podía dormir. A veces vengo aquí al granero y hablo conmigo mismo. Hablo sobre las cosas que he hecho mal y las cosas que me gustaría cambiar. Debes pensar que estoy loco. –Dijo con una ligera sonrisa.

–Te entiendo papá. Yo tampoco puedo dormir. Solamente fui a la cocina por un poco de agua, luego abrí la puerta para tomar un poco de aire fresco. Entonces fue que te oí. Por un momento pensé que podrían ser ladrones o algo más.

– ¿Pensaste que había ladrones y aun así has venido solo? –Preguntó su

padre frunciendo el ceño.

–Pues... sí. –Respondió Alan tímidamente.

–No cabe dudas que eres mi hijo... realmente valiente. Has hecho algo muy estúpido, pero muy valiente sin dudar. –El señor Jones comenzó a reír a carcajadas. –No debería decirte esto, pero... ¿quieres acompañarme a beber una cerveza? Tú tomaras un refresco por supuesto.

Alan asintió. Juntos se dirigieron al pórtico. El señor Jones trajo tres pares de cerveza Heineken, con las gotas de agua que se desplazaban por el aluminio de las latas, indicando que estaban bien heladas. Para Alan, trabajo una lata de Pepsi. Juntos se sentaron en las sillas mecedoras y permanecieron en silencio, mirando hacia la oscuridad de los campos.

–Verdaderamente amo estos campos. –Dijo el señor Jones luego de dar un gran sorbo a su bebida. –Hay algo mágico en ellos, algo que te impide alejarte de aquí. He trabajado aquí toda mi vida. Esto solía ser una especie de pantano. Nada crecía aquí. Tu abuelo los compró por algunas monedas hace más de sesenta años. Todos le dijeron que era un estúpido por comprar algo donde nada crecería... y aun así él lo hizo. Y... de alguna forma lo hizo. Hizo que funcionara.

Alan bebía su gaseosa lentamente mientras su padre continuaba su historia.

–Algunos hasta llegaron a decir que había hecho un pacto con el diablo. –Hizo un silencio, y luego hecho a reír. – ¿Te imaginas? ¡Un pacto con el diablo! Maldición. A veces la gente puede ser realmente muy estúpida. A este campo lo hicimos crecer con nuestras propias manos. Día tras día, bajo el sol abrasante, trabajamos sin descanso. Solamente tu abuelo, yo y...

– ¿Quién más papá? –Preguntó Alan al notar el silencio repentino de su padre.

–Solamente nosotros hijo. Tu abuelo y yo. Trabajamos con nuestras propias manos hasta verlas sangrar. El abuelo siempre decía... “Si quieres la grandeza debes estar dispuesto a hacer hasta el más grande de los sacrificios”. Luego que él murió hace un poco más de dos años, el campo pasó a ser mi completa responsabilidad. Aunque hacía más de diez años que vivía en el asilo de ancianos, demasiado viejo para seguir con las actividades del campo, el seguía dándome indicaciones. “Debes hacerlo al estilo Jones” decía. Y así lo hice. El campo ha crecido, los cultivos van bien. Solo míranos. Somos los únicos que nos encontramos en capacidades de cosechar. En fin... lo que quiero decir, es que un día, todo

esto será tuyo hijo. Tu responsabilidad.

–Papá... –Lo interrumpió Alan mientras los ojos de su padre parecían brillar con un tono soñador. –Me encanta el campo, de verdad. Me encanta vivir en San Antonio. Es solo que pensaba... ya sabes... pensaba que algún día quisiera estudiar algo... lejos de aquí.

Su padre apoyó en el piso la sexta lata vacía que tenía en sus manos y luego la pisó con fuerza. –Entonces... ¿Quieres huir de esto? ¿Quieres dejarnos?

–No es eso papá... solamente es que siempre he soñado con ser algo más... he pensado seriamente en ser ingeniero. Sé que Theo era el amante de los autos y de la mecánica, pero también quisiera hacer algo de eso.

– ¿Piensas que ser granjero es demasiado poco para ti? Pues te diré algo... este campo ha dado de comer a nuestra familia durante sesenta años. ¡Sesenta! Nunca te ha faltado la comida en la mesa... ¡Nunca! –El rostro del señor Jones se puso colorado como una manzana. Sus ojos estaban inyectados de sangre. Estaba furioso. Como nunca antes Alan lo había visto. –Escúchame bien. Nunca podrás dejar estos campos. Será tu responsabilidad, como ha sido la mía.

El señor Jones se levantó bruscamente. Casi pierde el equilibrio por un instante y se aferró a la silla para no caerse. –Nadie deja estos campos. ¡Nadie!

Alan permaneció en silencio. Pensó que su padre estaba demasiado ebrio. Algo que no era propio de él. Pero mientras su padre entraba torpemente de nuevo a su hogar, escuchó algo que lo horrorizó. –Ojalá hubiera sido tú y no Theo. Nunca entendí por qué tuvo que ser él... –Balbuceó su padre mientras se alejaba.

Sintiéndose terriblemente mal, Alan arrojó la lata de gaseosa y corrió hacia los campos mientras las lágrimas caían por su rostro. La luna en cuarto creciente se elevaba sobre los sembradíos iluminando tenuemente todo el paisaje. Alan corrió sintiéndose increíblemente triste. Su padre solamente dijo lo que él siempre había pensado. Su hermano era el más fuerte, el más inteligente. Aunque siempre decía que compraría un auto y se alejaría conduciendo muy lejos de San Antonio, la verdad era que, a Theo le fascinaba trabajar en el campo. Era muy parecido a su padre en todo sentido. Él, de no haber desaparecido aquella noche, hubiera pasado el resto de su vida en aquellos campos del lejano San Antonio. Pero en lugar de ello, se había desvanecido, dejando a su débil hermano, al cual nunca le gustó el trabajo en el sembradío.

Alan continuó corriendo hasta que, sin darse cuenta, estuvo en la costa del río. La luna se reflejaba en las aguas tranquilas. Permaneció allí observando. No se escuchaba ni el más leve sonido. Todo estaba envuelto en un silencio absoluto. Se dejó caer de rodillas a las arenas de la costa. Las lágrimas recorrían su rostro, hasta que su salado sabor llegó hasta sus labios.

– ¿Estás ahí? –Gritó hacia la oscuridad de las aguas. – Dime maldita criatura. ¿Estás ahí? ¡Muéstrate!

Pero nadie respondió a su llamado. Permaneció allí, sentado en la playa, secándose las lágrimas mientras una suave brisa mecía las copas de los árboles. Escondido entre las altas ramas, un enorme búho cantó de manera espeluznante. Alan esperó. Continuó llamando a la madre del agua mientras se lamentaba por todo. A su mente vinieron recuerdos de su hermano. Recuerdos de aquellas tardes que habían pasado en aquellos aburridos sembradíos, pero que Theo lograba hacer muy divertidas.

Entonces escuchó un tenue sonido. Al mirar hacia las aguas vio ondas formándose en ellas. Algo se acercaba. Alan se puso de pie. Su corazón comenzó a palpar aceleradamente en su pecho. Dos resplandecientes ojos se asomaron desde la oscuridad. Allí estaba nuevamente aquella bella mujer de mirada atrapante.

Alan no retrocedió, permaneció allí parado. Metió su mano en el bolsillo intentando alcanzar su crucifijo, pero horrorizado se dio cuenta que no lo había traído.

–Dime pequeño. ¿A qué has venido? –Preguntó la madre del agua mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. Era como si saboreara su futura víctima. – ¿Acaso has venido a matarme? ¿Tu solo, sin ese anciano?

–He venido a pedirte que liberes a mi hermano. Déjalo ir. –Respondió Alan con su voz temblorosa.

La criatura comenzó a reír. – ¿Por qué haría eso? –Preguntó.

– Llévame a mí en su lugar. Quiero que lo dejes ir y yo ocuparé su lugar. Te ofrezco mi alma a cambio de la suya.

Las risas de la madre del agua resonaron entre los árboles. Era una risa siniestra, inhumana.

–No lo haré muchacho. No lo haré. Él será por siempre mi esclavo. Vagará por toda la eternidad siendo solo un espectro. Vivirá atormentado y verá el tiempo pasar. Verá como todos sus seres queridos mueren poco a poco, mientras él no será capaz de sentir nada. Él no será nada. Solamente otra

insignificante alma en pena, atrapada por siempre en estos campos. La muerte será lo que más desee, pero jamás la encontrará. Jamás tendrá paz. Vivirá en el sufrimiento absoluto. Y tú muchacho, tú lo observarás. Tú serás testigo de su sufrimiento. Oh no... tú castigo será peor que el de él. Tú serás como el anciano. Malgastarás tu vida en busca de algo imposible. Sufrirás porque jamás podrás salvarlo. Hasta que un día decidirás que ya no puedes soportar tanto dolor... y ese día yo estaré allí para verte caer.

Devastado, Alan comenzó a llorar. Le costaba respirar y un nudo se le formó en la garganta. En su mente, se vio a sí mismo, sentado en aquella misma playa, pero, ya no era un niño, era un anciano. Su rostro cansino, quemado por el sol, reflejaba una soledad absoluta. Así acabaría sus días, esperando por su hermano. Una espera que le consumiría su vida entera.

– ¿Lo ves muchacho? Ese es tu futuro. Podría llevarte conmigo ahora mismo. Pero eso solo sería piedad para ti. No te reuniré con tu hermano. Vivirás una vida amarga y solitaria.

Alan se secó las lágrimas con su antebrazo. Miró a la criatura con un profundo odio. Apretaba con fuerzas sus puños hasta que sus uñas casi se enterraron en su propia carne. – Si no vas a devolver a mi hermano, serás tú la que sufrirás.

La criatura comenzó a reír. – ¿Cómo piensas hacerme sufrir?

–Tú eres la que no es nada. Solo tú. No eres más que un esbirro, siguiendo las órdenes de tu amo. Ni siquiera debería estar hablando contigo. Tú no eres la que manda. Pasas la eternidad a las órdenes de un maestro. Yo lo sé porque lo he visto. He visto al que camina en las sombras.

La criatura permaneció callada. Lo miraba perpleja, con solamente su rostro asomando de la oscuridad de las aguas. – ¿Lo has visto?

–Preguntó. –No pudiste haberlo visto.

–Lo he visto. Se me apareció en mi habitación la noche de la tormenta. He visto su forma oscura con ojos resplandeciendo en un rojo intenso. Lo he visto y fue entonces que supe. Tú no eres nada. No eres nada sin tu maestro y su secta de enfermos.

La criatura comenzó a reír mientras se desplazaba en el agua, de un lado hacia el otro, manteniendo en todo momento la mirada fija en el muchacho.

–Si tú has visto al que camina por las sombras... eso quiere decir que él te está buscando a ti. Hay muchacho...–Comenzó a reír nuevamente. – Me temo que tu destino será mucho más cruel de lo que pensaba. El señor oscuro te atrapará y cuando lo haga, suplicarás que sea yo la que acabe



contigo.

– ¿Qué es lo que planean? ¿Qué buscan en San Antonio? –Preguntó Alan, esta vez con firmeza en su voz.

La criatura comenzó a acercarse más y más a la costa. Alan permaneció firme aunque cada fibra de su cuerpo pedía a gritos salir de allí. Cuando la mujer estuvo a solo un metro de la arena de la playa, su cuerpo cambió. Horrorizado, Alan contempló la verdadera forma de la criatura. Una enorme serpiente salida de la más terrorífica de las pesadillas. Su cabeza era enorme, con una enorme boca repleta de colmillos puntiagudos. Su intensa mirada resplandecía en un dorado majestuoso. El cuerpo largo, cubierto de escamas y pelos negros parecía brillar bajo la tenue luz de la luna.

La serpiente se acercó sacando su larga legua bífida. Alan permaneció firme. Decidió que ya no tendría miedo. Decidió que debía enfrentarla. La cabeza del ofidio estaba justo frente a él. La madre del agua lo miró fijamente y Alan sostuvo su mirada.

– ¿Quieres saberlo? Te lo mostraré. –La voz de la mujer esta vez se oyó en el interior de su cabeza.

Entonces Alan ya no estuvo allí en la playa. Por un momento estuvo en un lugar de oscuridad absoluta, sin el más mínimo vestigio de luz. – ¿Dónde estoy? –Preguntó horrorizado.

–Estas en el reino de las sombras. –Dijo la voz de la mujer. –El reino donde habita él. El mundo más allá de este mundo. Un lugar vacío y lleno de dolor, donde las almas desdichadas son arrojadas.

La oscuridad era tal, que Alan no podía ver ni siquiera su mano frente a su rostro. Sintió como si se hubiera quedado absolutamente ciego. Bajo sus pies podía sentir rocas puntiagudas como dagas. A lo lejos comenzó a ver un tenue brillo naranja. El brillo de llamas lejanas.

–Aquí, en lo profundo de la oscuridad, él fue arrojado hace milenios. Atrapado en las sombras, donde el guardián del abismo lo custodia. Aquí fui creada... mi hermana y yo fuimos creadas. A diferencia de los demás seres que habitan el abismo, nosotras teníamos cuerpo. Él nos creó con un cuerpo de carne y hueso. Estuvimos largos periodos de tiempo que parecieron una eternidad, atrapadas en la oscuridad absoluta, hasta que un día, él nos mostró el camino hacia este mundo. Un pequeño pasadizo entre la negrura más profunda nos llevó hasta este paraje llamado San Antonio. Yo me convertí en la señora de las aguas del gran río... y ella... en la señora de los bosques. Vivimos durante siglos esperando la llegada de

nuestro creador... y ahora, ese momento se aproxima.

Alan vio como el brillo de las lejanas llamas comenzó a crecer y se esparció desde la lejana línea del horizonte cubriéndolo todo. El cielo se tornó de un rojo intenso. En él sobrevolaban horribles criaturas aladas. Parecían ser cadáveres putrefactos, con sus quijadas abiertas en un grito desolador, con enormes alas como las de murciélagos brotando de sus espaldas esqueléticas. A lo lejos vio a un hombre que se acercaba. No podía verlo bien. Parecía ser una sombra, completamente negro. Vestía ropa oscura y sobre su cabeza, un sombrero. El hombre caminaba lentamente. Un escalofrío recorrió el cuerpo del muchacho. Ni siquiera aquellos horrores que lo sobrevolaban, ni siquiera las llamas que se extendían hambrientas, le inspiraban tanto pavor como aquel hombre que se acercaba silenciosamente.

–Él vendrá muy pronto muchacho. –Continuó hablando la serpiente. –Él ha llamado a sus sirvientes para que preparen su llegada. Ellos me han llamado. Debo conseguir almas para él, almas que alimenten su poder. Muy pronto la oscuridad lo cubrirá todo muchacho y tú serás testigo de eso.

El hombre continuaba acercándose. Alan sintió como si sus piernas estuvieran hechas de gelatina. Todo su cuerpo se estremecía. Aquel ser que se acercaba era algo más allá de la comprensión. Mirarlo era desquiciante. Los ojos de aquel hombre resplandecieron con un rojo intenso, iluminando su rostro cadavérico, completamente negro.

Alan comenzó a desvanecerse. Todo se volvió negro nuevamente. Luego se encontró nuevamente mirando a los ojos resplandecientes de la enorme serpiente a solo centímetros de su rostro. El pequeño dio un fuerte grito y retrocedió unos pasos alejándose de la criatura.

–Pero... ¿Qué ha sido eso? – Preguntó aterrado mirando hacia todas partes esperando ver a aquel aterrador hombre de negro.

–Eso... eso ha sido solo un pequeño vistazo a los horrores que te esperan muchacho... a ti y a todo este mundo. –Respondió la serpiente mientras se acercaba nuevamente al niño sacando su horripilante lengua.

Alan sintió que le faltaba el aire. Sus piernas temblaban como palillos. El pavor que sintió al ver aquel hombre acercarse fue algo inexplicable. Ni siquiera la horrenda criatura que tenía frente a él podía sacar de su mente aquel ser espectral ni la horrible visión de ese mundo oscuro más allá de este mundo.

–Dentro de muy poco... cuando la gran tormenta finalmente llegue... atraparé muchas almas para él. Todas servirán a su propósito. –La serpiente nuevamente se acercó al niño. Abrió su enorme boca repleta de

colmillos. –Podría matarte ahora mismo... podría y quiero hacerlo... pero todavía no lo haré. Dejaré que sufras... dejaré que pases cada segundo pensando en lo que vendrá... que sientas el terror más profundo. Y luego... cuando llegue el momento, finalmente acabaré contigo.

Alan no respondió, estaba demasiado aterrado. Sus ojos brillaban repletos de lágrimas. Sintió la calidez de la orina mojando sus pantalones. Realmente estaba muerto de miedo. Completamente aterrado.

La serpiente comenzó a reír nuevamente, con una risa siniestra y fantasmal. Luego regresó su enorme cuerpo a la oscuridad de las aguas y desapareció, dejando una estela en la superficie.

El pequeño permaneció temblando. El miedo le recorría cada fibra de su cuerpo. Una sensación de frío espectral y de un profundo vacío llenó su pecho. Miró hacia todas partes intentando ver aquellos desquiciantes ojos resplandecientes en un rojo infernal, pero para su tranquilidad no había nada. Se encontraba absolutamente solo. La criatura se había marchado. En los alrededores no podía oírse ni el más mínimo sonido como si el terror se hubiera apoderado de todo ser vivo. Tambaleando comenzó su regreso a su hogar. Su mente se llenaba de ideas aterradoras mientras sus lágrimas recorrían su rostro hasta caer en el suelo cubierto por espesas hierbas.

Cuando llegó a su hogar, entró sigilosamente. Subió la escalera muy despacio, intentando hacer el menos ruido posible. Al pasar frente a la habitación de sus padres, la puerta se abrió.

–Hijo... espera. –Dijo su padre. –Lo siento... siento mu...

Alan no le prestó la menor atención. Ni siquiera le importaba las hirientes palabras que había oído de la boca de su padre. Estaba demasiado aturdido, demasiado asustado. Se dirigió a su cuarto. Se acostó en la cama sin siquiera sacarse los zapatos repletos de lodo, y permaneció contemplando el techo con su manos cruzadas sobre su estómago. Pensó que debería rezar... realmente quería rezar, pero su mente estaba demasiado perturbada. No podía concentrarse en nada más que en el recuerdo de aquellos ojos malévolos mirándolo fijamente mientras aquel ser se acercaba. El señor de las sombras vendría muy pronto, era en todo lo que podía pensar.

# Capítulo 11

## capitulo 11

### 1

Aquella noche fue la noche más terrible que haya pasado en su vida. Ni siquiera en aquellas lejanas y desoladoras noches de espera, en las que pensaba que su hermano entraría por la puerta del cuarto diciendo que solamente se había perdido, había pasado angustia semejante. Su mente se sacudía en un miedo atroz, latente, inevitable.

Pasó toda la noche con la luz de la lámpara encendida, como si aquella tenue luz amarillenta fuese capaz de alejar aquellos horrores que había contemplado. A lo lejos, perdido entre una maraña de ramas en lo profundo del bosque, un gigantesco búho cantó, y su canto sepulcral retumbó en la mente de Alan como si fueran las campanas que anuncian un velorio.

De esa forma pasó aquella noche, temblando completamente, sollozando por lo bajo mientras intentaba comprender que era aquel ser que lo atormentaba, aquel ser que estaba detrás de aquella criatura horrenda del río. Pensó y pensó hasta que por fin la ansiada luz del amanecer se coló por su ventana. Fue entonces, que por fin, sus cansados ojos cedieron al cansancio y Alan se quedó profundamente dormido.

Las horas pasaron mientras Alan dormía al calor del sol de la mañana, hasta que el sonido de la camioneta de su padre alejándose por el camino de tierra lo despertó. Miró el reloj sobre su mesa de luz. Eran las once de la mañana. Apurado, se dirigió al baño. Luego se cambió. Al bajar las escaleras se percató de que sus padres se habían marchado. No le importó. Salió corriendo de su hogar y se dirigió al bosque, a la casa del viejo Jack.

Corrió velozmente, tropezándose más de una vez y enredándose en grandes telarañas que cubrían el sendero del viejo bosque. Al llegar vio al viejo Jack, sonriente, como nunca lo había visto. Se encontraba reconstruyendo su cabaña, o comenzando con la labor al menos. Había quitado el tronco sobre el tejado y ahora estaba asegurando los soportes.

El anciano estaba tan concentrado en su labor, golpeando una y otra vez con un martillo, que no oyó al muchacho acercarse.

– ¡Oiga! –Lo llamó Alan, pero el anciano no lo escuchó. – ¡Oiga! ¡¿Acaso se ha vuelto sordo?!

Finalmente, el muchacho tomó una pequeña piedra y se la arrojó, impactando en su hombro derecho. –Oye. ¡No vuelvas a hacer eso! –Le dijo el anciano algo enojado. – ¿Qué te sucede? –Preguntó a ver al niño completamente pálido y agitado.

El viejo Jack se sentó junto al muchacho en lo que quedaba del tronco caído mientras escuchaba en silencio lo que este le contaba. Intentó disimular el espanto que sintió en ese momento por medio de una cara serena y pensativa. –De acuerdo. –Dijo el anciano luego que Alan había terminado su historia. –Lo que debemos hacer es mantener la calma. No podemos perder la cabeza en este momento.

– ¿Pero que se supone que debemos hacer? Esto va más allá de nuestra comprensión. –Dijo el niño con la desesperación impregnada en su voz.

–Debemos seguir con nuestro objetivo... solamente eso. Debemos matar a la criatura. Debemos recuperar a mi pequeña y... no olvides a tu hermano.

–Pero... –Intentó decir Alan.

–Tú lo has dicho... esto va más allá de nuestra comprensión. Más allá de lo que un niño y un anciano pueden hacer. Si lo que me has dicho es cierto... la gran tormenta de la que hablan llegará inevitablemente, solo debemos matar a la criatura, evitar que se siga alimentando y atrapando niños para volverlos sus espectros. Es lo único que podemos hacer. En cuanto al que camina en las sombras, o cómo demonios se llame, ese no es nuestro problema.

– ¿Acaso no me ha oído? El maldito pueblo es un portal a su mundo. El vendrá.

–Te he oído perfectamente. Es por ello que debemos matar a la criatura, evitar que siga dándole poder a aquel ser. Debemos matarla antes de la tormenta. Y cuando lo hagamos...cuando recuperemos a nuestros seres queridos, nos marcharemos muy lejos. Déjame decirte muchacho... tengo dinero suficiente para marcharnos muy lejos, lejos de este maldito pueblo. Si aquel ser viene, pues que venga. Estaremos muy lejos antes de que eso pase... y habiendo dicho eso, necesito que me acompañes.

2

Juntos caminaron por el sendero que conducía hacia la costa del río. El cielo estaba despejado, completamente azul, solamente salpicado por algunas nubes lejanas y dispersas. El calor no era tan potente aquella mañana gracias a suaves brisas que soplaban desde el norte. Caminaron en silencio. Alan seguía completamente aterrado, en cada sombra del bosque creía ver aquellos ojos estremecedores. El viejo Jack, iba callado,

con su mirada perdida en la nada. No lo admitía, pero al oír la historia, sintió un fuerte escozor que le recorrió el cuerpo. "Las manos del demonio están en todo el pueblo. Nada de lo que hagamos escapa de su control", pensaba para sus adentros.

Finalmente llegaron a la costa del río. Las aguas estaban tranquilas. El sol se reflejaba en la superficie apacible. A lo lejos, en la otra costa, los botes de los pescadores se desplazaban en silencio, ignorando el terror que acechaba en aquellos remotos parajes.

Sobre la playa, amarrado en una estaca, estaba un bote de madera. Estaba pintado de negro, con un hermoso acabado. Era grande, y en apariencia, parecía jamás haber sido utilizado. En el costado, escrito con letras blancas decía "ESPERANZA".

–Y bien... ¿Qué te parece? –Preguntó el anciano señalando en dirección al bote.

Alan lo contempló sorprendido. –Es formidable. –Dijo mientras se acercaba. La embarcación olía a pintura fresca. Era mucho más amplio, y ciertamente más resistente que el bote anterior. Dentro, había dos pares de remos hechos de lo que parecía ser plástico, mucho más livianos que los anteriores, hechos de madera pesada. –Veo que has gastado muy bien tu dinero. –Alan sonrió.

–Ven. Sube. –Dijo el viejo Jack mientras soltaba las amarras. Alan subió y el anciano empujó el bote hacia el río, luego de lo cual, dando un salto, se subió y se sentó junto a él. Remaron despacio, y luego se dejaron llevar suavemente por la corriente. El día era apacible, increíblemente agradable. El calor intenso de los días anteriores había quedado atrás. Aquella mañana la suave brisa que venía desde el norte había hecho descender la temperatura. Flotaron en silencio admirando el paisaje arbóreo de la costa que se extendía más allá de lo que alcanzaba la vista, allá donde el río hacía una curva y se perdía en la distancia.

–A veces me resulta difícil creer lo bello que es este paisaje. –Dijo el anciano dando un suspiro.

–Lo es. –Respondió Alan. –Es muy bello. Casi tanto para hacerte olvidar de todos los problemas de la vida.

–En efecto. Cada vez que la depresión me invadía, o cada vez que sentía que ya no valía la pena seguir... he venido aquí, al río. El sonido del agua corriendo y el cantar de las aves calman mis pensamientos. Me resulta difícil pensar que algo tan hermoso oculte algo tan horrendo...

Continuaron flotando dejándose llevar durante un largo rato. Alan no estaba seguro, pero creía que ya habían recorrido más de ocho kilómetros

rio abajo. Comenzó a pensar en lo cansador que sería remar río arriba, pero de igual modo no le importó. Era un día hermoso, y se sentía bien, flotando en la bastedad del río junto al viejo Jack. Alan siempre fue un muchacho solitario, sin más amigos que su propio hermano, pero algo en aquel anciano le daba seguridad. Sin darse cuenta, una amistad férrea se había formado entre ellos.

Cuando estaban a punto de regresar, Alan vio algo a lo lejos que llamó su atención. – ¿Qué es eso? – Preguntó mientras señalaba una elevación en la costa. Era como una colina empinada que se elevaba por sobre el resto del paisaje. Sobre ella, solamente había un gran árbol, cuyas ramas se extendían sobre la colina llegando hasta las aguas. Parecía ser un gran olmo, pero su tronco tenía un aspecto pútrido, cubierto de musgo de un verde asqueroso. Sus hojas estaban marchitas. Era como si el árbol estuviera muerto, pero aun así, seguía en pie y sus hojas seguían en sus ramas.

–Este lugar se conoce como María Antonia. No me preguntes el por qué, ya que nunca lo supe. Solía ser un lugar donde los pescadores solían acampar. Yo mismo había venido en varias ocasiones en mi juventud. Ese viejo olmo siempre estuvo allí, solo que ahora luce horrible. –Comenzó a recordar el viejo Jack. –Recuerdo, que justo tras la colina, había un arroyo que desemboca en el río. A veces seguíamos ese arroyo que se internaba en medio de lo más profundo del bosque. Era un lugar realmente bello, pero luego comenzaron a circular historias.

– ¿Qué clase de historias? –Preguntó Alan.

–Verás. Allí, muy cerca de aquel viejo árbol, siguiendo el arroyo, perdido entre las hierbas altas, hay un conjunto de tumbas abandonadas. Nadie sabe de quienes son aquellas sepulturas olvidadas, que no son más que un grupo de lápidas destruidas. Algunos han dicho que se trata de las tumbas de los antiguos sacerdotes jesuitas, o que se trata de un cementerio aborigen. Incluso se ha dicho que son las tumbas de los primeros colonos que llegaron a San Antonio hace casi doscientos años, mucho después de que las reducciones jesuitas hubiera desaparecido... pero te digo algo, no es algo que me importe, por eso nunca me he preocupado en averiguarlo. –El anciano dio un gran suspiro mientras su mirada continuaba fija en aquel tétrico árbol. –Verás... hace casi 30 años, no recuerdo la fecha exacta, pero eran los años cincuenta. Yo llevaba más de diez años buscando a mi pequeña... poco a poco comenzaba a perder las esperanzas. Comencé a ir al bar del pueblo. En aquella época, no era más que unas mesas y sillas puestas en la vereda del viejo Tarnowski. Desde su ventana el viejo alcanzaba las cervezas a sus clientes, esa era la única bebida que vendía. Era una noche tranquila.... Recuerdo que hacía un calor infernal. Estaba sentado solo en una mesa junto a la cual ya se encontraba la avenida principal por llamarla así ya que no era más que un camino de tierra como cualquier otro. Eran más de la medianoche.

Llevaba bebidas dos botellas de litro de la cerveza más asquerosa y tibia que se pudiera conseguir. Entonces fue que llegaron. Francisco Augusto Pardo, y su hijo Luis. Francisco para ese entonces debía tener alrededor de sesenta años, su hijo debía rondar los treinta y cinco. Eran hombres rudos. Habían trabajado toda su vida en el campo y les gustaba la pesca. Se podían pasar semanas completas en el río intentando pescar la presa más grande. Siempre solían estar en el bar contando sus anécdotas, como el enorme pez dorado que habían atrapado, "el más grande que jamás se haya visto por estos lares" decían, o como cuando un enorme caimán casi hace trisas su pequeño bote intentando devorarlos. Algunas historias no parecían ser del todo creíbles, pero lo que nadie podía negar era que los Pardo, eran hombres que no se asustaban fácilmente. Por eso, al verlos llegar pálidos como una hoja de papel, con el miedo gravado en sus ojos a fuego, fue impactante para los pocos que estábamos en aquel bar de mala muerte. Se sentaron en una mesa lejana. El viejo Tarnowski en persona salió a llevarles cerveza. Al principio no decían nada. Solamente estaban allí, contemplando las oscuras calles del pueblo. Creo que tenían terror de que aquello que habían visto estuviera aun tras ellos. Luego de un rato de profundo silencio, Francisco comenzó a hablar. Contó cómo habían pasado un día de pesca fructífero. Habían atrapado muchos peses. Al caer la noche, hicieron una fogata justo en la colina junto a aquel árbol que vez allí. –Señaló hacia el viejo olmo. –Permanecieron allí ahumando los peces. Cuando, según contaron, escucharon un sonido a lo lejos. El sonido de un lamento. Intentaron ignorarlo, pero luego no pudieron evitar ir. El lamento, parecía ser el de una persona, pero pensaron que podría ser de un animal herido. Más allá de la colina solo había una densa maleza y el oscuro bosque, así que pensaron que era mejor entrar por el arroyo. Subieron a su bote y siguieron el estrecho curso de agua. Entraron más y más mientras las ramas de los arboles parecían ir cerrándoles el paso. Avanzaron hasta que... a casi un kilómetro del río, llegaron a un claro en el bosque. Allí, iluminadas por la luz de la luna, vieron las antiguas tumbas. El lamento venía desde allí. Aunque sintieron un leve temor, no dudaron en descender de su embarcación e ir a averiguar que lo provocaba. Caminaron lentamente entre las viejas tumbas. Miraron hacia atrás, hacia la seguridad del bote, sin embargo continuaron. Fue el hijo quien la vio primero. Contó como la sangre se le heló en sus venas. –El anciano hizo una pausa, como si estuviera acomodando sus ideas.

–Allí–Prosiguió – arrodillada entre las oscuras sombras, iluminada tenuemente por la luz de la luna, había una mujer. Pero no cualquier mujer. Su rostro era viejo, muy viejo, con grandes arrugas, y la piel pálida como la leche. Llevaba un vestido negro, roto y antiguo, el cual no era más que hilachas. Sus cabellos grises y pajosos flameaban en la brisa nocturna. Pero lo que los aterró fueron sus ojos...no los tenía. En su lugar estaban sus cuencas vacías, negras y profundas, que parecían estar llenas de una oscuridad abismal. La mujer estaba allí, con su boca abierta, como dando un grito eterno. Francisco contó que al verla fue incapaz de gritar, ni siquiera pudo moverse. El susto fue tal que sintió la calidez de la orina



mojando sus pantalones. Ellos, los hombres más valientes del pueblo, aterrados como niños. La mujer se incorporó de repente, con una velocidad sobrehumana y se abalanzó sobre ellos gritando como una endemoniada. Fue en ese momento que reaccionaron. Corrieron lo más rápido que pudieron, gritando y rezando mientras corrían enceguecidos. Finalmente pudieron llegar al bote y se alejaron remando. Al mirar hacia atrás, la mujer seguía allí, observándolos desde la costa, con su boca todavía abierta en su lamento espectral. Esa fue la historia que narraron aquella noche en el viejo bar. Al principio alguno se animó a esbozar una sonrisa burlona en el rostro al escuchar la historia, pensando que de una broma se trataría. Pero luego, al ver el auténtico miedo plasmado en el rostro de aquellos hombres rudos, todos se llenaron de temor.

– ¿Acaso usted ha ido luego de escuchar aquella historia?

– He ido. De hecho he ido varias veces, con la esperanza de que aquella mujer fuera la misma que se llevó a mi pequeña, pero con el tiempo comprendí, que no era la misma criatura. Quizás solamente era un alma en pena, o quizás solamente haya sido la imaginación de dos ebrios. Pero como sea, no he visto nada. De hecho, no he visto nada durante cuarenta años, hasta que de repente la maldita criatura ha aparecido de nuevo.

Alan permaneció pensativo. – Esa mujer del cementerio...quizás sea la señora del bosque. La hermana de la cual la criatura del río me habló. Si la serpiente ha despertado, quizás los siervos de aquella secta también hayan intentado invocarla. Creo que debemos ir al cementerio. Quizás encontremos algo. Al menos no perderemos nada con intentarlo.

El viejo Jack no realizó comentario alguno. Simplemente se limitó a tomar los remos y comenzar a remar en dirección al pequeño arroyo oculto tras la saliente. Pasaron junto al gran árbol. Su forma era aterradora, como sacada de una pintura terrorífica. Sus ramas se extendían como grandes garras a punto de caer sobre ellos. – Hay algo que no te he mencionado. – Dijo el anciano. – Luego de lo que contaron, los Pardo, jamás volvieron a ser los mismos. Cuentan que el padre no podía soportar estar en la oscuridad. Dejó de ir al río. Dejó de frecuentar el bar. Su hijo tuvo un destino mucho peor. Cuentan que enloqueció. A veces se lo veía caminando por las calles del pueblo, hablando solo, mirando hacia sus espaldas, temeroso de encontrar a aquella mujer. Su estado era cada vez peor, hasta que... un día desapareció. Nadie volvió a verlo. Finalmente lo hallaron luego de dos semanas de búsqueda. Su cuerpo putrefacto, devorado por los pájaros, fue encontrado colgado de las ramas de este mismo árbol. Por alguna razón, algo lo hizo venir hasta aquí, trepar a lo alto del árbol con la soga amarrada a su cuello y luego saltar.

Alan permaneció mirando hacia el espectral olmo. Sus ramas crujían al viento de manera siniestra. Casi podía imaginarse el sonido del cuerpo descompuesto balanceándose, colgado de una soga, con sus ojos siendo

devorados por los cuervos.

Continuaron en silencio internándose en el pequeño arroyo que serpenteaba entre el bosque y la espesa hierba crecida. Continuaron durante un largo rato sin ver nada. –Quizás ya no haya nada. Después de todo, han pasado demasiados años, los arboles han crecido y la hierba se lo habrá tragado todo. –Dijo el viejo Jack mientras continuaban remando lentamente, casi como si de un alegre paseo se tratara.

De pronto, oculto entre el espesor del bosque, oyeron el siniestro canto de un búho. Alan no se puso a pensar lo seguido que escuchaba cantar a aquella ave, pero sin duda el espeluznante canto, similar a un lamento llamó su atención. Mientras miraba hacia todas direcciones intentando verla, vislumbró a lo lejos, sobresaliendo apenas de entre la hierba alta, lo que parecía ser un metal oxidado. Detuvieron el bote, y bajaron a la orilla. Caminaron con dificultad abriéndose paso entre la hierba que golpeaba sus cuerpos dolorosamente, como si intentara detenerlos. Finalmente, la espesura dio paso a un claro. En el claro, la hierba estaba completamente seca, como si una extraña fuerza no permitiera que nada creciera allí. Y fue en ese lugar que encontraron las tumbas. No eran más que viejas lápidas con nombres ilegibles, enormes cruces de metal que no eran más que oxido y suciedad. Y justo en el fondo del pequeño cementerio, había una construcción. Parecía ser un nicho, con el techo abovedado. Sus paredes antiguas y agrietadas estaban cubiertas de un moho gris, espeso y asqueroso. Sus grandes puertas herrumbradas, decoradas con vidrios de colores que formaban la imagen de un santo que no podía distinguirse por la suciedad que lo cubría, estaban entreabiertas. Las puertas se movían levemente haciendo un estridente y aterrador chirrido.

Ambos permanecieron en silencio, contemplando aquella construcción que sobresalía por sobre las demás tumbas. Miraron hacia todas partes. No se escuchaba ningún sonido, era como si el bosque entero hubiera enmudecido. Se miraron el uno al otro. El niño estaba aterrado. Un miedo atroz lo había invadido de manera repentina. Sus piernas temblaban levemente, pero aun así, asintió con la cabeza, indicándole al viejo Jack que debían entrar.

El anciano empujó la puerta muy despacio. Era pesada, hecha de hierro macizo. Al abrirse las viejas bisagras chirriaron de manera semejjando al aullido de una bestia moribunda. Cuando la puerta se abrió de par en par, la luz del exterior iluminó el interior tétrico de aquella sepultura. El aire en el interior era espeso, casi irrespirable, con un profundo olor a encierro, humedad, polvo y algo más... el inconfundible aroma de la muerte. Entraron muy despacio. Las paredes en el interior tenían pintados símbolos en un color rojo intenso. Uno de ellos llamó su atención. Era una estrella de cinco picos, rodeada por un círculo que lo envolvía todo. Era un

pentagrama, el inconfundible símbolo de las sectas satánicas.

El pequeño Alan tragó saliva. Luchaba internamente para combatir su irresistible deseo de salir corriendo despavorido. Jamás en su vida estuvo tan asustado, sin embargo, al ver la seriedad y tranquilidad del viejo Jack, quien se encontraba a su lado examinando el lugar, le dio tranquilidad. Se sentía seguro junto a él. De alguna forma sentía que se había forjada una profunda relación entre ellos, y que Jack jamás dejaría que algo malo le ocurriese, al menos no cuando él estuviera allí.

En el fondo del nicho, allí donde no llegaba la luz que ingresaba por la puerta, vieron algo. Parecía ser una especie de mesa de piedra. Quizás sobre ella antiguamente se depositaba el cajón donde descansaban los restos del dueño olvidado de la sepultura. Se acercaron tapándose la nariz con las manos. El olor a putrefacción era cada vez más intenso. Al acercarse notaron que había algo depositado sobre aquella especie de altar. Solo pudieron distinguir que era cuando estuvieron junto a él. Era un cadáver, el cadáver de un niño. Tenía su rostro completamente descompuesto, con el blanco del hueso de su mandíbula asomando entre la carne podrida. Sus ojos estaban abiertos, no eran más que esferas repulsivas, completamente blancas, llenas de un líquido viscoso que se derramaba por los lados, deslizándose por sus mejillas hasta gotear en la polvorienta mesa. Sus cabellos, sin embargo, estaban prolijamente peinados hacia los lados. Estaba vestido con una túnica negra, con sus brazos cruzados sobre su pecho, como si de una momia se tratara.

–Maldición. –Dijo el viejo Jack, mientras las arcadas comenzaban a llegarle como oleadas ante el intenso aroma a descomposición.

–Es Lucas... Lucas Thompson. –Dijo finalmente Alan, luego de mirar por largo rato aquel cuerpo putrefacto. –Murió hace algunas semanas. He escuchado al comisario hablar de que habían robado su cuerpo. Creo que es él, me resultó difícil reconocerlo, pero sin dudas es él. Lo han traído aquí. Pero... ¿Para qué?

–No lo sé muchacho, pero será mejor que salgamos de aquí antes de que vomite.

Ambos salieron de aquel siniestro lugar y se dirigieron al bote. Comenzaron a remar y se alejaron por el arroyo, mientras Alan observaba el metal que sobresalía de entre la hierba. Aquel metal no era más que la cruz colocada en lo alto de la bóveda. La imagen del cuerpo del niño Thompson vino a su mente.

–Creo que aquí ocurre algo. Debemos volver a la noche. Aquella secta trama algo y sé que lo que sea que vaya a pasar... pasará aquí.

El anciano no respondió. Estaba sumido en pensamientos lejanos, mientras admiraba el sol que comenzaba a ocultarse en el horizonte, reflejando su contorno naranja en la superficie de las aguas.

– ¿No es bello? –Preguntó el anciano con una expresión soñadora en su rostro.

Alan no entendió que le sucedía. Miró hacia el horizonte y vio la belleza del paisaje que se abría frente a ellos, con el contorno del viejo árbol recostándose sobre el sol moribundo de aquella tarde. –Lo es. –Respondió el muchacho mientras continuaron remando el camino de regreso en completo silencio.

## Capítulo 12

### capitulo 12

1

Alan y el viejo Jack fueron durante varias noches seguidas hacia aquel cementerio abandonado. Se acomodaban en silencio, ocultos tras las altas hierbas observando hacia aquella sepultura. Habían acordado no decir nada a nadie sobre el hallazgo del cuerpo, al menos no hasta no ver con sus propios ojos lo que allí estaba sucediendo. Pero nada pasó en aquellas noches, más que ser atacados por voraces mosquitos mientras esperaban pacientemente en la oscuridad. En el río tampoco nada sucedía. No había rastro de la criatura, era como si todo hubiera vuelto a la normalidad, pero en el fondo, ellos sabían que solamente era la calma antes de una tempestad.

Durante el día, el viejo Jack se dedicaba a reparar su cabaña. Luego de mucho trabajo había conseguido dejarla habitable. La construcción no era más que cuatro paredes de madera y un techo, pero había sido su hogar la mayor parte de su vida. Ver como su pequeña cabaña volvía a ser lo que era, llenó su pecho de satisfacción. Aunque tenía un bolso lleno de dinero que le permitiría vivir en alguna buena casa en el centro, o incluso marcharse hacia alguna ciudad lejana para olvidarse de todo, él no lo haría. Él se quedaría allí hasta recuperar a su hija o hasta que la muerte viniera a buscarlo.

– ¿Alguna vez has pensado en lo que harás el resto de tu vida muchacho?

–Le preguntó el anciano al niño una de aquellas tardes mientras terminaba de martillar los últimos clavos que sujetarían las tablas que formaban su pared.

–He estado pensando en... ya sabe... ir a la universidad, quizás convertirme en un ingeniero. Aunque no lo parezca, me gusta mucho la lectura, sobre todo de ciencias. Podría pasarme tarde enteras solamente leyendo.

–Bueno eso explica por qué no tienes amigos. De lo contrario estarías con ellos y no con un anciano ebrio en medio del bosque. –El viejo Jack esbozó una ligera sonrisa.

–De todas formas creo que eso nunca se cumplirá. Aun si rescatamos a mi hermano, estudiar implicaría marcharme a la ciudad, irme muy lejos. Eso implicaría dinero... y mi padre... bueno, el quiero que me quede a trabajar en los sembradíos al igual que él, y al igual que su padre antes que él. No creo que esté dispuesto a darme un solo centavo para que me vaya de

San Antonio.

–Lo único que puedo decirte es que no te apresures. Aun eres solo un niño. Tienes mucho por delante. Y si piensas que puedes ser un gran ingeniero, actor o lo que sea que quieras ser... entonces encontrarás la forma de hacerlo. Solamente no hay que bajar los brazos. Si desde ahora deseas que el tiempo pase, llegará el día en que te des cuenta que la vida se te ha escapado tan velozmente que no la has disfrutado.

– ¿A usted le queda algún sueño sin cumplir? –Preguntó el muchacho mientras observaba el rostro pensativo del anciano.

–Bueno... para mi es demasiado tarde para pensar en sueños. Con los años, luego de tanto tiempo en soledad, solo he deseado dos cosas. La primera es recuperar a mi hija, verla al menos una última vez antes de morir. –El viejo Jack hizo una pausa.

– ¿Y la segunda? –Indagó Alan.

–La segunda era tener un verdadero amigo... pero eso ya se ha cumplido.  
–Le respondió mirándolo con una sonrisa.

Alan sonrió. El anciano se sentó junto a él sobre un tronco caído. Permanecieron observando como el sol se deslizaba en el horizonte tiñendo el cielo de un dorado majestuoso. –No se preocupe, los recuperaremos. –susurró el pequeño.

2

Aquella noche, como las noches anteriores, fueron hasta el viejo cementerio. Dejaron el bote oculto en la costa del arroyo que se abría camino por entre la espesura del bosque, y aguardaron ocultos en la alta hierba. Pero aquella noche, no era igual a las anteriores. Había una sensación extraña flotando en el aire. Ellos podían sentirlo. Un nerviosismo se apoderó de ellos desde el momento en que llegaron a aquel macabro lugar. La luna llena, enorme y blanquecina, parecía estar más cerca que lo habitual, tanto, que podían observarse con detalle cada uno de los cráteres y valles en su superficie. Su luz blanquecina iluminaba todo el lugar proyectando y alargando las tétricas sombras de las tumbas.

Permanecieron en silencio. No se oía ningún sonido más que el funesto aullido del viento soplando entre las copas de los árboles que se agitaban como seres espectrales. Alan temblaba ligeramente. Intentaba no estar asustado, pero sentía que algo maligno estaba a punto de suceder. Su corazón latía aceleradamente. Entonces, a lo lejos, de lo profundo del bosque comenzó a oírse un ligero murmullo. Luego una tenue luz anaranjada brilló entre los árboles, luego otra, y luego otra. Eran

antorchas. Luego de unos minutos había más de una docena de antorchas acercándose desde las penumbras.

El viejo Jack hizo la seña poniendo su dedo sobre sus labios indicándole a Alan que guardara silencio. Estupefactos observaron como un grupo de persona se había acercado hasta el cementerio. Vestían con túnicas oscuras con capuchas que impedían que se vieran sus rostros. Cada uno sostenía una antorcha. Caminaron por entre las viejas lápidas y se detuvieron frente al último nicho con techo abovedado. Formaron un semicírculo frente a sus puertas. Uno de ellos, se paró frente a los demás, quienes se arrodillaron ante él. Sostenía un viejo libro entre sus manos. Un libro muy grueso y con tapas oscuras. Lo abrió y comenzó a leerlo.

El viejo Jack y Alan estaban aterrados, frente a ellos se hallaban los integrantes de aquella secta. Aquellos que han sido llamados como los Siervos de las sombras. Estaban allí dispuestos a realizar uno de sus ritos. El anciano y el niño pensaron en huir entre la oscuridad y alejarse de allí lo más rápido posible, pero algo en ellos parecía obligarlos a permanecer y presenciar lo que fuera que estuviera por ocurrir.

El hombre que sujetaba el libro, era alto y robusto, al menos lo parecía ya que la túnica no dejaba distinguir ninguno de sus rasgos. Los demás, permanecían arrodillados. Ninguno hablaba, ni siquiera se miraban entre sí. Era como si ni siquiera supieran quien estaba a su lado. El hombre comenzó a leer en voz alta. Era una lengua extraña, desconocida, inentendible para una persona normal, pero los demás miembros de la secta parecían comprenderla perfectamente. Repetían cada verso como un coro tenebroso. El hombre comenzó a levantar la voz cada vez más, mientras el coro lo acompañaba.

Alan sintió una sensación extraña. Con cada respiración un vapor grisáceo emanaba de su nariz. Un profundo frío recorrió su cuerpo. Sintió como si estuviera en la noche más fría de un crudo invierno. Al mirar a su lado, vio como el vapor también emanaba con cada respiración del viejo Jack. El ambiente se había vuelto increíblemente frío y tétrico. Entonces las voces acallaron de manera repentina. El único hombre que permanecía parado, se arrodilló al igual que el resto, con la mirada clavada al suelo cubierto de hierba seca.

El viento comenzó a rugir de manera espeluznante. Un silencio profundo invadió todo el lugar. Las llamas de las antorchas se apagaron por completo. Todo quedó sumergido en las sombras, solo interrumpidas por la cada vez más tenue luz de la luna. Entonces, se oyó un quejido dentro de aquel nicho. Un quejido lastimero y ahogado. Luego pasos, lentos y constantes. Los miembros de la secta permanecían mirando fijamente hacia el suelo. Parecía que no eran capaces de levantar su vista para

contemplar lo que estaba a punto de salir de aquella bóveda mortuoria.

Las puertas metálicas se abrieron con un gran estruendo que resonó en cada rincón del viejo camposanto. Alan y el viejo Jack observaron aterrados aquella cosa que salió del nicho. Era el cadáver del pequeño Lucas Thompson. Caminaba con dificultad. La luna iluminó el gris de su rostro putrefacto, mientras avanzaba lentamente con sus piernas atrofiadas por el rigor de la muerte y la descomposición. Pero había algo más terrorífico incluso que ver aquel cadáver caminando. Sus ojos. Brillaban con un rojo intenso. Inmediatamente, Alan recordó aquel ser del reino de las sombras. En ese instante supo que aquel ser de alguna forma había entrado en aquel cadáver putrefacto, y ahora estaba allí frente a sus siervos que lo adoraban como a su Dios.

El cadáver andante se detuvo frente a los hombres que se arrodillaban ante él. El aire se volvió increíblemente denso y una frialdad semejante a la del fondo de una tumba se apoderó de todo el lugar.

El cadáver los contempló con aquellos ojos que parecían estar hechos de llamas danzantes.

–Mi señor. –Dijo el hombre que sostenía el libro en sus manos. –Aquí estamos sus siervos, esperando su llegada.

El cadáver pareció no prestarle atención, simplemente miraba hacia las hiervas que se elevaban alrededor del cementerio. – ¡Ven hija mía! –Dijo de repente con una voz cavernosa y siniestra.

El ambiente quedó sumergido en un profundo silencio. Entonces se oyó que algo enorme se deslizaba entre las altas hierbas. De entre las sombras emergieron los resplandecientes ojos de la gran serpiente. La madre del agua se mostraba en toda su grandeza. Su tamaño era descomunal. A Alan le pareció que debía medir más de quince metros, pero era difícil saberlo. Su cuerpo rollizo se enredaba y retorció mientras avanzaba lentamente hasta que finalmente estuvo frente al cadáver.

El cadáver del niño extendió su mano y tocó la frente de la serpiente, quien la inclinó como si estuviera haciendo una reverencia a su amo. Cuando aquel ser que habitaba el cuerpo putrefacto de aquel niño tocó a la criatura, esta se convirtió en aquella bella mujer de cabellos dorados. La mujer, completamente desnuda en su parte superior, permaneció sentada sobre su cola de pez.

–Has sido paciente hija. Has esperado durante largos siglos. Has padecido el desprecio y el miedo que te tienen los hombres. Has sufrido... pero ahora nuestra larga espera está a punto de finalizar. –Le dijo el cadáver a la mujer. –En tres noches, cuando la luna de sangre brille en el cielo, la



gran tormenta comenzará. Debes estar preparada.

–Mi amo... yo solo existo para cumplir tu voluntad. –Le respondió la mujer.  
–Recolectaré todas las almas que necesitas oh querido padre.

–Eres una buena hija. Cuando sea libre, el reino de las sombras y este mundo serán uno solo y tú reinarás a mi lado.

Alan y el viejo Jack escuchaban cada palabra incrédulos. Frente a ellos estaban dos seres sobrenaturales junto a una secta de lunáticos. Parecían hablar nada menos que del fin del mundo. Un vacío se formó en el estómago del muchacho. Sintió unas ganas repentinas y casi incontenibles de vomitar. El viejo Jack tocó su hombro y le hizo una señal indicando que guardara silencio.

En ese momento, oculto entre las ramas de un gran árbol cerca del cual el anciano y el niño, un gran búho cantó de manera espeluznante. Su canto espectral retumbó entre las viejas tumbas. Alan no pudo evitar y dio un gran grito. Luego todo permaneció en silencio.

El niño miró hacia el árbol y se encontró con los grandes y brillantes ojos de aquella ave que lo miraban fijamente. Luego miró hacia el frente. Los hombres de la secta se encontraban de pie. El cadáver se había vuelto y miraba hacia su dirección. Junto a él, estaba la criatura, convertida nuevamente en aquella horrenda serpiente, alzándose de manera imponente.

Alan y el viejo Jack, permanecieron en silencio durante un tenso momento, cada fibra de sus cuerpos se estremecía de un terror incontrolable. –Corre. –Le susurró el anciano al oído. Se pusieron de pie y comenzaron a correr lo más rápido que le permitían sus piernas en dirección al arroyo. Las altas hierbas impactaban contra ellos. Ramas salientes rasgaban su piel, pero de igual modo no se detuvieron. No querían siquiera pensar en lo que les harían si aquellos fanáticos y monstruos los atraparan. Alan sentía que su corazón saltaría de su pecho en cualquier momento. Le faltaba en aire. Su visión se pobló de repente de cientos de puntos de colores. Sentía que caería desmayado en cualquier momento. Pero el viejo Jack, lo tomó del hombro y lo animó a seguir.

–Vamos muchacho. No puedes rendirte. –Le dijo mientras lo empujaba hacia adelante. Atrás podían escuchar el sonido de la hierba siendo aplastada mientras sus perseguidores venían tras ellos sigilosamente. Aquellos hombres ni siquiera decían una palabra, no se comunicaban entre sí, simplemente avanzaban siguiendo las órdenes de su maestro.

–Resiste. Ya falta poco. Mira allí está el arroyo. –Dijo el viejo Jack señalando el reflejo de la luna en las tranquilas aguas. Corrieron lo más

rápido que pudieron. Alan dio un salto y se subió al bote. El anciano lo empujó de entre las hierbas que lo ocultaban. El bote se deslizó suavemente en el agua. Tomaron los remos y comenzaron a remar como endemoniados. Se alejaron de la costa y siguieron el curso del arroyo hasta el río. Los músculos de sus brazos parecían que se desgarrarían en cualquier segundo, sin embargo continuaron.

A lo lejos, en la costa, pudieron ver a los hombres vestidos con túnicas. Estaban inmóviles, observando cómo se alejaban. En sus manos sostenían las antorchas que volvían a estar encendidas. Mirados desde lejos, parecían ser antiguas estatuas, completamente inanimadas.

Continuaron remando. Luego de una curva en el arroyo dejaron de ver el naranja de las antorchas rompiendo la oscuridad de la noche. Aunque ya estaban exhaustos, no disminuyeron nunca la cadencia. Los remos se introducían en el agua y luego salía al ritmo de sus agitadas respiraciones. Finalmente, llegaron a la desembocadura del arroyo y luego entraron a las aguas abiertas del río.

Allí finalmente el cansancio los venció y dejaron de remar. Luchaban por recuperar el aliento mientras sondeaban con su vista el horizonte.

Permanecieron unos minutos en alerta. El viejo Jack soltó el remo y tomó su arpón. Se paró en el extremo del bote y miraba hacia las aguas. Alan tomó el crucifijo entre sus manos y lo apretó con fuerza.

–Creo que nadie nos sigue. –Dijo Alan intentando parecer calmado aunque el miedo le retorció su estómago y le era casi imposible respirar normalmente.

Pero la calma duró lo que dura un suspiro. A lo lejos vieron una estela en las aguas. Algo se acercaba. El anciano alzó el arpón y lo sostuvo en lo alto, listo para lanzarlo. Alan por su parte sostuvo el crucifijo apuntándolo hacia las oscuras aguas. El bote se estremeció cuando algo realmente grande pasó por debajo. Las aguas se agitaron.

–Está aquí. Prepárate muchacho. –Dijo el viejo Jack. El niño tragó saliva que pareció vidrio deslizándose por su garganta apretada con un nudo que apenas lo dejaba respirar.

Luego el silencio. El sonido de sus respiraciones parecía retumbar a lo lejos. La tensión era insostenible. Luego un fuerte golpe sacudió el bote que se ladeó violentamente. Luego nuevamente el silencio.

– ¡Deja de jugar con nosotros maldita bestia! ¡Muéstrate ahora mismo!  
–Gritó el viejo Jack con furia.

Una siniestra risa resonó en todo el lugar. La estela en el agua reapareció formando círculos alrededor de su embarcación, luego se detuvo frente a la proa.

La enorme cabeza de la serpiente emergió finalmente. Su largo cuerpo se alzó en lo alto. La criatura los miraba desde arriba, sobresaliendo casi tres metros de las aguas. Sus enormes ojos resplandecían con un hipnótico brillo.

–Podría matarlos ahora mismo. Realmente quisiera hacerlo. –La voz de la criatura retumbó en el interior de sus mentes. –Pero eso sería solamente misericordia. Mi señor me ha ordenado que los deje ir... –La bestia pareció sonreír. – Quiere que ustedes sufran los horrores que están por venir.

Una niebla espesa y asfixiante comenzó a formarse a su alrededor. La serpiente miró hacia la luna cuya luz poco a poco comenzaba a ser cubierta por la bruma. –Sus pequeñas mentes ni siquiera pueden comprender lo que ocurrirá.

En la niebla comenzaron a oírse tenues risas de niños, luego se oyeron chapoteos. Pequeñas sombras iban y venían corriendo velozmente. Eran los espectros de los niños, envueltos en un frenesí. –Pronto desearán ser uno de mis niños... pero ustedes no tendrán esa suerte. Ellos fueron elegidos por mi señor... ellos estarán a su lado cuando la oscuridad lo consuma todo... ustedes solamente sufrirán. Desearán la muerte con desesperación, pero esta no les llegará. Verán como todo lo que han conocido es consumido. Verán a mi señor elevarse en lo alto...

Alan se acercó hasta la proa caminando lentamente. Pasó junto al viejo Jack quien estaba demasiado concentrado observando a la criatura como para percatarse.

– ¿Qué haces? Vuelve aquí. –Le dijo al niño cuando finalmente lo vio acercarse a la criatura.

– ¿Qué es esto? ¿Acaso implorarás piedad? –Dijo la serpiente acercando sus enormes fauces al niño. Su lengua reptiliana, increíblemente larga, salió de su boca y se extendió hasta el niño tocando su rostro con ella. Alan cayó de rodillas con sus brazos caídos al costado de su cuerpo y permaneció en silencio. – ¿Acaso el miedo te ha derrotado muchacho? –La serpiente abrió su enorme boca y la acercó hasta Alan. Su tamaño era descomunal. Con facilidad habría podido engullir al niño de un solo bocado. – ¿Suplicarás?

Alan aun sostenía la cruz en su mano apretándola con fuerza. Cuando la serpiente estuvo tan cerca como para sentir su aliento a muerte y putrefacción, el niño se levantó con una velocidad y destreza que ni siquiera él sabía que tenía. Empuñando el crucifijo como si fuera un

verdadero cuchillo, hundió su brazo en la boca de la bestia, metiendo la cruz hasta su garganta. La serpiente retrocedió retorciéndose en un dolor espantoso. De su boca comenzó a salir humo, como si aquel trozo de metal la estuviera quemando por dentro.

– ¡Nunca suplicaremos! –Gritó el muchacho.

La serpiente se retorció. Parecía toser con un sonido angustiante. Finalmente, la criatura escupió la cruz, la cual cayó a los pies del muchacho. Alan la volvió a tomar a pesar de que estaba cubierta por una sustancia negra y pegajosa.

El viejo Jack contempló la escena incrédulo. La bestia los observó llena de una furia asesina. – ¡Ustedes! ¡Ustedes pagarán por esto! ¡No me importa lo que mi señor haya ordenado! ¡Cuando la gran tormenta llegue, tú muchacho, tú serás al primero que busque! Te haré sufrir los dolores más espantosos. ¡Mataré a todos tus seres queridos y te obligaré a mirar, y luego, te mataré yo misma! Disfruta los días que te quedan... por que serán los últimos...

La serpiente se sumergió con violencia y luego todo quedó en calma. La niebla poco a poco comenzó a disiparse. Pero justo antes de desaparecer, dos pequeñas sombras permanecían observándolos. Parecían ser un niño y una niña. Luego su imagen comenzó a hacerse cada vez menos nítida hasta que finalmente desaparecieron junto a la bruma. El viejo Jack y Alan no pudieron distinguirlos con claridad, pero estaban seguros que eran Theo y Esperanza. Sus seres amados estaban allí, mirándolos, confiando en que podrían detener los horrores que se avecinaban.

## Capítulo 13

### capitulo 13

1

El regreso fue silencioso. Ninguno se atrevió a comentar sobre lo que presenciaron aquella noche. El día ya estaba fijado. Solo restaban noches para que el infierno se desatara. No sabían qué hacer. No podían siquiera pensar en cómo enfrentarían lo que estaba por venir. Las aguas del río estaban quietas, envueltas en una calma casi fantasmal.

Luego de dejar el bote amarrado, se sentaron en la arena y permanecieron contemplando el río. Todo lucía tan pacífico aquella noche. Estuvieron allí simplemente en silencio mientras el tiempo transcurría. Finalmente, cuando el horizonte comenzaba a tornarse ligeramente naranja se pusieron de pie y cada uno partió hacia su hogar. No hubo despedidas. No hubo palabras de aliento diciendo que todo estaría bien... solo hubo silencio. Mientras Alan se alejaba, volteó a ver al viejo Jack. El anciano había hecho lo mismo. Sus miradas se cruzaron por un segundo. Un simple gesto de asentimiento fue todo lo que hicieron y luego continuaron su marcha.

Cuando Alan se acercaba a su casa vio a su padre parado en la puerta trasera. En su rostro se dibujaba un profundo enojo, pero a Alan ni siquiera le importó. Pasó junto a él como si no estuviera allí. Su padre apretó su puño y se dispuso a golpearlo, después de todo, se había escapado en la oscuridad de la noche, sin embargo no lo hizo. Tampoco le preguntó dónde había estado. Se dio cuenta por la expresión de espanto de su hijo que algo no andaba bien.

–Luego hablaremos tú y yo. –Fue lo único que le dijo mientras Alan subía las escaleras hacia su cuarto.

Al entrar en su habitación sintió que sus piernas se aflojaban. Las sentía como si estuvieran hechas de arena. A duras penas se acostó en su cama. Su cuerpo entero temblaba como una hoja seca golpeada por los vientos de una tormenta. Era como si, en ese momento, el miedo había hecho su aparición. Las lágrimas comenzaron a emerger incontenibles. Permaneció llorando envuelto en las sábanas con su cuerpo en posición fetal, hasta que finalmente el cansancio lo venció y se quedó profundamente dormido.

Desde la puerta del cuarto, su padre permaneció observándolo. No dijo una palabra, ni siquiera se acercó a ver como estaba a pesar de verlo

temblar y llorar.

–Pronto lo entenderás hijo. –Susurró y luego se alejó, dejando a su hijo sumido en un profundo sueño.

2

El día fue pasando en la calma más absoluta. El viejo Jack permaneció la mayor parte del día acostado, mirando hacia las oxidadas chapas que conformaban el techo de su cabaña. No había podido dormir, sin embargo, no se había levantado siquiera para comer. Su mente era un torbellino de pensamientos. Finalmente, las sombras comenzaron a cubrir el interior de su morada cuando el sol comenzó a ocultarse. Cuando todo estuvo completamente oscuro, el anciano finalmente se levantó. Le dio un gran trago a la botella de whisky que descansaba sobre su mesa, y luego se dirigió hacia el exterior. Acomodó algunas ramas y pequeños troncos y encendió una fogata. Las sombras de los árboles se alargaron con el naranja intenso de las llamas. El anciano se sentó sobre un tronco caído y permaneció mirando las cripticas formas que se formaban en el fuego.

La noche lo cubrió todo con la oscuridad de su manto. Los sonidos de los animales del bosque se intensificaron y resonaban entre los árboles. El pavoroso canto de un gran búho se oyó en la copa de un pino junto a la casa. Al mirar, el anciano se encontró con los grandes ojos de aquella ave, completamente abiertos, mirándolos detenidamente.

– ¡Vete de aquí maldita ave! –Gritó mientras le arrojaba una rama. El ave emprendió el vuelo dando otro angustiando canto. Luego todo volvió a sumirse en un profundo silencio.

Mientras permanecía allí sentado, el anciano oyó unos pasos que se acercaban. El crujir de las ramas y hojas secas indicaban que algo se acercaba.

–Hoy has venido temprano muchacho. –Dijo pensando que se trataba de su joven amigo. Pero nadie respondió. Los pasos continuaban acercándose. El anciano se puso de pie. – ¿Quién anda ahí? –Preguntó, pero nuevamente no hubo respuesta.

El crujir de las hojas y ramas continuaba. Eran pasos lentos. Una pequeña sombra comenzó a observarse entre los árboles. Parecía ser la sombra de un niño. –Muchacho. ¿Eres tú? ¿Por qué no respondes? –Volvió a preguntar. En ese momento pensó que era el pequeño Alan. Quizás aún seguía aturdido por las horribles cosas que habían visto, pero pronto se percató que su visitante que no Alan.

De entre la oscuridad, iluminada por el naranja de las llamas de su fogata, el anciano vio aparecer una niña. Tenía un vestido celeste que le llegaba

más abajo que las rodillas, un calzado rosa y una cinta atada en sus cabellos. Cuando el viejo Jack vio el pálido rostro de la niña cayó de rodillas.

– ¿Papá? –Dijo la pequeña tímidamente.

El viejo Jack no podía hablar. Intentó ponerse de pie pero sus piernas no le respondían. Casi arrastrándose se acercó a la pequeña. Permaneció arrodillado frente a ella y, con sus arrugadas y lastimadas manos, tocó su pequeño rostro, bello como un amanecer. –Hi...Hi...Hija... –Balbuceó ahogado por las lágrimas que fluían como dos pequeños ríos desde sus ojos. – ¿Realmente eres tú?

La niña lo miró detenidamente. Parecía asustada y perdida, como si no entendiera donde estaba ni lo que estaba sucediendo. – ¿Por qué eres un anciano papá? –Preguntó la pequeña reconociendo el rostro tierno de su padre bajo esa pintura de arrugas y ojeras que se formaban sobre él.

La niña lo abrazó mientras comenzaba a llorar, tímida, frágil y asustada. –Quiero quedarme contigo papá. No quiero volver a irme a la oscuridad... le temo a la oscuridad. –Le dijo la pequeña Esperanza.

–No volveré a dejarte hija. Tú eres la razón por la que aún respiro.

Allí permanecieron abrazados junto al crepitar de las llamas. En lo alto, sobre la copa de un gran árbol, oculto por la oscuridad, el gran búho volvió a cantar.

3

Cuando Alan se despertó, el sol ya se había ocultado. Había dormido todo el día. Sus padres no lo habían despertado, ni siquiera para el almuerzo. Sinténdose mareado, se incorporó. Al mirar por la ventana de su cuarto, vio la luna brillando sobre los cultivos. Aún no había señales de nubes tormentosas. De pronto lo invadió la sensación de que aún había tiempo. No era demasiado tarde. Quizás el sacerdote podría ayudarlos. Quizás él y el viejo Jack podrían detener lo que se avecinaba.

Bajó corriendo las escaleras. Se dirigió a la cocina. Abrió la heladera y tomó un trozo de carne asada, luego tomó un pan e improvisó un sándwich. Comió rápidamente, mirando en todo momento hacia la luna, cuya luz se colaba por entre las cortinas flameantes de la ventana de la cocina.

Cuando terminó de comer, se dirigió a la puerta trasera. Salió dispuesto a marcharse. Caminó unos pasos cuando la luz del pórtico trasero se

encendió.

– ¿Dónde crees que vas? – Oyó la voz de su padre. Al voltear lo vio sentado en la silla mecedora. Su rostro, normalmente alegre, lucía ahora lleno de enojo y decepción.

Alan no supo que responder. Su padre se levantó y se acercó. Apoyó su mano sobre el hombro de su hijo y lo invitó a caminar. –No hemos hablado mucho tú y yo hijo, creo que este es el momento. Tu madre se ha ido a la casa de su hermana por unos días. Intentó despedirse, pero estabas profundamente dormido.

Una angustia terrible se apoderó de Alan en ese momento. Si el fin llegaría inevitablemente en dentro de tres noches, no podría ni siquiera despedirse de su madre.

– ¿Cuan... cuándo volverá? –Preguntó el niño tímidamente.

–Se ha ido por una semana. Tu tía Lili está muy enferma. Ella ha ido a cuidarla. Ya sabes cómo es... siempre yendo al rescate de todos. Pero... puede ser una buena oportunidad para pasar más tiempo como padre e hijo. ¿No te parece?

Alan asintió nervioso. No pudo evitar mirar en dirección al bosque. Sentía una urgente necesidad de marcharse, pero era su padre, no podía dejarlo así, sin explicación.

–Ahora bien. Quiero mostrarte algo. Acompáñame al granero.

Comenzaron a caminar en dirección al granero, el cual lucía sombrío y siniestro cubierto por las sombras de la noche. –Mira hijo. No voy a preguntarte donde has estado...

Alan simplemente agachó la cabeza, dirigiendo su mirada hacia el suelo.

–He estado esperando que me lo cuentes...–Continuó su padre. –Pero luego recordé que eres un Jones. A diferencia de tu madre, nosotros no somos muy afectivos, no decimos te quiero, no nos abrazamos, no hacemos ninguna de esas cosas cursis que hacen las demás familia. Los Jones, somos fríos, no expresamos nuestros sentimientos... pero de ninguna manera eso significa que no nos importa lo que le ocurre al otro. Todo lo contrario. Por ello, es que nunca te he dicho de lo orgulloso que estoy de ti, del niño que eres ahora, y del hombre en el que te convertirás.

Se detuvieron frente a las puertas del granero. Allí, en la oscuridad, parecía la boca de una horrenda criatura, el lugar donde se escondería un



asesino en serie.

–Papá... ¿Qué hacemos aquí? –Preguntó Alan temeroso.

–No temas hijo. Entremos.

El señor Jones abrió las puertas del granero que chirriaron, emitiendo un sonido similar al lamento de un animal herido. Al entrar, encendió las luces amarillentas y tenues.

–Verás hijo. Sé por qué te quieres marchar del pueblo. San Antonio no es la gran cosa. Es un pueblo pequeño, lleno de gente ignorante y supersticiosa. No hay posibilidad de progresar aquí. Aquí nunca serás famoso, ni siquiera importante... sin embargo, es el lugar donde nuestra familia ha vivido desde siempre. Es por eso que esperaba que tú continuaras esa tradición. Estas tierras no pueden ser abandonadas.

–Lo entiendo. –Respondió Alan. –Entiendo por qué es importante para ti.

–No. Realmente no lo entiendes. Quiero que veas algo... algo que nunca te he mostrado. Algo que nunca le he dicho a nadie... ni siquiera a tu madre.

El señor Jones corrió una pila de cajones con verduras. Allí en el piso de madera había una pequeña puerta. Alan la había visto muchas veces, siempre estuvo cerrada con gruesas cadenas y un robusto candado. Su padre les había advertido a él y a su hermano que jamás debían entrar allí. Que era muy peligroso y que allí no había más que basura, arañas y ratas.

–Este sótano fue construido por tu abuelo cuando yo era niño. No he entrado aquí en mucho tiempo. A decir verdad, no he entrado aquí desde que era niño. Demás está decir que este lugar me da escalofríos. Tu abuelo... era un tipo severo... Cuando nos portábamos mal... bueno... él nos encerraba aquí como castigo. Al cerrarse esa puerta, el interior es tan oscuro que no alcanzas a verte las palmas de las manos frente a tu rostro.

Alan tragó saliva. – ¿Vas a castigarme? –Preguntó.

Su padre solo sonrió. Sacó de su bolsillo una oxidada llave y con ella abrió el candado. Luego se dirigió hacia unas cajas que descansaban contra la pared del granero y buscó una linterna. La encendió. Luego abrió la puerta del sótano. Un profundo hedor a humedad y una nube de polvo cubrieron todo el lugar.

–Esto huele muy mal. –Dijo el señor Jones. –No es ninguna sorpresa... ha pasado cerrado casi medio siglo. Sígueme. Solo ten cuidado con los

escalones. La madera debe estar podrida.

Bajaron lentamente. Allí dentro, la luz de la linterna iluminó un conjunto de viejas cajas que proyectaron tétricas sombras sobre las paredes enmohecidas. De las vigas de madera que servían de soporte para el piso del granero, colgaban oxidadas sierras, picos, palas y machetes, todos ellos cubiertos por años de gruesas telarañas.

El piso de tierra estaba completamente cubierto de un lodo verdoso y maloliente.

– ¿Qué hacemos aquí papá? –Preguntó Alan, sin poder esconder su miedo.

–Solo quiero mostrarte algo hijo. Quiero que entiendas el por qué no debemos irnos de esta tierra. Acércate y lo comprenderás.

Alan dio un vistazo hacia la puerta... hacia la seguridad del exterior, pero luego siguió a su padre más adentro del sótano.

Caminaron en silencio hacia el fondo mismo del sótano. La respiración de Alan se iba agitando cada vez más. No sabía el por qué, pero el miedo comenzó a invadirlo. Al llegar, se encontraron con una pequeña mesa de madera. Sobre ella, había un viejo álbum de fotografías, completamente cubierto por una capa de polvo.

–Sostén la linterna hijo. –Dijo el señor Jones mientras tomaba el viejo álbum entre sus manos.

Alan tomó la linterna e iluminó hacia su padre, quien comenzó a hojear entre las viejas fotos amarillentas.

–Podría seguirte diciendo que he tenido una infancia normal como lo he hecho hasta ahora. Podría seguirte diciendo lo bueno que ha sido mi padre. Podría seguir mintiéndote, pero creo que es hora de que sepas la verdad...–El señor Jones se detuvo y tomó una de las fotografías. Estaba en blanco y negro, con los extremos rotos. Allí había un hombre joven, que Alan pudo reconocer como su difunto abuelo, y junto a él había dos niños.

–Te preguntarás quiénes son estos niños.

Alan no respondió, simplemente se limitó a observar detenidamente la fotografía.

–Pues el niño de la izquierda, ese soy yo. –Dijo el señor Jones. Luego hizo una pausa y permaneció observando hacia el otro niño. Aquel niño

era más pequeño. No tendría más de seis años.

–Papá... ¿Quién es el otro niño?

–El otro niño era... era mi hermano. Alan. Tú fuiste nombrado como él.

– ¿Por qué nunca hemos sabido nada de él?

El señor Jones se secó una lágrima que comenzaba a caer por su regordete rostro.

–Cuando tu abuelo compró estas tierras... yo solo tenía 5 años. Apenas lo recuerdo. Cuando nos mudamos, esto no era más que un lodazal maloliente, cubierto de malezas y bosques. Mi padre trabajó arduamente. Construyó una pequeña casa de madera donde vivíamos. Era precaria. Cuando llovía el agua se colaba por todas partes. El dinero escaseaba. Había días que ni siquiera había algo que llevar a la boca. Fueron momentos muy duros. Tu abuelo trabajaba de sol a sol... sin embargo nada crecía. Era como si la tierra estuviera maldita. Ninguna de las semillas que plantó... ni siquiera una... ninguna creció. La desesperación comenzó a apoderarse de él. Había días que tenía una extraña mirada en su rostro. Se volvió irascible. Mi madre y yo pagamos el precio. Una y otra vez descargaba su frustración golpeándonos hasta que se cansaba. Entonces, una noche en la que estaba especialmente enojado, luego de golpearnos, tomó su revólver y salió hacia la oscuridad de los campos. Recuerdo pensar que esa era la última vez que lo vería. Pero el regresó... regresó con una sonrisa en su rostro. No supe lo que había sucedido aquella noche sino hasta muchos años después...

Nuevamente el señor Jones permaneció en silencio. – ¿Qué sucedió esa noche? –Preguntó Alan finalmente.

–Aquella noche... algo le fue revelado. Desde ese día... todo pareció mejorar. Los cultivos comenzaron a crecer fuertes y en grandes cantidades. Mi padre dejó de ser el hombre enojado con la vida en el cual se había convertido. Poco a poco el dinero comenzó a llegar con la venta de los vegetales. Construimos esta casa. Luego el granero. Hasta que luego de un año... llegó mi hermano a nuestras vidas. Mi padre lo esperaba con ansias. Era como si supiera que llegaría aun antes que mi madre estuviera embarazada. Y allí todo volvió a cambiar. Mi hermano se convirtió en el preferido de mi padre. Tenía una profunda alegría en su mirada cada vez que lo veía. Los años fueron pasando. Cuando mi hermano cumplió seis, comenzó a ayudarnos en las plantaciones. Como sabrás, nunca he ido a la escuela. Toda mi infancia fue de trabajo. Mi padre siempre nos decía lo importante que era esta tierra... que estaría dispuesto a hacer grandes sacrificios para conservarla.

–Acaso... ¿Ese sacrificio fue tu hermano?

El señor Jones se secó otra lágrima que brillaba sobre el contorno de su ojo derecho. –Me tomó tiempo asimilarlo. Nunca se lo perdoné... aún me da escalofríos cada vez que lo recuerdo. Aquella noche, mientras mi hermano y yo dormíamos en nuestra habitación... mi padre entró de repente. Despertó a Alan con brusquedad y lo tomó del brazo, jalándolo hacia afuera. Recuerdo despertar al oír los gritos de mi hermano pidiendo que se detuviera. Corrí tras ellos. Pasé junto a la habitación de mi madre. Ella dormía profundamente. Intenté despertarla, pero no respondía. Corrí tras ellos, sujeté a mi hermano, jalándolo, intentaba que mi padre lo soltara. Entonces mi padre me golpeó en el rostro, tan fuerte que caí inconsciente. Cuando desperté ellos ya no estaban. Corrí a ciegas, tropezando y cayendo, mientras gritaba el nombre de mi hermano. Finalmente, lo escuché gritar pidiendo ayuda. Corrí lo más rápido que pude hasta que llegué a la costa del río. Allí estaba mi padre de rodillas. Con ambas manos sujetaba a mi pequeño hermano. Lo sujetaba con tanta fuerza... Dios... era como si mi padre no fuera mi padre... como si fuera otra persona... alguien que realmente odiaba a ese niño que suplicaba que no lo lastimasen.

–Entonces... ¿Ella se lo llevó? –Preguntó Alan.

Su padre ni siquiera se sorprendió que su hijo supiera de la criatura. Era como si siempre lo hubiera sabido. –En efecto... horrorizado vi como una enorme serpiente emergía de las aguas. Grité horrorizado, rogué que mi padre lo soltara. Corrí hacia ellos, pero cuando me estaba acercando, la serpiente abrió sus fauces y se engulló a mi hermano. Todavía recuerdo la expresión de miedo en su rostro... el dolor... la traición de su inocencia. La serpiente desapareció entre las aguas llevándose a Alan con ella. –El señor Jones esbozó una pequeña sonrisa. –A veces es gracioso los pequeños detalles que se recuerdan... recuerdo que del susto me había orinado encima y también recuerdo pensar que no quería que mi padre se diera cuenta. Acaba de ver como sacrificaba a mi hermano y aun así no quería decepcionarlo...

Alan dio un paso hacia atrás. Algo en su padre le hizo sentir un miedo repentino y abrumador.

–Mi padre se acercó. Me tomó del hombro y me dijo “tenía que hacerse hijo”. Aun sin entenderlo, solamente pude asentir. Fue a allí que me lo contó todo. Me contó lo que le ocurrió aquella lejana noche en la que salió de la casa dispuesto a volarse la tapa de los sesos. Allí, arrodillado en medio de los cultivos, puso el cañón del arma en su boca. Su dedo temblaba sobre el gatillo. Cerró los ojos con fuerza convencido que ese era el final... pero fue en ese momento, que escuchó su llamado. Allí, entre la angustiante soledad de la noche... él le habló... le dijo lo que sucedería. Le mostró el futuro de su descendencia... le ofreció grandes

cosas, pero a la vez le pidió un sacrificio para mostrar su lealtad.

– ¡Le pidió que matara a su propio hijo! –Gritó Alan con enojo.

–Las grandes recompensas tienen sus grandes sacrificios... siempre ha sido así... desde el inicio de los tiempos. ¿Acaso la biblia no dice como Dios le pidió a Abraham que sacrifique a Isaac? Pensé que ese tonto sacerdote te había enseñado algo.

Alan hizo un gesto de sorpresa.

–Así es hijo... ¿Crees que no me he dado cuenta de que te escapas todas las noches? ¿Qué no te he visto ir a hablar con ese sacerdote senil? Yo lo sé todo. Simplemente te he dejado... quería que descubrieras todo por tu cuenta... que aprecies con tus propios ojos todo su poder.

–Entonces... tú... ¡mataste a tu propio hijo al igual que tu padre!

El señor Jones miró nuevamente hacia la foto de su hermano. –Es algo que debía hacerse. No quise aceptarlo hasta que recibí el llamado... entonces no pude evitarlo. Verás mi padre fue el primero de ellos...

Alan retrocedió hasta chocar contra una columna de madera. Sobre ella colgaba una tela que le rosó el cuello causándole escalofríos. Cuando Alan se dio vuelta para ver de qué se trataba, quedó horrorizado. Allí, colgando de un clavo oxidado, había una túnica. ¡La misma túnica que usaban los siervos de las sombras!

–Él fue el primero. Yo debía seguir sus pasos. Luche muchos años contra ello. Intente resistirme, pero al final, al recibir su llamado no pude evitarlo.

– ¡Eres un maldito! ¡Mataste a Theo! ¡A tu propio hijo! –Gritó Alan furioso mientras apretaba su puño con furia.

–Te he dejado saber la verdad. Ahora, cerca del final... el señor oscuro nos mantendrá a salvo. Estaremos a su lado cuando la oscuridad lo cubra todo. Tú y yo hijo. Él me lo ha mostrado. Es por ello que no puedo dejar que sigas entrometiéndote. Ni tú ni ese anciano podrán evitar lo que se aproxima.

Alan intentó correr hacia la salida. Lo intentó...pero su padre se movió con una velocidad increíblemente rápida para su robusto cuerpo. Lo sujetó con fuerza y lo empujó haciéndolo caer en el suelo cubierto del maloliente lodo.

-Lo siento hijo. No puedo dejar que te vayas.

-Déjame ir... ¡eres un monstruo!

-Créeme, esto me duele en el fondo del alma, pero deberás permanecer aquí hasta la noche de la gran tormenta, luego estaremos juntos frente al señor de las sombras.

El señor Jones se dirigió hacia las escaleras de la salida. Las subió rápidamente y cerró la puerta tras de sí. Horrorizado, Alan escuchó el sonido de las cadenas y del viejo candado siendo colocados nuevamente para retenerlo en aquella prisión subterránea.

El niño, aterrado en aquella oscuridad insondable, gritó sin parar. Golpeó la puerta una y otra vez, hasta que finalmente cayó de rodillas, llorando amargamente. Su mundo entero estaba destruido. Todo lo que había querido alguna vez había sido una mentira.

## Capítulo 14

### capitulo 14

1

El horrible canto del búho volvió a escucharse afuera de la cabaña del viejo Jack. Una suave brisa soplabá trayendo alivio luego de un día de intenso calor veraniego. Pero nada de esto importaba. Ni siquiera la idea de que todo terminaría en unos días. Lo único que le importaba al anciano, era que, luego de más de cuarenta años de una búsqueda desesperada y angustiante, al fin tenía frente a él a su amada Esperanza. Ni siquiera se preguntó cómo era esto posible, simplemente se limitó a cerrar su mente a todo cuestionamiento y a llorar de una alegría que lo desbordaba.

El anciano había encendido la vieja cocina a leña en el interior de la cabaña. Buscó entre las cosas de la cocina y encontró los ingredientes necesarios para preparar una deliciosa sopa. No tenía ningún tipo de carne que agregarle, pero sí verduras, patatas y arroz. Cuando estuvo lista, la sirvió en dos platos. Se acomodó en el suelo junto a su hija y le alcanzó uno de los platos humeantes. La niña observó la comida por un instante y luego procedió a introducir una cucharada en su boca. Su rostro se iluminó. Una repentina sonrisa se dibujó de un extremo a otro de su rostro. Parecía tener la alegría de un hombre sediento que encuentra agua en el desierto y la bebe con emoción desenfrenada. La pequeña esperanza come rápidamente la sopa a pesar de lo caliente que estaba.

–Despacio hija. No vayas a quemarte. –Dijo el viejo Jack esbozando una sonrisa paternal.

La niña lo miró y volvió a sonreír. –Está delicioso papá. –Le dijo cuándo el plato estuvo completamente vacío. Su padre se levantó y volvió a servirle. La niña volvió a devorarlo todo tan rápido como un animal hambriento. –Lo siento. Tengo mucha hambre. –Se disculpó apenada.

–No tienes que pedir disculpas hija. No has comido una comida en mucho tiempo. –La voz del viejo Jack se quebró por un momento. –Pero ahora... ahora ya has vuelto conmigo. No dejaré que nunca te falte el alimento... no dejaré que vuelvan a separarte de mi lado.

–Papá... ¿Cuánto tiempo ha pasado?

El anciano permaneció en silencio durante unos momentos. No lograba encontrar las palabras para contestarle a su hija. –Bueno...–Dijo finalmente. –Ha pasado demasiado tiempo. Ha pasado toda una vida. Pero quiero que sepas... que nunca he dejado de buscarte. Nunca perdí la

esperanza de volver a verte.

–Lo sé papá. Te he visto. Te he oído llamarme. Pero yo estaba en un lugar lejano, oscuro. No podía acercarme a ti. Quería correr hacia ti pero no podía. Solo eras una figura lejana que se desvanecía. –Las lágrimas comenzaron a derramarse por su pálido rostro. Brillaban como pequeños diamantes mientras se desplazaban por sus mejillas reseca.

–Lo importante es que estas aquí hija. Después de todo este tiempo, finalmente estamos juntos, y eso es todo lo que siempre he deseado. Te he extrañado cada día de mi vida. –El viajo Jack cruzó su largo brazo por sobre el hombro de la niña. Esperanza se inclinó sobre el pecho de su padre y así permanecieron hasta que ambos se quedaron dormidos. Afuera, oculto por las sombras, el búho volvió a cantar de manera espeluznante.

2

El fuerte silbido del viento colándose por entre las maderas de la vieja cabaña despertó al viejo Jack. Miró hacia su costado y se alarmó al ver que su hija ya no estaba. Pensó por un instante aterrador que quizás todo había sido un sueño. Miró hacia el costado. Allí estaban los dos platos con algunos granos de arroz todavía adheridos en ellos. No es posible que haya sido un sueño. Su hija realmente había estado allí.

Se incorporó rápidamente y comenzó a llamarla. – ¡Esperanza! –Gritó una y otra vez desesperado. – ¡Esperanza!

El tenue fuego de la cocina a leña se había apagado por completo dejando la casa totalmente a oscuras. Solo podía verse la amarillenta luz de la luna penetrando entre las telas maltrechas que hacían las veces de cortina. Desesperado, el viajo Jack salió al exterior. Tropezó con una tabla salida del piso del pórtico y cayó pesadamente. Pronto sintió la calidez de la sangre fluyendo por su mano. Un clavo salido le había rasgado la carne de extremos a extremo.

– ¡Esperanza! ¡Esperanza! – Gritó nuevamente sin obtener respuesta. La desesperación le formaba un nudo en la garganta que parecía que lo estrangularía de un momento a otro.

Entonces, a lo lejos vio una pequeña figura. Parada en el extremo del sendero que se introducía hacia lo profundo del bosque, allí, estaba la pequeña Esperanza. Parecía estar perdida. Miraba hacia todas direcciones, como si buscara algo que se le hubiera perdido.

– ¡Hijai ¿Qué haces? Vuelve aquí por favor. –La llamó el anciano aun desde el suelo, pero la pequeña ni siquiera volteó a mirarlo. Era como si, en ese momento, algo mucho más importante que su propio padre



estuviera allí llamándola.

El anciano se arrastró unos metros. El dolor que le había provocado la caída era intenso. La sangre continuaba fluyendo desde su mano. Las rojas gotas salpicaron las hojas secas que cubrían el suelo del bosque. Como pudo, se levantó y se dirigió hacia su hija. Tardó unos segundos que parecieron interminables hasta que finalmente estuvo junto a ella.

La tomó de los hombros y la llamó. –Esperanza. Por favor mírame. –Le suplicó, pero su hija continuaba mirando hacia el bosque, hacía la oscuridad.

– ¡Por favor hija! ¡Tienes que reaccionar! –Le dijo elevando el tono de voz mientras la sujetaba con más fuerza.

Entonces, la niña dejó de mirar hacia la oscuridad y miró directamente hacia los ojos de su padre. Fue en ese momento que el viejo Jack comprendió que lo que tenía frente a él ya no era su hija. Su rostro angelical se había convertido nuevamente en el rostro grisáceo de un espectro. Sus bellos ojos ya no resplandecían llenos de inocencia, en su lugar se volvieron oscuros, carentes de todo rasgo de vida. Una macabra sonrisa se dibujó en el rostro de la pequeña mientras su padre la continuaba sujetando. El anciano sintió como su corazón se partía en mil pedazos. Tenía a su hija entre sus manos, sin embargo, no podía hacer nada para salvarla.

– No puedes salvarla anciano. – Dijo Esperanza, pero su voz ya no era la de una dulce niña. Su voz se había convertido en algo cavernoso y lejano. El anciano pudo distinguir a la criatura hablando a través de los labios de su hija. La madre del agua estaba allí, burlándose de su desgracia.

– ¡Maldita! Solo déjala ir... por favor... déjala ir... haz lo que quieras conmigo, pero por favor... déjala ir. – Le suplicó el anciano, pero la niña comenzó a reírse de manera macabra.

– No puedo hacerlo. – Contestó la niña que ya tenía el aspecto de un espectro. Su vestido se había convertido en harapos roídos y despintados. Su piel se volvía cada vez más oscura, y un aliento putrefacto comenzaba a emanar de su pequeña noca. – Sin embargo... anciano. Has sido testigo de la misericordia del señor de las sombras. Has podido ver a tu hija una última vez. ¿Acaso no era eso lo que tanto añorabas? ¿No era eso lo que te impulsaba a surcar el río noche tras noche?

–Por favor déjala...– Volvió a suplicar con un hilo de lágrimas fluyendo desde sus ojos desolados. –Es solo una niña. Déjala ir...

–No es solo una niña... ahora es una sirvienta del señor de las sombras.

La pequeña sujetó las manos del anciano y, con una enorme fuerza las quitó de sus hombros. El hombre cayó abatido, temblando de impotencia y desesperación.

–Pero... ya has sido testigo de la piedad de mi señor. –Continuó la niña mientras caminaba alrededor de su padre. – ¿Quieres a tu hija? El señor de las sombras te la puede dar. Solo tienes que unirme a él.

El viejo Jack comenzó a llorar desconsoladamente, como si de un chiquillo asustado se tratara. –Por favor... solo déjala ir. –Volvió a suplicar.

–El fin se acerca anciano. Es inevitable. Pero tú y tu pequeña podrían estar a salvo. Podrían servir por toda la eternidad junto a mi señor. Solo debes entregarte a él. Debes jurar servirlo... y debes hacer un sacrificio en su honor. Cuando lo hagas... tu hija estará contigo.

– ¿Quieres que seamos unos espectros vagando en la oscuridad eterna? ¿Qué clase de padre condenaría a su hija a vivir semejante tortura sin luchar por ella?

– ¿Acaso aun no te has dado cuenta? No puedes luchar. Lo has intentado toda tu vida. Nadie puede luchar contra el señor de las sombras. Ya no te queda tiempo... o te unes a él esta noche o muere. Tu no verás el final de todo... tu morirás en un horrible agonía sabiendo que no has podido hacer nada para salvarla, a menos que aceptes al señor.

El anciano permaneció en silencio, de rodillas con las manos apoyadas en el suelo cubierto de hojas secas. Las gotas de lágrimas caían sobre ellas y se mezclaban con la sangre que aun fluía desde su herida abierta. –No lo haré... no haré un pacto con el diablo. Ya conozco como terminan... no hay manera de que me una a él y no hay manera de que condene a mi niña a vivir una eternidad en la oscuridad. –El viejo Jack se puso de pie. Sentía que sus piernas estaban hechas de una endeble masa gelatinosa, pero aun así, se puso de pie y miró fijamente a los ojos negros del espectro de su hija. –No condenaré a mi hija... y no permitiré que el fin llegue. Sé que podemos detenerlo. Solo debemos acabar contigo maldita criatura. –El anciano sonrió tenuemente. Sus ojos parecían resplandecer en una ira absoluta.

–Has hecho tu elección anciano. –Respondió la criatura hablando desde el cuerpo de la niña. –Morirás esta noche. No hay nada que puedas hacer.

–Aunque yo muera... el muchacho te hará frente. Sé que él salvará a mi pequeña.

El espectro sonrió. –Me sorprende que tengas fe en un niño, pero lamento decirte que él tampoco podrá ayudarlos. Aunque el señor me ha dicho que tiene planes para él, yo no permitiré que viva. Aquel niño será la primera alma que recolecte la noche de la gran tormenta. Será uno de mis espectros. Sufrirá por siempre en la oscuridad infinita. Y tú mi querido anciano... morirás sabiendo que tu hija y tu pequeño amigo vivirán una tortura eterna mucho peor que la muerte.

Una fuerte ráfaga de viento sopló en ese momento arrojando hojas secas en el rostro del anciano impidiéndole ver por unos instantes. Cuando el viento cesó, el anciano se encontró nuevamente solo, parado en aquella impenetrable oscuridad, mientras, desde arriba de las copas de los árboles, el enorme búho lo observaba con sus ojos amarillentos, grandes como platos.

3

Sintiéndose completamente destruido por dentro, el viejo Jack volvió a entrar a la cabaña. Su cuerpo le dolía tanto como su alma. Tomó un par de leños y volvió a encender la cocina a leña. Calentó agua y se preparó un té mientras observaba por la ventana la siniestra forma de la luna que se asomaba por entre las oscuras nubes. Una horrible certidumbre se apoderó de él en ese momento. Moriría aquella noche en aquella vieja cabaña, completamente solo.

Mientras bebía su taza de té caliente, vinieron a su cansada mente todo tipo de recuerdos. Recuerdos de su familia, la sonrisa de su esposa, la mirada dulce de su hija, y también vino a su mente, la imagen de Alan. Estaban sentados juntos en el viejo bote, mirando como el sol se desvanecía en el horizonte. Alan, el primer amigo que había tenido en largos años. Alguien que compartía su dolor, su búsqueda.

El anciano buscó entre unas viejas cajas cubiertas de telarañas y polvo hasta que encontró una hoja de papel y un trozo de lápiz. Se sentó. Apoyó el papel sobre la mesa y comenzó a escribir. Cuando terminó se dio cuenta que una gota de sangre que cayó de su mano había manchado el amarillento papel, pero no le importó. Había escrito una carta para su único amigo. La había escrito porque sabía que el fin estaba próximo. Lo podía sentir. Sentía esa sensación de asfixia que siente un moribundo. Tomando la taza de té nuevamente entre sus manos, se dirigió hacia la puerta de la cabaña. Salió al exterior y se sentó en el suelo. A lo lejos, entre los árboles, pudo ver a su destino acercarse.

Mientras daba el último sorbo a su bebida, no pudo evitar pensar en lo deliciosa que estaba. Pensó que quizás, de haber bebido más té y menos alcohol, su vida hubiera sido diferente, pero de todas formas, eso ya no importaba. Por el bosque se acercaban desde todas direcciones, antorchas encendidas. El anciano pudo contar diez. Apoyó la taza vacía en el suelo y

se puso de pie. Miró a los encapuchados acercarse con su mirada desafiante.

Pronto aquellas personas, vestidas como monjes medievales, lo habían rodeado. El naranja de las antorchas iluminó al anciano y proyectaron su sombra larga y delgada sobre la desgastada pared de la cabaña.

–Entonces... así es como termina. –Dijo el anciano mirándolos fijamente.

–La muerte no será el final para ti. –Le dijo uno de los hombres. El viejo Jack lo reconoció como el que sostenía el libro en el viejo cementerio. Era robusto y alto. Más grande que los demás. –Tú que has rechazado servir a nuestro señor... lo harás de todas formas. Aún en tu muerte, tendrás la dicha de servir a sus propósitos.

Uno de los encapuchados se acercó al anciano dispuesto a sujetarlo. El viejo Jack parecía indefenso, completamente derrotado. Cuando el hombre se acercó lo suficiente, el viejo Jack levantó su puño y lo golpeó en el rostro de manera sorpresiva y rápida. El hombre cayó hacia atrás sujetándose la nariz. En su mano podía verse la sangre que caía desde sus fosas nasales.

Otros dos hombres se abalanzaron sobre él. El viejo Jack retrocedió un paso. Cuando uno de los hombres intentó sujetarlo, él lo tomó del cuello en un rápido movimiento y lo lanzó hacia el suelo. El siguiente, le lanzó un puñetazo en la mandíbula. El anciano pudo ver estrellas formándose ante su vista producto del impacto. Retrocedió unos pasos.

–Golpeas como una niña. –Le dijo al hombre que volvía a avanzar sobre él. En ese momento, el viejo Jack comprendió que aquellos hombres, no eran más que personas comunes. Personas que vivían vidas tranquilas y apacibles. No sabían pelear. No eran más que personas ordinarias atrapadas en las garras de su señor de las sombras.

Cuando el hombre se acercó, el anciano lo golpeó con todas sus fuerzas. Sus huesudos nudillos impactaron de lleno sobre el ojo derecho del hombre. Luego le dio otro certero golpe en la mandíbula, haciéndolo caer gritando de dolor.

Los demás hombres comenzaron a acercarse, cerrando cada vez más el círculo que formaban a su alrededor. El anciano continuó luchando como un fiero endemoniado. Uno a uno los iba a golpeando a medida que se acercaban, pero pronto comenzó a sentirse cansado. Sus piernas temblaban como palillos. Sus nudillos sangraban profusamente. Apenas podía mantenerse en pie mientras los golpes de sus atacantes comenzaban a impactar en todo su cuerpo.

Uno de aquellos hombres le dio un certero golpe en su espalda. El anciano sintió como si algo se rompiera. Sin poder evitarlo, cayó de rodillas. Allí fue cuando sintió un fuerte puñetazo en el rostro que lo hizo desplomarse. Pronto comenzó a sentir una verdadera tormenta de patadas y puñetazos golpeando todo su cuerpo. Sintió la sangre salir de su boca a borbotones, casi impidiéndole respirar.

–Basta. –Finalmente ordenó el hombre más robusto. –Pónganlo de rodillas.

Los hombres levantaron al viajero Jack, quien apenas permanecía consciente. Su cuerpo estaba completamente golpeado y cubierto de sangre que salía de todas partes. Su ojo derecho estaba cerrado, completamente hinchado por un golpe, y su ojo izquierdo apenas permanecía abierto mientras un hilo de sangre corría por su párpado.

El hombre más robusto se acercó. Apoyó su rodilla derecha en el suelo mientras flexionaba la otra, quedando a la altura del viejo Jack. Se quitó la capucha lentamente revelando su rostro. La sorpresa para el anciano fue mayúscula. Allí frente a él, estaba el padre de Alan. No lo conocía bien, pero indudablemente era él. El pueblo es pequeño, y al ir a comprar su bebida, se lo había cruzado muchas veces. Su inconfundible rostro regordete, en apariencia amable, estaba allí, liderando una secta de psicópatas.

– ¿Qué has hecho con él? –Preguntó angustiado el anciano. Después de todo, aquella noche Alan no se había presentado. Pensó que lo haría, pero no lo había hecho.

–No te preocupes por mi hijo. Yo estaría más preocupado por lo que va a sucederte a ti. –Le respondió el señor Jones. –Has tenido la oportunidad de estar junto a tu hija, ver el nuevo reino que llegará. Has rechazado la infinita piedad del señor de las sombras, y por eso ahora deberás morir.

El viejo Jack sintió un repentino dolor en el pecho. Al bajar la mirada, vio el reflejo de la afilada hoja de un puñal penetrando su carne, justo a la altura de su corazón. En ese momento sintió como la vida se le escapaba de su cuerpo, mientras la sangre brotaba como una vertiente desde su pecho. Todo comenzó a volverse negro para él. Lo último que vio, fue el rostro del señor Jones quien lo miraba fijamente con una mezcla de pena y satisfacción impregnada en sus ojos.

El anciano ya no pudo hacer nada. Su cuerpo cayó inerte golpeando contra el suelo, mientras la sangre formaba un gran charco a su alrededor. Así terminó la vida del viejo Jack aquella amarga noche de verano. Desde lo alturas, oculto por las sombras, el búho, el ave de la muerte, volvió a cantar satisfecha.

## Capítulo 15

### CAPITULO 15

1

Cuando Alan despertó, no pudo ver más que oscuridad a su alrededor. Estaba recostado contra la húmeda pared de aquel sótano. Había gritado y golpeado aquella puerta que lo encerraba toda la noche, hasta que, finalmente cayó exhausto, quedando profundamente dormido. Su padre no había regresado. Afuera, pudo oír el canto del viejo gallo que le indicaba que ya estaba amaneciendo.

Un tenue hilo de luz apareció entre las viejas tablas que formaban el piso del granero, permitiendo que el niño pudiera observar lo que tenía a su alrededor. El hedor era espantoso y asfixiante. Intentó nuevamente empujar la puerta, pero pronto se dio cuenta que era inútil y cayó rendido. Las horas fueron pasando en el interior de aquella oscuridad profunda. Comenzó a sentir mucha hambre, luego mucha sed. No tardó en sentirse claustrofóbico. Le faltaba el aire mientras su desesperación aumentaba a medida que pasaba el tiempo.

– ¡Papá! –Llamó inútilmente. – ¡Sácame de aquí! –Pero sus súplicas no tuvieron respuesta alguna. Finalmente, sintiendo que sus fuerzas se le escapaban, cayó dormido profundamente.

Nuevamente, el canto del gallo lo despertó. Había pasado más de un día allí encerrado. Sus labios estaban resecos por la sed. Hacía demasiado calor allí abajo donde el aire no corría. Alan comenzó a llorar desesperado. Luego comenzó a golpear nuevamente aquella puerta, pero solo podía oír el sonido de la cadena golpeando contra el candado que lo mantenía cautivo.

Luego de desesperante horas volvió a rendirse. Permaneció sentado en la oscuridad con la mirada perdida hacia la nada misma. En esos momentos, vino a su mente el rostro de su hermano. Recordó una de esas tardes otoñales, sentados en un viejo tronco caído mientras observaban el sol descendiendo más allá de los campos. –Lo siento hermano. Te he fallado. –Susurró hacia la oscuridad. En su mente, la imagen de su hermano sentado junto a él se desvaneció. En su lugar, vio a Theo vestido con su impermeable verde aquella noche tormentosa. Estaba junto a la puerta trasera, dispuesto a ir a ayudar a su padre.

–Por favor quédate. –Suplicó Alan. Pero su hermano abrió la puerta. Una potente cortina de lluvia lo golpeó en ese momento, sin embargo,

Theo salió, internándose en la oscuridad de la noche.

Entonces, Alan, por primera vez pudo ver lo que le sucedió a su hermano aquella noche. En su mente lo vio caminando hacia el viejo granero. Lo vio avanzando a duras penas mientras el viento y la lluvia golpeaban su pequeño cuerpo sin piedad. – ¡Papá! –Lo escuchó llamar. – ¡Papá! ¿Dónde estás?

La tormenta se había desatado hacia algunas horas y el agua ya empezaba a cubrirlo todo. La luz de los rayos iluminó el campo que estaba completamente anegado. El agua le llegaba hasta sus rodillas, sobrepasando la altura de las botas de goma que llevaba puesto aquella noche.

Theo caminaba decididamente hacia el granero, sin embargo, algo llamó su atención. Desde el corral que estaba detrás de la casa, oyó a un ternero llorar. Se dirigió hacia allí. Pensó que quizás el animal había quedado atrapado mientras las aguas comenzaban a subir. Al llegar al corral, lo abrió, pero allí no había nada. Ningún animal estaba allí. Pensó que quizás su padre ya lo había liberado.

El corral estaba completamente inundado con las oscuras aguas que llegaban desde el río mismo. El viento rugía con fuerza aquella noche, pero aun así, por sobre el terrible bramido de la tormenta, Theo escuchó algo más mientras emprendía su camino nuevamente hacia el granero donde pensaba que lo esperaba su padre. Escuchó como si algo enorme dentro del corral se levantara y golpeará el agua. Se dio vuelta rápidamente esperando ver a un ternero luchando por no ahogarse, pero en su lugar vio una enorme y alargada cola estirándose por encima del agua y cayendo pesadamente.

Aterrado, Theo permaneció inmóvil. Lo que siguió a continuación, fue solo la indescriptible sensación de que algo horroroso e incomprensible para su mente infantil se acercaba hacia él. Pudo ver como una larga estela se formaba en las oscuras aguas, acercándose lentamente. En un estado de miedo absoluto, el pequeño permaneció sin reaccionar, mientras aquella estela estaba a apenas unos metros de distancia. Fue entonces, que los dorados ojos de la criatura emergieron.

Theo gritó horrorizado. Sus delgadas piernas al fin reaccionaron y comenzó a correr hacia la seguridad del cercano granero.

– ¡Papá! ¡Ayúdame! –Gritaba desesperado mientras oía detrás de él a aquella bestia desconocida acortando distancia. – ¡Papá!

Mientras corría, Theo sentía como el agua le dificultaba cada vez avanzar. Ahora, mientras se acercaba al granero, el agua le alcanzaba hasta la cintura. Miró hacia la puerta del granero que se elevaba por sobre las

aguas, sobre una pequeña colina. Estaba tan cerca. Tan solo unos metros más.

Volvió a mirar hacia atrás. Allí todavía estaban aquellos ojos demoniacos, observándolo pacientemente mientras un descomunal cuerpo alargado se deslizaba lentamente. El niño pudo sentir como aquella cosa avanzaba pacientemente, segura de obtener su premio.

Finalmente, a medida que se acercaba a la elevación donde estaba el granero, el nivel del agua iba bajando, permitiéndole correr con mayor velocidad. Ya faltaba poco, tan solo unos metros más y estaría a salvo. A medida que se iba acercando, pudo distinguir una figura parada en el portal del depósito.

Allí estaba su padre, parado, mirando hacia el pequeño Theo que se acercaba con una sonrisa de alivio dibujada en su rostro golpeado por la lluvia.

– ¡Papá! ¡Hay algo en el agua! –Le gritó desesperado mientras corría a su encuentro con los brazos abiertos, dispuesto a abrazarlo. – ¡Debemos irnos papá! –Le dijo aterrado cuando llegó junto a él, pero su padre no le respondió. Continuó mirando hacia la tormenta que se agitaba sobre los campos.

–Papá. ¿Qué sucede? –Preguntó Theo mientras su mirada sondeaba los campos en busca de aquella criatura que lo había seguido. No había rastros de ella. Era como si se hubiera desvanecido. Por un momento, pensó que el miedo le había jugado una mala pasada.

–Creí... creí que algo me seguía. –Dijo el pequeño mientras intentaba recuperar el aliento.

–No te preocupes hijo, pronto todo estará bien. –Le dijo su padre con la voz serena.

Poco a poco, Theo fue calmándose. No había rastro de aquella cosa que lo perseguía. La lluvia continuaba cayendo con furia sobre los campos y los rayos iluminaban intermitentemente el horizonte.

–Será mejor que volvamos a la casa. –Dijo el pequeño mientras estiraba la mano de su padre, pero este permaneció en su lugar. No se movió ni un centímetro. El señor Jones apretó con fuerza la mano de su hijo.

– ¿Qué haces papá? Me estas lastimando. –Theo sintió un fuerte dolor en su mano. Su padre lo apretaba con demasiada fuerza. Estiró su mano con fuerza intentando soltarse, pero no pudo. Aterrado, miró hacia el rostro de su padre suplicando, pero lo que vio lo asustó aún más. Unas delgadas líneas de lágrimas se escurrían desde sus ojos. La expresión de su padre



era de una profunda tristeza y resignación.

–Lo siento hijo. –Susurró el señor Jones.

Mientras Theo luchaba por liberarse, oyó el aterrador sonido de algo enorme saliendo de entre las oscuras e intranquilas aguas. Miró hacia atrás con horror. Allí estaban aquellos enormes ojos dorados de serpiente. Resplandecían de manera hipnótica. Se acercaban cada vez más mientras su padre continuaba sujetándolo.

– ¿Qué haces papá? ¡Tenemos que irnos! ¡Por favor vámonos! –Volvió a suplicar. Miró hacia el regordete rostro de su padre. Estaba increíblemente serio y sombrío, muy distinto al rostro sonriente que lo caracterizaba.

–Lo siento hijo. –Volvió a decir el hombre, esta vez con grandes lagrimas fluyendo de sus ojos bordeados por profundas ojeras. El padre sujetó aun con más fuerza a su hijo mientras este luchaba desesperado por liberarse.

Theo gritó desesperado... gritó llamando a su madre... gritó llamando a su hermano, pero todo fue en vano, la tormenta acallaba su pedido de auxilio con su furioso azote.

El pequeño luchó por última vez. Luego sintió unas heladas manos sujetándolo de su pierna. Bajó la mirada y se encontró mirando hacia el dorado hipnótico de los ojos de aquella bella mujer. En ese momento, sintió como su cuerpo se aflojaba por completo. En ese momento, la última de sus fuerzas lo abandonó. La última palabra que dijo antes de ser arrastrado bajo las oscuras aguas aquella triste noche tormentosa fue "hermano", como si en aquel trágico último instante de su vida, llamara a su querido Alan.

La mujer lo sujetó con una fuerza inhumana, pero el pequeño no ejerció resistencia. Simplemente se dejó llevar, presa de un hechizo que doblegaba su voluntad.

El señor Jones observó aquella dolorosa escena. Observó como aquella criatura se llevaba a su hijo. Una parte de él, desapareció en aquellas aguas junto con Theo. Cayó de rodillas, llorando amargamente, mientras que con su puño golpeaba el suelo cubierto de lodo y agua.

2

Alan despertó gritando. Tardó unos segundos en darse cuenta que continuaba en aquel frío y oscuro sótano. Sintió que le faltaba el aire. Se sentía desesperado y angustiado. Todo aquello había sido solamente un sueño, uno muy real. El pequeño por fin sabía la verdad. Supo entonces lo que había le había ocurrido a su hermano. Lloró desconsoladamente en

aquella soledad. No podía entender como su propio padre le había hecho eso a su hermano.

Las horas continuaban pasando. La sed que sintió era casi insoportable. Con sus dedos se quitaba trozos de piel de sus labios resecaos que comenzaban a sangrar. Su estómago hacía sonidos extraños. Pero nada de eso le importaba. Alan sentía muchas cosas en esos momentos, pero lo que más sintió fue una ira que no imaginaba que fuera capaz de sentir. Estaba furioso. Furioso con su padre, furioso con aquella criatura, furioso consigo mismo por no poder hacer nada.

Entonces escuchó los primeros truenos. Sintió como todo el granero pareció estremecerse con la fuerza de la onda expansiva. Era el trueno más potente que jamás hubiera escuchado en su vida. La noche de la gran tormenta estaba llegando. Alan pensó en ese momento si moriría ahogado cuando las aguas comenzaran a entrar, o si la criatura cumpliría su palabra de venir a matarlo primero.

Los truenos sonaban cada vez más cercanos y fuertes. Podía sentir las viejas tablas del granero temblar. Luego escuchó el aullido del viento que sonaba como una fiera hambrienta recorriendo los campos. Sintió como el ambiente se volvía más frío. Su piel se erizó por completo. Podía sentirse el miedo flotando en el aire, el miedo que se siente cuando se sabe que una tragedia inevitable está a punto de ocurrir.

La angustia comenzó a apoderarse del pequeño a medida que caía en cuenta que todo estaba perdido. Ese sería el fin, no solo el suyo, si no el fin de todo.

Mientras permanecía sentado en el suelo cubierto de moho, escuchó el sonido de la cadena que lo mantenía prisionero. Algo la había movido. Desconcertado, se levantó y se dirigió hacia la puerta del sótano.

– ¿Papá? – Preguntó obteniendo el silencio como respuesta. El aullido del viento se hacía más potente y espantoso. El tiempo estaba terminando. Apoyó su mano contra la puerta y empujó hacia arriba. Para su sorpresa, esta se levantó levemente. Estaba abierta. Empujó con todas sus fuerzas y salió hacia la luz. Arrastrándose desde aquella oscuridad emergió y se desplomó en el piso del viejo granero. Respiró aliviado. Sintió como debe sentir un prisionero al escaparse luego de una larga estadía en un calabozo.

Miró hacia su costado. Allí estaba el enorme candado. Alguien lo había forzado. Sin duda alguna no había sido su padre, pues él tenía la llave. Miró hacia todas partes pero no vio a nadie. Estaba completamente solo. El espantoso estruendo de un rayo cercano lo sobresaltó. No había tiempo que perder. Se puso de pie y se dispuso a marcharse. Entonces vio, arrojado a un lado de las cadenas, el pequeño auto a escala de su

hermano. Lo tomó con cuidado. –Gracias hermano. –Susurró. – No volveré a perderlo.

Puso el auto a escala en su bolsillo y salió del granero. La escena que presencié al salir fue grotesca. A lo lejos, apenas visible en el horizonte, se observaba al sol como un pequeño círculo naranja, y luego, cubriendo todo el cielo, enormes nubes se arremolinaban como si fuera el enorme centro de un huracán. Los rayos surcaban los cielos saltando de nube en nube. El viento rugía y hacía crujir los árboles. El día se había vuelto increíblemente frío a pesar de ser verano, se sentía como una fría tarde de invierno. Las aves se alejaban en grandes bandadas huyendo del terror que se aproximaba. Y los truenos, con cada uno de ellos el suelo parecía estremecerse. Se sentía como si fuesen los pasos de seres gigantescos que se acercaban dispuestos a destruirlo todo.

Alan permaneció atónito observando aquella visión desoladora. Podía sentir en el fondo de su ser que aquello sería el fin. La tormenta estaba cerca. Su furia sería incontenible, fuera de toda comprensión.

Pensó en correr hacia la casa del viejo Jack, seguramente el sabría qué hacer. No se quedaría con los brazos cruzados viendo como todo se iba al demonio. Pero se dio cuenta que estaba demasiado débil, tenía demasiada sed y demasiada hambre. Parecía algo estúpido pensar en comida en un momento así, pero si estaba demasiado débil, nada podría hacer. Miró hacia su casa. Estaba a oscuras y en completo silencio. Parecía no haber nadie. Tomó una barra de metal que estaba recostada contra unas cajas junto a la puerta del granero y caminó muy despacio hacia su casa.

Primero miró por la ventana. En el interior todo estaba calmo y a oscuras. Pensó entonces que la camioneta no estaba en el granero, definitivamente su padre no se encontraba, pero de todas formas el miedo no cesaba. Sentía sus piernas temblar levemente. Se dirigió hacia la puerta trasera, giró el picaporte muy despacio y empujó suavemente. La puerta se abrió haciendo un desesperante chirrido. Alan permaneció inmóvil intentando oír algún sonido desde el interior. Todo estaba callado.

Rápidamente entró y se dirigió a la cocina. Abrió la canilla del lavado y comenzó a beber directamente del grifo con desesperación. Por un momento sintió que se ahogaba y comenzó a toser, pero luego continuó bebiendo para aliviar aquella sed implacable. Luego abrió la heladera. Había un trozo de jamón, lo tomó. Luego buscó un pan en la repisa y lo encontró. Se preparó un sándwich y lo devoró como si fuera una fiera hambrienta.

Una vez que se había sentido saciado, miró por la ventana. El sol comenzaba a desaparecer hasta ser solamente una delgada línea naranja tras las lejanas colinas. El cielo comenzaba a oscurecerse más y más. Los

rayos se extendían como si fueran las largas ramas de un árbol marchito.

Alan se dirigió a la habitación de sus padres. Buscó entre los cajones del armario algo que pudiera servirle. Buscó con insistencia pero no encontró nada. Pensó que quizás su padre tendría algún arma oculta, pero se desilusionó al no encontrar nada. Luego se dirigió a su habitación, respiró aliviado cuando encontró el crucifijo, después de todo, era lo único que había servido, sin duda le sería de gran ayuda.

Bajó nuevamente las escaleras, abrió la puerta trasera y salió. Miró por última vez su hogar. Pasará lo que pasara, sabía que ya nada sería lo mismo. Dando un gran suspiro emprendió su camino hacia la casa del viejo Jack, con la esperanza de que pudieran hacer algo juntos.

Mientras corría, sintió las primeras gotas caer. Ya no quedaba tiempo. La gran tormenta estaba sobre él.

3

Cuando llegó a la vieja cabaña del viejo Jack, todo estaba envuelto en un silencio sepulcral. Ningún ave, ni siquiera un grillo cantaba en el sombrío bosque. Solamente el espantoso aullido del viento se dejaba oír entre las copas de los árboles que se agitaban frenéticamente.

Alan entró corriendo a la cabaña. Intentó calmarse pues estaba demasiado agitado. Sentía que sus piernas le temblaban aún más. El miedo y la angustia crecían a cada segundo, quizás si viera a su amigo podría encontrar la calma. Sabía que entre ellos dos, al menos lucharían hasta el final. Sin embargo, la cabaña estaba vacía. No había señales del anciano. Todo estaba oscuro. Las cortinas se mecían como fantasmas empujadas por el viento que se colaba por la ventana abierta.

–Quizás se haya ido al río. Maldito anciano... no me esperaste. –Dijo en voz baja. Cuando se disponía a salir nuevamente, el viento hizo volar una hoja de papel que cayó a sus pies. Alan la tomó. Al instante se dio cuenta de lo que era. Era una carta. Estaba escrita de manera apresurada, con manchones de tinta y la letra desprolija.

Comenzó a leerla.

“Querido Alan

No sé cuánto tiempo me quede, solo sé que no es el suficiente. Aunque todo termine para mí esta noche, no puedo morir sin decirte estas cosas.

Lo primero, es que siento mucho dejarte solo. Ahora todo dependerá de ti. Me apena dejarte esta carga, y sobre todo, me apena no estar allí para poder ayudarte. Realmente lo siento. Ahora más que nunca debes ser

fuerte.

Lo segundo que quiero decirte, es lo agradecido que estoy. Fuiste mi amigo en el final de mis días. Gracias a ti, me iré sabiendo que al menos para alguien fui importante. A pesar del poco tiempo que nos conocemos, he visto ese corazón humilde y bondadoso que tienes. Has sabido sacar la mejor parte de mí, esa parte que estaba enterrada por años de dolor y soledad.

El tiempo se acaba así que seré directo. Todo el dinero que he sacado del banco será tuyo. Se encuentra escondido en la parte de atrás de la casa, dentro del hueco en el tronco de un gran roble podrido. Búscalos allí y llévatelos. Allí también encontrarás mi arpón. Deberás usarlo. Sé que no es mucho, pero al menos te servirá para defenderte, quizás hasta puedas matar a esa desgraciada.

La tercera cosa que debo decirte, es en realidad un pedido. Quiero que termines nuestra tarea. Quiero que los salves. Sálvalos. A tu hermano y a mi hija. Sé que es mucho pedir, después de todo eres solo un niño, pero he visto lo fuerte que eres. Eres más valiente de lo que yo he sido y por eso sé que lo lograrás. La noche de la tormenta sé que tú estarás empuñando mi viejo arpón para hundirlo en el corazón de aquella bestia. Sé que lo lograrás.

Sé que lo lograrás. Puedo imaginarlo. Sé que tú y mi hija se llevarán muy bien. Ambos tienen un corazón enorme. Cuando los hayas salvado, usen el dinero para tener la vida que se merecen. Podrás estudiar y hacer lo que siempre has querido.

Por favor, dile a mi hija que la amo con todo mi ser. Dile que nunca me rendí y que la he buscado toda mi vida. Dile que siento mucho no poder estar con ella, pero sé que contigo estará bien.

El tiempo se agota. Puedo sentirlos acercarse. Podría intentar escapar pero sería en vano. El demonio ha venido a por mí y no soy lo suficientemente fuerte para enfrentarlo, pero sé que tú lo eres. Solo debes evitar la tentación. Él podrá ofrecerte muchas cosas, pero no debes aceptarlas. No importa lo que te ofrezca, todo acabará en dolor y sufrimiento para ti. Debes soportarlo.

Cuando el tiempo pase y todo esto sea tan solo un mal recuerdo para ti, quiero que me recuerdes, quiero que recuerdes, que a pesar de mi apariencia fría y desalmada, he llegado a sentir un gran aprecio por ti.

Me despido, deseándote lo mejor.

Te quiere tu amigo Mateo.

Alan sintió un vacío en el pecho en ese momento. Sintió como todo se desmoronaba en su interior. Estaba absolutamente solo. La tormenta estaba a punto de desatarse. Su amigo se había ido para siempre. Se dejó caer de rodillas y comenzó a llorar mientras el retumbar de los truenos cubría el sonido de sus sollozos.

Cuando estuvo a punto de darse por vencido y esperar el inevitable final, Alan recordó aquella tarde sentado en el bote junto al viejo Jack, viendo el sol ocultarse mientras las aguas mecían suavemente su precaria embarcación. También recordó aquella tarde junto a su hermano, deslizándose por la colina a toda velocidad dentro de la "Máquina Infernal".

Alan se puso de pie. Se secó sus lágrimas y sacó de su bolsillo el pequeño auto a escala. Lo miró detenidamente. -No les fallaré. -Se dijo a sí mismo mientras apretaba los puños con furia.

Se dirigió a la parte de atrás de la vieja cabaña mientras las hojas de los árboles caían desde lo alto empujadas por el viento inclemente. Tardó unos instantes en encontrar el viejo roble podrido. Era un árbol enorme, cuyas ramas secas parecían las patas de una enorme araña. Buscó y encontró el enorme hueco en la corteza. Era tan grande que él cabría muy fácilmente en su interior. Allí estaba el bolso con dinero. Alan lo abrió. Había una asombrosa cantidad, más dinero de lo que jamás había visto. Luego volvió a cerrarlo y lo introdujo nuevamente en el interior del árbol. Si no lograba evitar lo que estaba a punto de suceder, ni todo el dinero del mundo importaría. Siguió buscando en el interior de la corteza hasta que por fin halló el gran arpón. Lo tomó. Era bastante pesado. La punta extremadamente afilado resplandecía al reflejar los rayos que surcaban el viejo ennegrecido. Alan sonrió levemente mientras las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer.

## Capítulo 16

### capitulo 16

1

La gran puerta de madera maciza de la iglesia del pueblo golpeaba fuertemente al abrirse y cerrarse bruscamente empujada por el viento. El padre Abraham Scheidemann permanecía parado enfrente de su templo mirando las oscuras nubes que se arremolinaban amenazantes sobre el viejo San Antonio.

–Ha llegado el día. –Susurró. El anciano sacerdote pudo sentir como algo lo observaba desde el interior de la casa parroquial, Una risa siniestra y espectral comenzó a oírse. La risa se oía cada vez más fuerte a medida que la lluvia comenzó a caer con una inusual furia.

El sacerdote apretó con fuerza el crucifijo que colgaba de su cuello. – ¡No te saldrás con la tuya demonio! –Gritó furioso, pero la risa no hacía más que aumentar su intensidad.

Horrorizado, vio como las gotas de la intensa lluvia eran empujadas por el viento cada vez con más fuerza. Estar parado en el exterior era casi imposible. El viento huracanado comenzó a sacudir las ramas de los arboles al punto de quebrarlas.

El viejo sacerdote volvió a entrar a su templo. Sabía que no podía hacer nada. En el fondo de su corazón sabía que el fin había llegado.

La tormenta comenzó a golpear con toda su furia. Un rayo resplandeció muy cerca de la iglesia. Había impactado contra un poste del alumbrado eléctrico haciéndolo caer. Pronto, todo el pueblo estuvo sumergido en la oscuridad. La energía eléctrica se había ido.

Los rayos comenzaron a caer uno tras otro sobre el pueblo. Uno de ellos golpeó la enorme cruz de metal sobre el campanario de la iglesia. El metal crujió y la cruz cayó desde lo alto. El sonido que hizo al impactar contra el suelo retumbó entre el abovedado interior del templo. El padre Scheidemann se arrodilló frente al altar y comenzó a orar, después de todo, era lo único que podía hacerse en ese momento.

Los cristales de colores de los ventanales estallaron en mil pedazos. El viento y la lluvia comenzaron a entrar con fuerza despiadada. El sacerdote continuó rezando. Pronto estuvo totalmente empapado. El interior de su iglesia comenzó a anegarse. Ramas, hojas y todo tipo de residuos comenzaron a ser arrojados por la tormenta hacia el interior. Su oración fue interrumpida por aquella risa maligna. Resonaba con claridad por

todas partes. Aquella risa estaba en la misma tormenta, llevada por el viento.

–No te saldrás con la tuya. –Volvió a decir el anciano, luego comenzó a rezar nuevamente a pesar que el agua que ingresaba ya le llegaba hasta sus rodillas.

2

Desde el interior de la estación de policía, el comisario Tom Peterson observaba extrañado como la tormenta azotaba sobre el pueblo. Jamás había visto una tormenta semejante en toda su vida. Los rayos caían sucesivamente, uno tras otro, como si de un bombardeo en una zona de guerra se tratara. Pensó en salir a recorrer el pueblo en el patrullero, pero una enorme chapa que pasó volando violentamente impactando contra el asfalto de la calle frente a la comisaría lo hizo dudar. Sin dudas se había desprendido de algún techo cercano. El viento no hacía más que aumentar su intensidad. Salir era muy peligroso. El agua comenzaba a subir más y más. Pronto, el interior de la comisaría estuvo totalmente inundado. El agua amarillada que entraba con insistencia pasaba el nivel de sus rodillas. Todo el pueblo se estaba inundando. El nivel del río había crecido velozmente, a un ritmo imposible. El agua en las calles corría como si de una poderosa corriente se tratara.

Los rayos continuaban cayendo uno tras otro. Los postes eléctricos eran derrumbados como si fueran palillos ante la poderosa corriente. El comisario observó horrorizado como el patrullero era arrastrado y desaparecía bajo las oscuras aguas.

– ¿Qué demonios está sucediendo? –Se preguntó impotente. Intentó tomar el teléfono para llamar a su hogar. La preocupación crecía en él a cada instante. Las líneas telefónicas tampoco funcionaban.

Pensó en salir. Intentaría llegar a su hogar como fuera. Su esposa y su hijo estaban allí, en la oscuridad en medio de aquel huracán que se había formado inexplicablemente. A pesar de la insistencia del Sargento Vega, quien se disponía a bajar la escalera que conducía al ático de la estación. Pensaba que allí podrían refugiarse del agua que no paraba de entrar. La potencia de los truenos hacía estremecer los vidrios de los grandes ventanales.

–Por favor jefe... no puede salir con esta tormenta. No logrará llegar. –Le dijo el obeso sargento mientras miraba con preocupación cómo el edificio se inundaba más y más.

–Debo intentarlo. Mi familia está sola allí. Debo...



Sus palabras fueron interrumpidas. El fuerte sonido de la bocina de un vehículo llamó su atención. A lo lejos vio la luz de dos faros. Aparecían y desaparecían bajo la oscuridad de las aguas. Era un vehículo. Estaba siendo arrastrado por la fuerza de la corriente mientras su conducto desesperado tocaba la bocina pidiendo ayuda.

El auto era sacudido con violencia, hasta que finalmente impactó contra un poste de energía caído, quedando atrapado a unos cuarenta metros de la comisaría.

El dueño tocaba la bocina con insistencia. El comisario observó como la ventanilla del vehículo se abría. – ¡Auxilio! – Se escuchó a alguien gritar desde el interior. Los gritos apenas podían oírse por sobre el rugido de la tormenta. – ¡Por favor salven a mi hijo!

Horrorizado, Tom Peterson vio la cabeza de un niño asomarse. A lo lejos no podía distinguirlo, pero parecía ser Daniel Escobar. El más pequeño de los hijos de los Escobar. Tom lo conocía. Iba a la escuela en el mismo grado que su hijo. No debía tener más de diez años.

Desesperado, el comisario corrió hasta el fondo de la comisaría. Buscó apresuradamente hasta que encontró una larga soga. Se la amarró alrededor de la cintura y se dispuso a salir. – Sujétala bien. Si ves que la corriente me arrastra títala con fuerza. El otro extremo átaló a las rejas de la ventana. Si todo falla al menos no podré ir más lejos que el largo de la soga. – Le indicó al sargento, quien se apresuró en atar la soga a las rejas de acero macizo que cubrían las ventanas del calabozo.

El comisario salió de la estación y comenzó a caminar con dificultad hacia el vehículo. La corriente era increíblemente poderosa. La avenida frente a la comisaría se había vuelto un torrente incontenible. Tom apenas podía avanzar. Se sujetaba de cualquier elemento que le permitiera acercarse al vehículo. En un par de momentos sintió como casi era arrastrado irremediabilmente, sin embargo, continuó avanzando.

Miró hacia atrás. La estación estaba a apenas unos metros, pero parecía tan lejana e inalcanzable, como si estuviera en otro pueblo. El auto estaba parcialmente sumergido. Solamente asomaba la ventanilla por donde sobresalía el niño. Horrorizado se dio cuenta que el conducto estaba bajo las aguas, y sin embargo, con sus últimas fuerzas antes de morir irremediabilmente ahogado, continuaba tocando la bocina, suplicando que rescataran a su hijo.

– ¡Resiste pequeño! ¡Ya voy en camino! – le gritó al niño que no paraba de llorar y suplicar por su padre que se ahogaba en el oscuro interior del vehículo sumergido. El comisario se dio cuenta que era inútil seguir caminando. Procedió a tirarse al agua y a nadar en dirección al automóvil. El agua lo arrastraba y alejaba del automóvil, pero el continuaba nadando

intentando acercarse. Finalmente, se acercó lo suficiente a la parte delantera del vehículo.

– ¡Por favor! ¡Ayuda! –Gritaba el pequeño. La bocina ya no sonaba.

Tom se acercó a la ventanilla. Sujetó al pequeño de un brazo. –De acuerdo. Necesito que salgas. Sal del automóvil y yo te llevaré hasta la estación. –Le dijo al asustado niño quien no dejaba de mirar hacia el interior del auto.

–Mi papá... ayuda a mi papá. –Clamó con desesperación.

–Lo haré. Pero primero debo ponerte a salvo... luego vendré por tu papá. ¿De acuerdo?

El pequeño asintió. Asomó su cuerpo por fuera de la ventanilla. Se sujetó del techo y apoyó sus pies en el marco de la ventana.

–Lo estás haciendo bien. Ahora aférrate de mí y yo te llev....

El comisario horrorizado sintió como algo enorme se deslizó junto a él. Los rayos iluminaron la escena como si de un día soleado se tratara. – ¿Qué demonios ha sido eso? –Se preguntó, pero luego volvió a concentrarse en el pequeño.

–De acuerdo. Sujétate de mí...

El niño intentó bajarse de la ventanilla y treparse a la espalda del comisario, pero en ese instante algo golpeó el automóvil con una fuerza arrolladora. El metal crujió y el vehículo comenzó a ser arrastrado nuevamente por la corriente.

El pequeño no pudo sujetarse, el golpe lo arrojó hacia atrás, cayendo en las arremolinadas aguas que fluían corriente abajo por la avenida, como si del río más torrencioso se tratara. Tom intentó alcanzarlo, pero era demasiado tarde. La corriente arrastraba al pequeño a una velocidad inalcanzable para él.

Pasmado, el oficial oyó los gritos desesperados del pequeño siendo arrastrado. Pero no tuvo tiempo, ni siquiera para lamentarse de lo que había ocurrido... sintió nuevamente como algo enorme se deslizaba junto a él. Horrorizado, vio una estela ondulante formándose en el agua. Algo se deslizaba hacia el niño quien emergía por momentos de las aguas agitando los brazos, gritando desafortadamente por ayuda.

Tom intentó avanzar hacia el niño, pero la soga lo sujetaba. Con impotencia vio como el pequeño emergió por última vez. El miedo y la desesperación se reflejaban en su rostro aterrado. Entonces aquella estela

se acercó hasta el niño, y este desapareció bajo las aguas.

El comisario observó la escena incrédulo. Ya no había rastros del niño ni de aquella cosa, sea lo sea. Un rayo cercano iluminó la escena. Algo acechaba en aquellas turbulentas aguas que inundaban el pequeño pueblo.

3

La tormenta no mostraba señales de disminuir su intensidad. Las oscuras nubes se arremolinaban en el cielo formando siniestras imágenes. En el viento podían escucharse voces espeluznantes. Poco a poco, los habitantes de San Antonio comprendieron que aquella no era una tormenta más. El agua no paraba de subir, entrando a las casas de manera indetenible. Los asustados pobladores, subían a la planta alta de sus casas, si es que las tenían, o directamente al tejado. Se podía ver el miedo en sus rostros mientras todo era arrasado. Para los desafortunados que estaban en el techo de sus casas, el terror que sentían no hizo otra cosa más que aumentar. El viento, soplaba con una furia huracanada arrojando ramas y todo tipo de objetos. Estar a la intemperie era arriesgarse a ser golpeado por algo, o a ser arrojado por las potentes ráfagas.

Los rayos caían uno tras otro. Impactaban en las casas, en los postes de energía eléctrica, y hasta en personas desdichadas que intentaban escapar de las aguas turbulentas que ingresaban a su hogar.

A pesar de todo, Alan no intentó huir, ni siquiera intentó buscar refugio. Sabía que si actuaba como un cobarde esa noche, todo acabaría. Su mente estaba enfocada únicamente en no fallarles a su hermano y a su amigo. No podía darse el lujo de escapar de la pelea. Así que, a pesar de la furia de la tormenta, allí estaba él, un niño solo en un bote. Ni siquiera él pudo creer lo que estaba haciendo. Remaba incansablemente, intentando que el bote no se volcara mientras los rayos iluminaban su camino.

Su rostro ya no era el de un niño asustado. Había algo más en él. Una determinación que ni siquiera él sabía que tenía. Remó incansablemente mientras miraba el arpón que descansaba a sus pies. Su pequeño bote navegaba las aguas amarronadas mientras intentaba dirigirse desde la costa del río hasta el centro del pueblo. Sabía que allí estaría la criatura, buscando pobres almas para ser atrapadas. Tenía que llegar lo más rápido posible, pero su camino no era nada fácil. El centro del pueblo estaba a más de 5 kilómetros de la costa, y la corriente era fuerte, quizás demasiado fuerte. Pero él no se detuvo. Se guiaba por la cruz de la iglesia que se elevaba en lo alto del campanario. Podía observarse aún desde la

lejanía de su hogar, así sabía hacia dónde dirigirse.

Sus brazos estaban cansados, sentía como si sus músculos fueran a desgarrarse en cualquier momento. La lluvia lo golpeaba con fuerza, mientras el viento y la corriente parecían empeñados en dar vuelta su pequeña embarcación. A pesar de todo, Alan continuó avanzando. Con el campanario como referencia, siguió a través de las aguas que se arremolinaban y corrían enloquecidas por lo que, hasta hacía algunas horas, eran las polvorientas calles de San Antonio.

Luego de remar por una interminable hora, Alan sintió que las fuerzas lo abandonaban. La corriente lo llevaba de nuevo hacia el río. Estaba tan cerca. Tan solo unos doscientos metros lo separaban de la iglesia, en el centro mismo del pueblo. Dejó de remar y se dejó arrastrar hasta que el bote chocó contra la pared de una casa. La lluvia lo golpeaba despiadadamente. Apenas podía observar lo que estaba frente a él. Los rayos iluminaron la escena. Sobre los tejados de las casas vio sombras. Eran familias enteras que vieron sus hogares inundados. Como podían se subían a sus techos intentando no ser arrojados por la tormenta.

Alan intentó recuperar el aliento. Sobre la casa donde su bote había chocado, escuchó unos fuertes sonidos por sobre el estruendo de los truenos y la lluvia. Al mirar hacia arriba vio horrorizado cinco pares de ojos que lo observaban fijamente. Eran cinco espectros. Sus rostros negros y desfigurados, estaban atravesados por sonrisas macabras. Lo miraban desde lo alto, listos para saltar sobre él, pero Alan, sacó el crucifijo y lo apuntó hacia ellos. Los espectros dieron unos gritos aterrados y desaparecieron en el tejado. Si los espectros lo habían visto, entonces ella ya sabría dónde estaba. Debía seguir.

Como pudo, Alan sacó fuerzas y comenzó a remar nuevamente. Solo faltaban doscientos metros hasta la iglesia. Alan pensó en ir a un lugar alto y cubierto, y nada mejor que el campanario de la iglesia. –Y falta poco. ¡Vamos! –Se alentaba a sí mismo.

– ¡Ayuda! –Se escuchó a alguien gritar por sobre el rugir de la tempestad.  
– ¡Por favor ayúdame!

Alan miró hacia todas partes. Finalmente, sobre el tejado de una casa cercana, pudo ver a una mujer, joven y delgada. La mujer estaba completamente empapada, entre sus brazos sostenía a un bebé. – ¡Por favor ayúdanos! –Clamaba con angustia.

Alan dudó por un momento. Miró hacia el campanario. Estaba tan cerca. Ayudar a la mujer implicaba volver sobre sus pasos. Lo dudó. La mujer continuó gritando, hasta que Alan finalmente decidió volver a ayudarla. – ¡Resista! ¡Ya voy por usted! –Le respondió mientras comenzaba a remar

en su dirección.

La mujer sonrió aliviada. Sujetaba a su bebé y lo cubría como podía con su cuerpo soportando el azote de la lluvia y el viento. – ¡Gracias! –Le dijo con una sonrisa esperanzada en su rostro.

Alan se acercaba, a pesar que la corriente sacudía su bote y le impedía avanzar en línea recta, él continuaba. – ¡Ya casi llego! ¡Mantenga la calma! –Le gritó intentando hacerse oír por sobre todo el estruendo, pero antes de que la mujer pudiera responderle, el rostro de Alan se tiñó de espanto.

– ¡Cuidado! –Intentó advertirle, pero era demasiado tarde. Junto a la mujer había cerca de una docena de espectros. Uno de ellos, en un rápido y endemoniado movimiento, sacó al bebé de los brazos de su madre que gritó horrorizada.

– ¡Devuélvanme a mi bebé! –Gritó ella, mientras los espectros la rodeaban. Se pasaban al bebé del uno al otro, como si de un juego macabro se tratase. – ¡Por favor! ¡Denme a mi bebé! –Gritaba con desesperación. Mientras intentaba alcanzar a su hijo, la desdichada mujer era golpeada una y otra vez por aquellos horrendos seres.

Alan comenzó a remar más aprisa. Los gritos desesperados de aquella mujer lo hacían sentir una angustia que le apretaba la garganta, pero nada podía hacer. La casa, aunque estaba relativamente cerca, parecía ser inalcanzable.

Una de aquellos espectros se aferró a la pierna de la mujer y le dio un fuerte mordisco con sus dientes negros y putrefactos. Ella gritó de dolor. Otro niño espectral la sujetó con fuerza del brazo y le dio otro mordisco. Mientras ella gritaba, la sangre salía a borbotones de sus heridas. El bebé lloraba inconsolablemente mientras era arrojado con violencia de un lado al otro. Entonces, el espectro que tenía al bebé entre sus brazos corrió hacia las aguas y se arrojó. Nada pudo hacer la madre mientras su hijo era llevado a las profundidades.

– ¡Noooo! –Gritó con desesperación para luego arrojarle al agua desde lo alto del tejado. La mujer permaneció sumergida durante unos segundos, luego salió, luchando por mantenerse a flote. Siguió buscando a su bebé mientras era arrastrada por la fuerza de la corriente. Luchaba por respirar y mantener su cabeza sobre las aguas, pero fue poco lo que pudo hacer.

Alan intentó alcanzarla, pero el agua se la llevó lejos de su alcance. La vio desaparecer a lo lejos luego de dar un último grito desesperado clamando ayuda.

Las piernas del pequeño Alan comenzaron a temblar incontrolablemente. De pronto nuevamente se sintió como un niño indefenso. – ¿Qué estoy haciendo? No podré lograrlo. –Se dijo a sí mismo mientras pensaba en escapar. ¿Cuánto tardaría la madre del agua en encontrarlo? No podría hacer nada, no en esa tormenta, no podría hacerlo solo.

Un rayo cayó sobre el campanario. El sonido del trueno hizo estremecer todo a su paso. Alan miró hacia la iglesia. Estaba tan cerca. Tomó el coraje suficiente y continuó remando. Desde los tejados, podían oírse gritos desgarradores. Las personas gritaban por ayuda. En algunos casos se podía oír como los gritos eran interrumpidos de manera abrupta. Alan decidió no volver a mirar hacia el costado. Fijó su mirada en la iglesia y continuó remando.

Ya faltaba poco. Alan pasó frente a la comisaría. Pudo ver al comisario junto a otro oficial obeso, observándolo pasar desde el tejado. Lucían asombrados. Alan pensó en pedirles ayuda, quizás ellos podrían ayudarlo. Después de todo, eran policías, tenían armas, tendrían que servir de algo.

– ¡Ten cuidado muchacho! ¡Aléjate! –Gritó el comisario de repente señalando hacia lo lejos. Alan dejó de remar y observó. A lo lejos algo se acercaba. Era una estela larga y sinuosa que se proyectaba en las aguas. Era ella. No había duda.

Alan volteó rápidamente. La entrada de la iglesia estaba a solo cuarenta metros. Comenzó a remar con todas sus fuerzas. El bote se ladeaba golpeado por las olas, sin embargo, avanzaba a paso firme. La estela se acercaba. Estaba a tan solo unos treinta metros. Los dorados ojos de la criatura emergieron. Su horrenda boca con su larga lengua reptiliana parecía esbozar una sonrisa siniestra.

Alan continuó remando. Pronto su pequeño bote atravesó el portón principal de la iglesia. Las grandes puertas del templo estaban abiertas. Solo debía entrar. Remó como un desquiciado poniendo todas sus fuerzas. La criatura estaba realmente cerca. Solo unos metros lo separaban de ella. Alan remó por última vez y el bote se deslizó hacia la puerta. La criatura pareció acelerar y chocó la parte trasera de la embarcación haciendo que esta chocara contra la entrada de la iglesia.

El golpe hizo caer al pequeño. El crucifijo se le había caído por el golpe. Tanteó el suelo desesperado intentando encontrarlo mientras podía sentir a la bestia nadando alrededor. La criatura parecía disfrutar aterrando a su presa indefensa.

– ¿Acaso pensabas que podías detenerlo? –Dijo la criatura. –No eres más que un niño insolente. La muerte es el único camino posible para ti.

Alan siguió buscando hasta que por fin su mano tocó el frío metal de la cruz. Se puso de pie apuntando con el crucifijo hacia todas partes, como si de un exorcista se tratara. Con la otra mano tomó el arpón, listo para arrojarlo.

La madre del agua volvió a sumergirse. La estela que dibujó en el agua se alejó, luego dio la vuelta y emprendió el regreso. La criatura avanzó muy rápido y golpeó el bote nuevamente con brutalidad.

Alan fue sacudido violentamente y cayó del bote hacia el interior de la iglesia. Se hundió en la oscuridad de las aguas por un segundo y luego emergió tosiendo incontrolablemente. En su mano aun sujetaba el arpón, mientras que intentaba mantenerse a flote. La criatura volvió a golpear el bote. Alan comenzó a nadar hacia el oscuro interior del templo. Nadó golpeándose con los bancos que estaban completamente sumergidos, hasta que llegó hasta el altar. La gran mesa donde el sacerdote impartía las misas dominicales, permanecía por sobre las aguas. Alan se subió sobre ella jadeando, intentando recuperar el aliento.

Su corazón palpitaba aceleradamente. Su respiración se agitaba más y más. El miedo comenzó a invadirlo al darse cuenta de que estaba atrapado. La criatura finalmente entró al templo. La enorme serpiente se deslizaba delicadamente entre los bancos. Su enorme cabeza asomaba con aquellos ojos resplandecientes que miraban fijamente al aterrado niño.

Alan levantó el arpón. La criatura se acercaba relamiéndose.

– ¡Ven aquí maldita criatura! –Gritó él en un último acto de desafío. En el fondo de su ser podía sentir que ese era el fin. Se dispuso a arrojar la última arma que poseía cuando sintió una mano delgada estirando su hombro derecho. Era el viejo sacerdote.

– ¡Ven rápido! –Le dijo mientras se dirigía a una pequeña puerta junto al altar. Alan lo siguió. Entraron a un pequeño compartimiento y cerraron la puerta metálica tras ellos.

La criatura se abalanzó con furia. La puerta chirrió. Las bisagras casi saltaron de la pared que las sujetaban.

–De prisa. Debemos subir. –Dijo el sacerdote señalando una pequeña escalera sin barandas que subía en forma de espiral. Era la escalera que llevaba hasta el campanario. La serpiente seguía golpeando con una fuerza arrolladora. Pronto se oyó el sonido de la primera bisagra caer.

Alan siguió al anciano sacerdote a través de la angosta escalera. Subieron lo más rápido que pudieron hasta que llegaron a una pequeña puerta de madera. El Padre Scheidemann sacó una llave de su sotana y la abrió. Al

entrar al pequeño espacio donde se alojaba la enorme campana de bronce, cerraron la puerta tras ellos.

– ¿Qué estás haciendo aquí muchacho? –Preguntó el sacerdote luchando por respirar con normalidad. El esfuerzo había sido demasiado para un hombre de su edad.

–He venido a matar esa cosa. –Respondió Alan. –Si no lo hacemos esta noche... entonces todo se acabó.

– ¿Dónde está Mateo? ...El viejo Jack. ¿No ha venido contigo? –Pregunto el Padre al ver que el niño sujetaba el arpón.

Alan negó con la cabeza. –Ya no está Padre. Soy solo yo.

La criatura siguió envistiendo la puerta hasta que esta cayó pesadamente. El estruendo que provocó retumbó por toda la torre del campanario.

–No vendrá hasta aquí. –Dijo el sacerdote. –Estamos lejos del agua. Si sube estará en desventaja.

– ¡Niño! –Gritó la criatura con la voz corrompida por la ira. –Te prometí que esta noche acabarías contigo. Tú no tendrás el honor de ver el renacer del nuevo mundo. Tú no eres digno de ver a mi señor.

Alan escuchó un sonido por fuera del campanario. Se acercó muy despacio hasta la ventana junto a la campana. Al mirar hacia abajo se horrorizó. Ahí estaban decenas de espectros, trepando las paredes como si de arañas se trataran.

El pequeño retrocedió hasta chocar contra la puerta. –Estamos atrapados. –Dijo intentando disimular el pánico.

Pronto, el primer espectro estaba en la ventana. Estaba de cuchillas, como si de un mono se tratara. Alan sacó su crucifijo y lo apuntó hacia él. Aquel ser gruñó como una fiera y volvió a desaparecer en la oscuridad del exterior.

– ¿Qué haremos padre? –Preguntó Alan, pero antes de que el sacerdote pudiera responderle, vieron como tres espectros habían ingresado. Se escondían detrás de la campana. Sus horrendos rostros putrefactos asomaban y luego se escondían al ver el brillo de la cruz que sostenía el pequeño.

Más espectros fueron entrando. En aquel pequeño espacio, ya había diez niños espectrales. Rodearon al pequeño y al anciano. El niño empuñaba la cruz, sin embargo, aquellos espectros continuaban acercándose. Se podía ver la expresión de dolor en sus rostros al ver el crucifijo, pero de todas



formas seguían acercándose. Uno de ellos dio un salto y se abalanzó sobre Alan, pero este tuvo la reacción de levantar el arpón. La afilada punta de su arma atravesó el pecho del niño espectral haciendo que este se retorciera de dolor y retrocediera.

Los demás se fueron acercando. Ya no podían ir a ningún lado.

–Hijo. Ahora todo depende de ti. –Le dijo el sacerdote antes de abrir la puerta que estaba tras ellos. Cuando los espectros se abalanzaron todos a la vez, el anciano empujó al niño y cerró la puerta tras él. Alan cayó al suelo y por poco no cae rodando por la escalera. Mientras caía vio la puerta cerrarse y los espectros saltando sobre el Padre Scheidemann.

El sacerdote logró cerrar la puerta con llave y luego la arrojó por la ventana del campanario mientras los espectros lo alcanzaron. Alan no escuchó ningún grito, solamente un fuerte golpe y los gruñidos de aquellas criaturas infernales.

Nuevamente estaba solo y atrapado. Detrás de él estaban aquellos espectros, y abajo, lo esperaba ella, ansiosa por acabar con él.

–No temas pequeño Alan. –Le dijo la criatura desde la oscuridad con una dulce y melodiosa voz. –Todo acabará muy pronto. No necesitas resistirte. Si lo haces, será peor para ti.

Alan estuvo a punto de llorar. Un nudo se atravesaba en su garganta. Estaba solo y tenía miedo. Un miedo que no había sentido nunca en su vida. Sus manos temblaban tanto, que apenas podía mantener arpón sujetado.

– ¿Acaso estas llorando? –Preguntó la criatura. –Solo tienes que bajar y todo terminará. Ni siquiera te dolerá. Lo prometo.

Alan respiró profundamente. Guardó el crucifijo en su bolsillo y comenzó a bajar los escalones. Si había de morir, decidió que moriría peleando.

Los espectros golpeaban la puerta con más y más fuerza, no tardarían en derribarla. Alan comenzó a bajar. Cuando estuvo lo suficientemente cerca vio a la criatura en la base de la escalera. Era nuevamente aquella hermosa mujer con ojos brillantes como el oro. –Ven pequeño. No te resistas. –Dijo la mujer.

Alan permaneció inmóvil. Pero entonces, aquella mujer comenzó a cantar. Aquel canto dulce e hipnótico que era imposible de resistirse. Alan luchó, pero sus fuerzas lo abandonaban. Dejó caer el arpón. Ahora estaba desarmado e indefenso.

–Ven pequeño. –Podía oír la voz de la criatura retumbando en su mente mientras el canto dulce y melodioso lo envolvía todo. Alan descendió los últimos escalones. Ya estaba frente a aquella mujer que lo miraba con una sonrisa macabra dibujada en su rostro. Todo terminaría muy pronto. Quizás ni siquiera le dolería. Quizás todo sería como quedarse dormido, cuando uno deja de percibir lo que sucede a su alrededor y cae en un profundo sueño sin conciencia.

Fue en ese momento que algo vino a su mente. El recuerdo de él y su hermano bajando esa ladera en “la máquina infernal”, ambos sonriendo mientras se deslizaban hacia un fuerte golpe. Luego recordó aquellos atardeceres sentados luego de una extenuante jornada de trabajo, sentados en el viejo árbol caído viendo el atardecer. “Siempre estaremos juntos hermano”, recordó la frase que su hermano le había dicho en uno de esos atardeceres. Aquellos recuerdos fueron reemplazando al canto hipnótico de la criatura. Finalmente, la mente de Alan fue luchando contra el hechizo. Cuando finalmente despertó, vio las oscuras fauces de la serpiente abriéndose frente a su rostro. Alan en un movimiento rápido, sacó el crucifijo y se lo arrojó dentro de su garganta.

La serpiente se retorció furiosa. Era la segunda vez que el niño le hacía lo mismo. Alan se arrastró como pudo y subió los escalones en busca del arpón. La serpiente, enceguecida por la ira se abalanzó con la boca abierta mostrando sus enormes colmillos. Alan seguía arrastrándose, tomó el arpón y lo levantó. El filo del arma entró por la boca de la criatura, el otro extremo del arpón se trabó en uno de los escalones, haciendo que el propio peso de la serpiente jugara a su favor.

La punta del arpón asomó por un extremo de la cara de la bestia, justo bajo los ojos. La madre del agua se retorcía. Alan tiró del arpón y se lo quitó. La serpiente se movía de un lado a otro, sacudiéndose de dolor.

Alan lanzó el arpón y este impacto bajo el cuello de la serpiente, quien, con su enorme cola, arrojó al niño de las escaleras sin baranda.

El pequeño cayó al agua hundiéndose por unos instantes. Al salir a flote miró hacia todas partes esperando recibir el ataque final de la criatura, pero nada sucedió. En cambio, tendida sobre los escalones, estaba nuevamente aquella mujer, con su cola en forma de pez estaba sumergida en el agua.

El arpón le había provocado una enorme herida que le había arrancado la mitad de su rostro. Podía observarse los dientes sobresaliendo bajo la masa sanguinolenta que antes eran sus mejillas. De su mandíbula destrozada fluía un líquido negro y espeso. El arpón continuaba clavado en el cuello de la criatura. Aquella sangre negra fluía a borbotones de las

heridas.

Alan se acercó despacio. Sujetó el extremo del arpón y estiró de él. La mujer dio un grito desgarrador de dolor. Alan volvió a levantar el arma y la bajó con fuerza. Esta vez, la punta afilada atravesó el vientre de la mujer, quien se sacudía presa de un dolor insoportable.

– ¡Devuélveme a mi hermano maldita criatura! –Gritó Alan con la furia refulgiendo en sus ojos amarronados. – ¡Devuélvelo y libera a los niños maldita!

Alan volvió a sacar el arpón y volvió a hundirlo en el vientre de la criatura. Una aterradora sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Realmente estaba disfrutando el dolor que le provocaba.

La mujer levantó las manos suplicando que se detuviera. Intentaba hablar pero la sangre que se acumulaba en su garganta le impedía hablar. Alan continuaba hundiendo la afilada punta del arpón una y otra vez. – ¡Devuélvelo! –Gritó nuevamente enfurecido.

La mujer intentó arrastrarse hacia las aguas, pero el arpón atravesado en su vientre no se lo permitía. –No puedo. –Balbuceó mientras tosía intentando respirar.

– ¿Cómo que no puedes? ¡Libéralos ahora mismo! –Gritó enceguecido de furia mientras movía el arpón dentro de la herida.

–Ya les pertenece a él. Yo no puedo liberarlos. –Le respondió la criatura con la voz baja, casi como un susurro.

Alan dio unos pasos hacia atrás. Si lo que la madre del agua le decía era verdad, entonces nunca recuperaría a su hermano. Una tristeza inmensa se apoderó de él. Lágrimas de amargura y desesperación comenzaron a correr por su rostro.

–Entonces no es contigo con quien debo hablar. –Respondió el niño finalmente.

Con las lágrimas todavía fluyendo desde sus cansados ojos, Alan levantó el arpón por última vez. Con todas sus fuerzas lo enterró en el corazón de la criatura, quien lo miraba con ojos suplicantes. La madre del agua estiró su mano por última vez intentando sacarse el arpón, pero no pudo. Las fuerzas la abandonaron y aquella criatura finalmente moría.

Alan cayó de rodillas gritando como un poseído. Luego los gritos se transformaron en llanto. Afuera, la lluvia se había detenido tan

repentinamente como había empezado. Los rayos, sin embargo, seguían atravesando los cielos de aquella noche espectral.

## Capítulo 17

### capitulo 17

1

Alan supo inmediatamente lo que debía hacer. Recordó lo que su padre le había dicho. También recordó lo que el viejo Jack le dijo en aquella carta. No debía confiar en el demonio, sin embargo, estaba dispuesto a hacer todo por su hermano.

Secándose las lágrimas, sacó el arpón del cuerpo de la criatura muerta. Luego, se dirigió hacia su bote, el cual aún se encontraba en la entrada de la iglesia. Nadó con cuidado entre los bancos de la iglesia mientras observaba a su alrededor. Por un momento se imaginó que la madre del agua no estaba muerta y que venía a atraparlo en aquel momento, cuando estaba más indefenso. Después de todo, ni siquiera sabía si aquella cosa podía morir. Pero nada ocurrió. Con facilidad llegó hasta su bote. Subió con cuidado y colocó el arpón a sus pies. Alan se percató que había perdido el crucifijo, la serpiente seguramente se lo había tragado.

–No importa. –Dijo con resignación. –De todas formas tengo que hacerlo.

Comenzó a remar lentamente y su bote comenzó a alejarse suavemente de la iglesia. Al mirar hacia arriba vio a los espectros en el campanario. Lo observaban fijamente, expectantes. Alan se sorprendió de que no fueran tras él. Quizás con la muerte de la criatura ya no estaban bajo su hechizo. Quizás ya no seguían sus órdenes.

Mientras avanzaba por las aguas que atravesaban el irreconocible poblado, Alan iba admirando la destrucción. Casi todos los postes de la única avenida asfaltada del pueblo habían caído. Sus cables se extendían en todas direcciones como enormes telarañas. La mayoría de las casas estaban con los tejados arrancados, ventanas destruidas, algunas, incluso, fueron derrumbadas por la fuerza de la corriente.

Alan continuó remando con ligereza. Esta vez, la corriente jugaba a su favor y lo llevaba hacia su objetivo. Muchas cosas pasaban por su cabeza en ese momento. La tormenta había terminado, la criatura estaba muerta, el fin no llegaría ese día, y todo era gracias a él. Una tenue sonrisa se fue dibujando en su rostro. Ya no era el niño temeroso que siempre había sido. Se dio cuenta que era fuerte y valiente, más de lo que jamás se hubiera imaginado. Pensó en lo orgulloso que estaría su hermano cuando le contara todo lo que había hecho por rescatarlo, y eso haría, lo rescataría sin importar el costo.

La corriente lo fue alejando de las últimas casas del pueblo. Pronto su bote estuvo navegando entre los árboles y ramas caídas del bosque. En el cielo, los rayos resplandecían con furia, uno tras otro. En lo alto de un gran árbol, oculto en las sombras, un gran búho cantó, y su canto espectral retumbó en la espesura del bosque. Alan continuó sin prestar atención a nada. Avanzaba decidido. Su objetivo era llegar al río, era lo que más lo apremiaba.

Luego de atravesar el bosque con mucha dificultad, finalmente se encontró en la desembocadura del río. Una vez allí se dejó llevar. Relajó sus brazos mientras acariciaba una y otra vez su arpón, como si de una fiel mascota se tratara.

Mientras su embarcación flotaba libremente río abajo, Alan se permitió un momento para relajarse. Se acostó en el piso del bote y contempló el firmamento surcado por los rayos. Había algo hipnótico en todo ese caos, en cierta forma, la fiereza de los relámpagos reflejaban lo que sentía por dentro. Se sentía vivo, lleno de una extraña energía. Sentía que podía con todo y que nada lo detendría.

Finalmente, divisó a lo lejos el lugar al cual quería llegar. Allí estaba el gran olmo pútrido sobre la colina de María Antonia. Iluminado por los rayos, aquel árbol era aún más aterrador de lo que recordaba. El crujir de sus ramas parecía retumbar con lamentos de almas en pena. Alan se incorporó nuevamente. Tomó los remos y comenzó a dirigir el bote hacia el arroyo junto a la colina.

El pequeño cauce se había ensanchado, y sus aguas ahora cubrían gran parte del paisaje, sin embargo, la colina aun sobresalía como un gigantesco animal resistiéndose a desaparecer.

Alan continuó remando en silencio. Nuevamente, ahora desde las ramas del aterrador olmo, un enorme búho volvió a cantar. Aquella era el ave de la muerte, Alan lo sabía perfectamente. Había escuchado demasiadas veces lo que el canto de aquella ave en una noche oscura significaba. Aquella noche alguien moriría.

Intentó no pensar en ello y siguió remando por el arroyo, el cual lucía decenas de veces más grande de lo que era. Pronto, la colina de María Antonio había desaparecido a lo lejos. En los costados del arroyo, las ramas de los árboles se agitaban y crujían movidas con violencia por el viento que aún soplaba con insistencia. Todo estaba cubierto por las aguas, completamente inundado.

Luego de remar en un silencio desesperante, Alan finalmente llegó a su destino. Las tierras donde estaba el viejo cementerio abandonado eran las únicas que no estaban cubiertas por las aguas. Era como si alguna fuerza

extraña las mantuviera secas.

Alan dejó el bote en la orilla, tomó el arpón y comenzó a caminar por el sendero que lo llevaría al viejo camposanto.

Por su mente pasó la idea de alejarse, de correr lo más rápido posible pues sabía el horror infinito que más adelante lo aguardaba. Resistió sucumbir a esas ideas. Caminó con determinación. En su mano, el filo del arpón parecía resplandecer. Caminó por el sendero bordeado por la alta hierba que se agitaba sombríamente. Finalmente, tenía frente a él, el viejo cementerio. Todo el lugar estaba sumergido en un silencio profundo.

El pequeño caminó entre las lápidas grabadas con nombres olvidados hace muchos años. El sonido de pasos a su alrededor lo alarmaron. Al mirar hacia el costado vio a una decena de los espectros. Todos estaban parados al borde del cementerio, simplemente contemplando con sus ojos vacíos. Alan levantó el arpón listo para resistir un ataque, sin embargo, nada sucedió. Los espectros se mantenían al margen, como si esperaran ver lo que estaba a punto de suceder.

Al ver que aquellos seres no iban tras él, Alan continuó su funesto recorrido. Caminó en silencio los últimos pasos hasta el gran nicho abovedado en el fondo mismo del camposanto. Allí, sobre el marco de las grandes puertas metálicas, el gigantesco búho se posó. El ave lo observó atentamente con sus grandes ojos amarillos.

Entonces, el silencio sepulcral fue interrumpido por el chirriar de las oxidadas puertas del nicho abriéndose lentamente. Un incontenible escalofrío recorrió el cuerpo del niño, desde la punta de sus pies hasta su cuello. De repente sintió como todo su cuerpo temblaba, presa de un terror inexplicable. En la puerta de la sepultura vio una sombra. Parecía ser un hombre alto. La oscuridad no dejaba ver de quien se trataba, pero al ver aquellos ojos rojos como la sangre resplandecer en el rostro de aquel ser, Alan supo que tenía frente a él lo que había ido a buscar.

Tomó el arpón con fuerza y corrió lo más rápido que pudo acercándose hacia aquel ser. Cuando estuvo a tan solo unos metros, tomó impulso y lanzó el arma con todas sus fuerzas. El arpón salió de sus manos en dirección a su objetivo. Para Alan, todo pareció suceder en cámara lenta. Pudo ver en detalla el resplandor del filo mientras se dirigía hacia el nicho. Por un bello segundo, le pareció que había dado en el blanco, que su arma había atravesado a aquella cosa de lado a lado, pero luego se horrorizó al darse cuenta de la realidad. El arpón nunca dio en el blanco, ni siquiera llegó hasta el nicho. Algo lo hizo partirse en pedazos apenas se había alejado unos metros en el aire. Alan vio horrorizado como su arma era destrozada como si fuera un palillo por una fuerza invisible, y luego era

arrojada al suelo, convirtiéndose en un inútil pedazo de madera.

Aquellos ojos rojos se fijaron en el niño. Aquel hombre en las sombras comenzó a avanzar hacia él. Alan sintió un súbito pavor. Intentó retroceder pero sus piernas se aflojaron. Cayó sentado y comenzó a retroceder arrastrándose sin poder dejar de mirar aquel mal que se acercaba.

Aquel hombre se detuvo a un metro de él. Las sombras lo envolvían, sin embargo, Alan sintió algo familiar en él. Llevaba puesto un sombrero negro y ropas oscuras, algo que parecía ser un capote con capucha, cubría su cuerpo.

– ¿Qué es lo que buscas Alan Jones? –Le preguntó aquel hombre con una voz lúgubre y cavernosa.

El niño temblaba incontrolablemente. Intentó levantarse, pero no podía. Sus piernas parecían estar hechas de gelatina.

–Dime. ¿Qué te motiva a estar aquí? Aún en presencia de la muerte misma... aún ante el mal más grande, tú, un insignificante niño...estás aquí... ¿Por qué? –Volvió a preguntar.

Alan titubeó unos segundos y luego respondió. –Estoy aquí por mi hermano. Quiero que liberes a mi hermano.

El hombre comenzó a caminar en círculos alrededor del niño. Tenía sus brazos detrás de la espalda mientras avanzaba con su mirada puesto en los rayos que atravesaban el cielo.

–Tu hermano... puedo darte a tu hermano... puedo darte todo lo que siempre has querido... puedo darte todo...–le dijo aquel hombre y luego comenzó a reír con una risa macabra y siniestra. –Pero no lo haré... al menos no lo haré sin pedir nada a cambio.

–Yo nunca haré un trato contigo. Vas a liberar a mi hermano o voy a matarte como lo he hecho con ella. –Le contestó Alan desafiante.

El señor de las sombras rio. –Tú no vas a hacer nada muchacho. ¿Crees que hubieras podido matarla si yo no lo hubiera permitido? Yo te he vigilado Alan Jones... Te he vigilado desde siempre. Te conozco desde el día que naciste.

– ¿A qué te refieres? Yo he arruinado tus planes. ¡Gracias a mí tú no has podido venir a este mundo! ¡Yo detuve el fin!

–No lo has hecho. Simplemente lo has pospuesto. Mi regreso es inevitable. Puedo esperar todo el tiempo del mundo. Tú miserable vida no



es más que un segundo ante mis ojos. He esperado milenios en las sombras, puedo esperar un poco más para mi regreso.

– ¿Qué es lo que quieres? ¡Mátame de una vez si es lo que estás buscando! –Alan comenzó a desesperarse. Estaba desarmado, completamente indefenso frente a aquel maligno ser.

–Desafiante hasta el final. Tal como me lo esperaba. –Dijo el señor de las sombras, mientras continuaba caminando pausadamente a su alrededor. A lo lejos, los niños espectrales continuaban observando, testigos mudos de la escena que se desarrollaba frente a ellos. –Te daré una oportunidad muchacho... solo una.

–No lo haré. ¡Nunca haré un trato contigo! –Gritó Alan antes de que el demonio le dijera su propuesta.

El señor de las sombras carcajeó nuevamente. –Eres realmente admirable. Veamos cuanto soportas.

Alan comenzó a sentir como su cuerpo se retorció. Sus brazos piernas comenzaron a girarse en contra de su voluntad. Muy lentamente, sus extremidades fueron tomando posiciones imposibles provocándole un dolor espantoso. Alan gritó en una terrible agonía.

–Debes elegir niño. Podrás vivir una larga vida, feliz y saludable. Incluso podrás recuperar a tu hermano. Podrás tener todo lo que buscas. A cambio, solo pido que me sirvas, pero ni siquiera ahora. Lo harás dentro de muchos años. Tengo un propósito para ti, algo más glorioso que todo lo que tu pequeña mente puede concebir. Solo debes aceptarme como tu amo.

Alan gritaba atormentado por un sufrimiento inconmensurable, sin embargo, volvió a negarse. Entonces, fue que oyó el hueso los huesos de sus piernas quebrarse. Al mirar hacia abajo vio el blanco de sus tibias sobresalir del rojo de la carne mientras la sangre brotaba a borbotones. El dolor era insoportable, Alan sintió que se desmayaría, sin embargo algo se lo impedía. El señor de las sombras no dejaría que la inconsciencia aliviara su sufrimiento.

– ¿Acaso prefieres seguir sufriendo? ¿Acaso prefieres dejar sufrir a tu hermano una eternidad como espectro? Dime... ¿Qué te fuerza a resistir? Eres solo un niño, deberías estar suplicando de miedo, sin embargo, aquí estás, resistiendo.

–No...no debo... hacer tratos con el diablo. –Balbuceo Alan a duras penas. Entonces sintió los huesos de su brazos romperse. El dolor llegó a su cerebro como un destello nublando su vista por un segundo. La sangre

formaba un charco a su alrededor.

–Yo no soy el diablo. Yo he vivido desde antes de todo, desde el principio mismo de la existencia. ¿Piensas que tu amigo el anciano te ha aconsejado bien? Aquel hombre que ha pasado toda su vida en busca de venganza, el que ha fallado en recuperar a su hija...–Volvió a reír. –Mira como ha terminado...

Un rayo cayó sobre el techo abovedado del nicho. Por un segundo todo se iluminó como si del día más soleado se tratara. Fue en ese breve segundo que Alan vio el rostro del señor de la noche. No pudo contener las lágrimas al ver el rostro del viejo Jack. Su piel era completamente pálida, con sus ojos inyectados en sangre que resplandecía con un brillo demoniaco.

–Mira como ha terminado. Así terminan todos los que se resisten a mí poder. Tu amigo ahora es solo un frío cadáver que uso como recipiente.

– ¡Eres un maldito! –Gritó Alan furioso mientras un nudo le apretaba su garganta y el dolor estremecía todo su cuerpo.

–Te daré una oportunidad. Acéptala y tendrás de nuevo a tu hermano... tendrás de nuevo tu vida. El dolor se detendrá, tu vida continuará. –Volvió a decirle el señor de las sombras desde el sonriente cadáver del viejo Jack.

– ¡Nunca lo haré! –Gritó Alan furioso. La imagen del cuerpo de su amigo siendo poseído por aquella entidad lo hizo enloquecer de ira.

– ¡Excelente! Eres mucho más de lo que imaginaba. Eres capaz de morir por lo que crees... y eso me agrada. Sin embargo. ¿Eres capaz de dejar que otros mueran?

De la oscuridad surgió un espectro. A medida que se acercaba, Alan pudo distinguir el familiar rostro de su hermano.

– ¡No! ¡Déjalo! –Gritó con desesperación mientras la sangre no paraba de emerger de sus heridas. – ¡Déjalo en paz!

El señor de las sombras tomó al espectro del cuello y lo levantó como si no pesara nada.

–Esto es lo que pasa con sentimientos como el amor y la amistad. Socaban hasta lo más profundo de tu ser y te hacen débil. Aun la voluntad más fuerte puede ser doblegada cuando un ser querido está en peligro. La pregunta es. ¿Cuánto podrás resistir Alan Jones? ¿Estás dispuesto a dejarlo morir definitivamente? –Comenzó a apretar el cuello del espectro de Theo. Comenzaron a oírse horribles sonidos de huesos crujiendo. – ¡O

en cambio aceptarás servirme?

– ¡Déjalo en paz! ¡Mátame a mí pero déjalo en paz! –Suplicó Alan con impotencia desde el frío suelo del cementerio.

– ¿Aceptarás servirme? –Volvió a preguntar el señor de las sombras. ¿Aceptaras? ¿O prefieres ver como destruyo su insignificante cuerpo y lo condeno a las sombras eternas?

– ¡Acepto! –Grito finalmente Alan en un mar de lágrimas. – ¡Acepto!

El señor de las sombras sonrió. Soltó al espectro quien volvió a desaparecer en la oscuridad.

–Ahora libera a mi hermano. Hazlo volver. –Suplicó ahogado por sus lágrimas.

–Primero debes probar tu obediencia. Primero deberás hacer algo... un sacrificio. Luego te devolveré a tu hermano y los dejaré vivir en paz durante muchos años, hasta que un día, finalmente vendré por ti. Ahora vuelve a casa. Sabrás que hacer en cuanto llegues.

Alan se sintió extraño. Al mirar hacia sus piernas y brazos, vio que sus heridas ya no estaban. Se encontraba perfectamente bien. A su alrededor, los espectros habían desaparecido. Solamente se encontraban él y el señor de las sombras en aquel camposanto abandonado.

El niño se puso de pie con dificultad. Miró hacia el señor de las sombras y por un momento vio en sus ojos muertos, una pena muy grande. Sintió como su amigo estaba apenado por lo que él había hecho. –Lo siento. –Dijo levemente como un susurro. –Te he fallado...

El señor de las sombras comenzó a alejarse lentamente en dirección al viejo nicho con techo abovedado. – ¡Espera! –Gritó Alan. –Quiero que devuelvas también a Esperanza. ¡Devuélvelos a ambos!

–Ve a tu hogar. Cumple con lo que te he pedido y te devolveré a ambos. –Le contestó aquel ser para luego desaparecer en la oscuridad absoluta.

Alan cayó de rodillas. Los rayos surcaban los cielos con furia. Su cuerpo temblaba por completo. Estaba asustado. Tenía miedo y a la vez sentía una repugnancia enorme por lo que había hecho, pero no podía dejar que su hermano muriera, tan solo no podía hacerlo.

Pasó un largo rato antes de que Alan finalmente se levantara y emprendiera su regreso a casa. Caminó con lentitud, arrastrando sus pies cansinamente como si de un zombi se tratara. Se subió al bote y comenzó a remar lentamente. Poco a poco, la colina de María Antonia había quedado atrás.

La lluvia había cesado por completo hacía horas. El río comenzaba a volver a su cauce normal. De la gran tormenta, lo único que persistía, eran los rayos y su espectáculo lumínico al surcar los cielos de punta a punta. Alan continuó remando lentamente mientras todo tipo de pensamientos atravesaban su mente. El sendero que conducía desde la playa hasta su granja atravesando el bosque, estaba completamente inundado. Alan lo siguió mientras las penumbras cubrían los lados de su camino. Su mirada estaba perdida hacia la nada misma, era como si su camino solo fuera guiado por puro instinto. Finalmente estaba allí, su hogar. La tormenta había sido compasiva con la granja. Si bien el agua lo cubría todo, hasta casi la altura de las ventanas, la casa seguía de pie. Al llegar frente a la casa, Alan bajó del bote. El agua le llegó a la altura de la cintura. Caminó lentamente, subió las escaleras del pórtico y abrió la puerta trasera muy despacio. Al entrar, el nivel del agua era más bajo, gracias a la altura que tenían los cimientos de la casa, llegándole apenas por debajo de las rodillas.

La casa estaba completamente en silencio. Frente a él vio pasar flotando una fotografía. La tomó y la observó. En su rostro se dibujó una sonrisa mientras lágrimas afloraban de sus ojos cansados. Allí, en la imagen, estaba toda su familia. Fue tomada el día en que su padre había comprado el tractor. Era un trasto viejo y usado, sin embargo, era su primer vehículo. Estaban todos sonrientes. Theo y Alan, parecían diminutos parados frente a los enormes neumáticos traseros. Su padre estaba junto a ellos, sonriente. Quien hubiera imaginado el mal tan grande que se ocultaba tras un rostro tan gentil.

Alan tomó la fotografía, la dobló y la guardó en su bolsillo. Miró hacia todas partes, no había rastro de su padre. Se encontraba completamente solo en la oscuridad de su hogar. Salió nuevamente al pórtico. Contempló los rayos que surcaban el horizonte sobre los campos inundados, de cierta forma, aquella imagen de destrucción le pareció majestuosa.

Un rayo cayó en la cercanía, en el borde mismo de la granja. Su resplandor iluminó todo a su alrededor por un instante. Fue en ese momento, que Alan creyó ver a alguien entrando en el granero que se elevaba en lo alto de la lomada, por sobre las aguas que lo cubrían todo. Alan dudó por un momento, pero finalmente decidió ir. Aquella noche parecía interminable. Se había enfrentado a los males más terribles, ya no

podía volver atrás.

Caminó con dificultad. Sus pies se hundían en el lodo que se adhería con insistencia. Subió la lomada, hasta que finalmente estuvo frente a las puertas del granero.

– ¿Papá? ¿Estás aquí? –Preguntó con timidez. Entró con cautela. Mientras su vista se iba acostumbrando a la oscuridad casi total del interior, Alan levantaba sus brazos para no golpearse con alguna columna. –Papá. Tenemos que hablar...he hecho algo...

Otro relámpago iluminó el interior lo suficiente para que Alan distinguiera lo que había frente a él. Allí, arrodillado en medio de un pentagrama dibujado en el piso de madera, estaba su padre. El dibujo parecía estar hecho de una tinta roja muy espesa.

–Papá... ¿Qué estás haciendo? –Preguntó asustado.

–Te he estado esperando hijo. Él me dijo que vendrías. –Le contestó su padre. Estaba vestido con aquella túnica. Su rostro lucía cansado y triste. Se podía sentir una gran pena en él.

–Ya todo ha terminado papá. Ya todo estará bien. Theo volverá con nosotros. Juntos podemos resolver esto. –Le dijo Alan intentando razonar con su padre al ver que frente a él tenía un enorme cuchillo en forma de cruz.

–Me temo que no hijo. Tu tarea aún no ha terminado, y la mía tampoco. Él espera algo más de nosotros... un último sacrificio.

– ¿De qué hablas? Déjate de tonterías y volvamos a casa papá. Volvamos con Theo, con mamá. Todo volverá a ser como antes...todo estará bien.

Su padre comenzó a llorar con desconsuelo. –Tú sabes que nada volverá a ser igual, no después de esta noche. Sabes lo que tienes que hacer hijo... y está bien. Estoy feliz de ver en lo que te has convertido y en lo que te convertirás... él me lo ha mostrado.

–No sé de qué hablas. No pienso hacer nada. –Le respondió Alan cada vez más desesperado. Su respiración se agitaba cada vez más. Su corazón palpitaba con insistencia. Allí afuera, en algún lugar escondido, un búho volvió a cantar. El ave de la muerte estaba expectante. Alguien moriría esa noche. –Levántate papá. Vamos a casa.

–Debes hacer hijo. Es la única forma. Lamento todo lo que te he hecho pasar. Lamento que todo acabe así. Nunca dudes de lo mucho que te he querido. Ahora toma el cuchillo hijo, sabes que debes hacerlo, o tu

hermano nunca volverá y tú... tú también morirás.

Alan comenzó a llorar. A su mente vinieron los recuerdos de aquellas tardes soleadas de verano en las que él, junto a su hermano y su padre recorrían los campos en el viejo tractor, cuyo humo del escape se elevaba a los cielos despejados. Recordó también aquellas noches en la que su padre pasaba por su habitación antes de que se quedaran dormidos y pasaba un largo rato conversando con ellos. Recordó las barbacoas que preparaba, siempre con una sonrisa en su rostro. Todos esos recuerdos vinieron a su mente, y por un instante, Alan se olvidó de todo lo malo que había hecho. Corrió hacia él y lo abrazó. –Te quiero papá. Por favor no me hagas esto...por favor papá, volvamos a casa.

Su padre lo estrechó entre sus brazos. Permanecieron juntos en un abrazo que pareció durar horas, luego lo apartó. El señor Jones se secó las lágrimas, tomó el cuchillo y lo puso en la mano de su hijo, quien no paraba de llorar. –Escúchame hijo. Debes ser fuerte. Tienes que hacerlo. –Tomó la punta del cuchillo y la sujetó contra su pecho, mientras las manos de Alan sujetaban el mango. –Debes hacerlo hijo. Está bien... todo estará bien. Debes hacerlo rápido y todo terminará pronto. Volverás a estar con tu hermano.

–No puedo papá. No me pidas que lo haga, porque no puedo hacerlo. No puedo matarte. Sé que juntos podemos encontrar otra forma, solo ayúdame a encontrar otra forma.

–No hay otra forma hijo. Sabes que no la hay. Solo tienes que hacerlo.

Alan comenzó a temblar. Su corazón parecía un tambor siendo golpeado a un ritmo demencial. Finalmente, Alan soltó el cuchillo. –No puedo hacerlo papá. No lo haré.

Su padre permaneció en silencio por un instante. Súbitamente le dio un puñetazo en el rostro, tan fuerte, que lo hizo caer, impactando su cara contra el suelo. – ¡Eres un maldito cobarde! –Gritó el señor Jones. Su rostro ya no estaba lleno de pena, ahora parecía reflejar un profundo enojo. Las venas surcaban su frente de lado a lado. – ¡Vas a hacerlo o de lo contrario voy a matarte con mis propias manos!

El señor Jones se puso de pie. Alan continuaba en el suelo, completamente aturdido por el golpe.

– ¡Levántate y haz lo que debes hacer! –Volvió a ordenarle.

–No voy a hacerlo. –Le respondió Alan mientras la sangre brotaba de su boca.

El señor Jones se puso furioso. Comenzó a patearlo una y otra vez. – ¡Vas a hacerlo! –Le decía una y otra vez luego de cada patada. – ¡Vas a hacerlo maldita sea!

Lo pateó fuertemente, una y otra vez, hasta que, finalmente, el señor Jones desistió. Caminó de un lado a otro como una fiera enjaulada, observando fijamente a su hijo quien yacía en el suelo.

Alan entraba y salía de la inconsciencia. Su cuerpo estaba horriblemente golpeado. Su boca y nariz sangraban profusamente. El dulce sabor de la sangre llegaba hasta su garganta. Entonces, Alan se dio cuenta de algo. Su rostro estaba apoyado en una de las líneas del pentagrama. La sangre que salía de sus heridas era muy parecida a la pintura con la que estaba hecho el dibujo.

–Esto es sangre... el dibujo esta hecho de sangre. –Balbuceó con su boca completamente inflamada. – ¿De quién es esta sangre? –Preguntó. Luego miró a su alrededor. En la pared, a unos metros frente a él, vio una caja de madera. Un rayo iluminó nuevamente la escena, lo suficiente para que Alan notara manchas rojas en las maderas del cajón. – ¿De quién es esta sangre? –Volvió a preguntar. – ¿Qué hay en ese cajón? ¡Dímelo! –Gritó con desesperación, – ¡Dime que hay en ese cajón!

Afuera, posado en una de las puertas del granero, el búho volvió a cantar. Su padre no respondía. Permanecía parado mirando hacia el exterior, dándole la espalda. Alan se puso de pie a duras penas. Tambaleando se dirigió hacia la caja.

– ¿Qué has hecho papá? –Preguntó. Sus más profundos miedos venían a su mente a medida que se acercaba.

–Tuve que hacerlo hijo. Él me lo ha pedido. –Finalmente le respondió con resignación. –Lo que él ordena, debe ser cumplido.

Alan se acercó hasta la caja. Tomó la tapa de madera y la arrojó hacia el costado. Su rostro se desfiguró de horror al ver el funesto contenido. Otro rayo volvió a iluminar la escena, revelando el blanquecino cuerpo de su madre. Estaba allí, doblada en una posición fetal. Su rostro se había congelado en un último grito de agonía. Una enorme herida atravesaba su cuello de lado a lado. Su hermoso vestido floreado, ahora solamente era una tela teñida con el rojo de su sangre. – ¡¿Qué has hecho?! –Gritó horrorizado. Gritó con todas sus fuerzas mientras tocaba las frías manos de su madre.

–Tenía que hacerse hijo. Ella lo sabía. Siempre lo supo. Cuando el día finalmente llegó, ella se arrepintió. Intentó detenerme...tuve que hacerlo,

él me lo ordenó.

El señor Jones, volvió a ponerse de rodillas dentro del círculo. Levantó el cuchillo y se lo ofreció a su hijo. –Hazlo hijo. Por favor. Termina con esto. Solo hazlo.

Furioso Alan se dirigió hacia su padre. Tomó el cuchillo y dando un grito desgarrador, lo hundió en el pecho de su padre.

–Te quiero hijo. –Le susurró su padre mientras la sangre brotaba de su pecho como un torrente y la vida se escapaba de su cuerpo.

Alan cayó de rodillas gritando como un endemoniado mientras las lágrimas apenas lo dejaban respirar. Finalmente, todo se volvió negro para él, y se desmayó, cayendo pesadamente.

Cuando Alan finalmente despertó. Todo seguía oscuro. No supo bien cuanto tiempo estuvo desmayado. Junto a él yacía el cuerpo de su padre. El cadáver de su madre, seguía en aquel incómodo cajón. Alan se puso de pie. Con mucho cuidado, la sacó de la caja y la acomodó junto a su padre, uno al lado del otro. Los contempló durante un largo rato sin poder dejar de llorar. Toda su familia ya no estaba. Todos se habían ido.

Tambaleante, completamente exhausto y golpeado, Alan salió del granero. Permaneció por un instante contemplando el paisaje. Una suave brisa acarició su rostro cubierto en sangre. Luego descendió la lomada y se dirigió a su hogar. Las primeras estrellas podían observarse a lo lejos a medida que las oscuras nubes de la tormenta se disipaban. Alan las admiró en silencio. Todo había terminado. Entró a su hogar. Subió unos escalones de la escalera, hasta donde el agua no llegara y se sentó. Estaba extremadamente débil y cansado. Sus parpados le pesaban como si estuvieran hechos de piedra, sin embargo, permaneció allí, mirando hacia la puerta. Permaneció allí durante horas. Finalmente, el gallo cantó a lo lejos y las primeras luces del día aparecieron. Fue en ese momento en que la puerta se abrió. El interior de la casa se iluminó por completo. Allí, en paradas en la entrada, había dos siluetas. El rostro de Alan se iluminó por completo. Sus ojos se llenaron de lágrimas de emoción y una sonrisa de felicidad se dibujó en su rostro.

FIN